The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

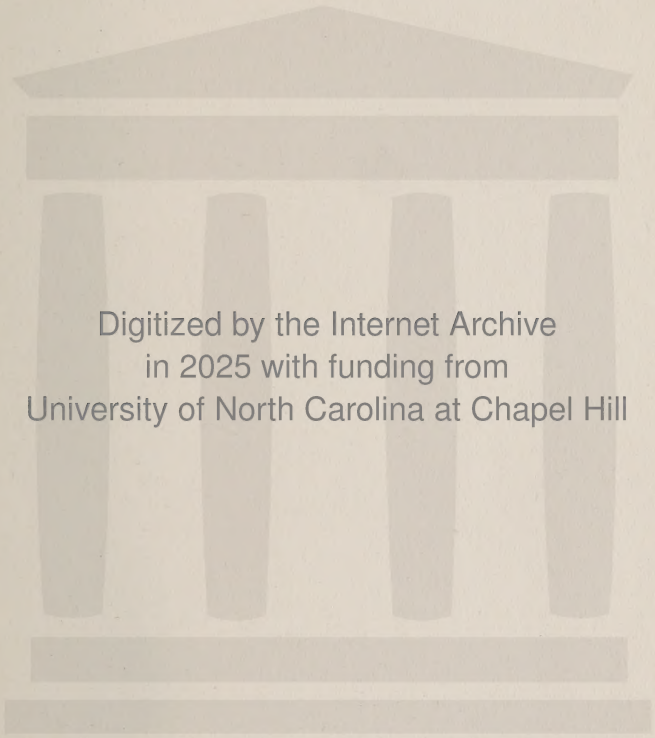
868
N32
v.1

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10001867473

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
APR 10 1996			
MAR 16 '96			

Form No. 513, Rev. 1/84


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/obrasincompletas01nava

Obras Incompletas
Del
Conde delas Navas

Tom. y Vol. 1.

Cuentos y Chascarrillos

Madrid, M.C.M.X.X.V.III.

PRINCIPALES OBRAS IMPRESAS

DEL

CONDE DE LAS NAVAS

JUAN GUALBERTO LÓPEZ-VALDEMORO Y DE QUESADA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Domicilio: Madrid, calle de Orfila, 8, 1.°, izquierda.

BIBLIOGRAFÍA

Pesetas

* I.—*Memoria acerca de la conveniencia de publicar en castellano una Enciclopedia de bolsillo Ilustrada.*—Ocupa las páginas 447 a 450 del tomo en que se coleccionaron los trabajos presentados al Congreso Literario Hispano-Americano celebrado en Madrid con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América. 1893.

* II.—*Memoria acerca del tamaño de los libros.* 1897. (No se puso a la venta.)

III.—*De gallinas:* 114 impresos y 9 manuscritos. Catálogo. 1902. (Se regala.)

* IV.—*De libros:* Tercer limón de la *Biblioteca Amarilla y Verde.* 1908..... 5

V.—*Materiales para una Bibliografía del Agua en España.* 1910..... 2

VI.—*Catálogo de la Real Biblioteca. Impresos—Auto-*

---

*Las obras que se señalan con * están agotadas.*

Pesetas

res—Historia—Tomo I: Introducción. Noticia de algunas Bibliotecas de Reyes de España. 1910.... 20
VII.—Tomo II: *A-B.* 1910..... 20
VIII.—*Aceite de olivas.* (Con Bibliografía.) 1911..... 2
IX.—*Chocolate.* (Segunda edición.) 1913..... 2
X.—*Lenguas indígenas de América.* Catálogo de 21 manuscritos de la Biblioteca de S. M. 1914..... 5
XI.—*La Mujer y el Libro.* (Conferencia.) 1916..... 5
* XII.—*De Re Ligatoria.* (Noticia de la Colección Lameyer.) Madrid, 1917. Tirada de 13 ejemplares.

CUENTOS

XIII.—*La docena del fraile.* 1886..... 2
* XIV.—*De allende Pajares.* (Paisajes y Cuentos.) 1893. 2
* XV.—*La decena.* (Cuentos y chascarrillos.) 1895.... 2
XVI.—*La media docena.* Obra declarada de texto, para niños. (Segunda edición.) 1898..... 2
* XVII.—*Cuentos y chascarrillos andaluces* (en colaboración con D. Juan Valera, etc.) (Segunda edición.) 1898..... 2
* XVIII.—*Un Paroli.* Primer limón de la *Biblioteca Amarilla y Verde.* Madrid, MCM..... 5
* XIX.—*Ni carne ni pescado.* Segundo limón de la *Biblioteca Amarilla y Verde.* Madrid, MCMII..... 5
* XX.—*De chicos y grandes.* (Cuentos.) MCMXIII.
XXI.—*Fósiles.* (Cuentos.) Madrid, 1925..... 3,50
XXII.—*El chascarrillo andaluz.* (Conferencia.) Madrid, 1926..... 5
XXIII.—*De Madres y Vírgenes.* Cuarto limón de la *Biblioteca Amarilla y Verde.* Madrid, MCMXXVII... 5

HISTORIA—VIAJES

* XXIV.—*Cosas de España.* Primera serie. (En colaboración.) 1892..... 6
* XXV.—*La Casa de Alba en la Exposición Universal*

Pesetas

de Chicago. Artículo publicado en la revista *El Centenario*, 1892, tomo IV, página 247.

* XXVI.—*Nobiliario de Conquistadores de Indias*. Artículo publicado en la revista *El Centenario*, 1892, tomo IV, página 85.

* XXVII.—*Homenaje a Cristóbal Colón*. Por cuenta y a costa ajena. Don Fernando Colón, ¿hijo natural, o legítimo?—Madrid, 1893.

* XXVIII.—*Cosas de España*. Segunda serie. 1895.... 6

XXIX.—*El espectáculo más nacional*. Con informe favorabilísimo de la Real Academia de la Historia. 1899..... 10

* XXX.—*Doña María de las Mercedes de Borbón y de Austria, Princesa de Asturias*. Noticia de su vida y muerte ejemplares. 1904.

XXXI.—*Don Juan Valera*. Apuntes del natural. (Con retrato dibujado por Coullaut.) 1905..... 1

* XXXII.—*Madrid Palaciano*. Resumen del gobierno, administración y etiqueta de la Real Casa y Patrimonio. Forma parte del libro intitulado *Madrid*, cuya publicación costeó el Ayuntamiento de la Villa y Corte para celebrar las bodas de S. M. el Rey Don Alfonso XIII. 1906.

XXXIII.—*Lourdes*. (Con bibliografía.) 1908..... 2

* XXXIV.—*Los vinos españoles*. «*Pro Patria*». Número extraordinario de *Cultura Ibero-Americana*. Madrid, 1913.

XXXV.—*Cuestionario de Paleografía Diplomática Española*. 1914..... 1

XXXVI.—*Real Palacio de Madrid*. Volumen IV de *El Arte en España*. Edición Thomas. Barcelona, 1914. 2,25

* XXXVII.—*El Licenciado Gestoso*. (Tirada aparte de 30 ejemplares numerados.) Madrid, 1917.

XXXVIII.—*La educación de un Rey «a nativitate»*. Madrid, 1921..... 5

XXXIX.—*La Parroquia*. Madrid, 1922..... 5

XL.—Discurso de recepción en la Real Academia Española. Madrid, 1924..... 5

Pesetas

* XLI.—*Valera, íntimo.* (Discurso.) Madrid, 1925.
XLII.—*Inauguración del monumento a D. Juan Valera.* (Discurso.)
XLIII.—*El Doctor Thebussem*..... 3,50

NOVELAS

* XLIV.—*¡Un infeliz!* 1887..... 3
* XLV.—*Chavala.* 1893. (Hay edición Calleja de 1909.) 3
* XLVI.—*La niña Araceli.* (Cuarta impresión.) 1896.. 0,50
* XLVII.—*El Procurador Yerbabuena.* 1897..... 2,50
XLVIII.—*La Pelusa.* 1903..... 2
XLIX.—*Retama.* 1905..... 1,50
* L.—*Avante.* (Segunda edición.) 1908..... 2,50

TEATRO

* LI.—*Non Torno.* Romanza de Tito Matey. Cuento dialogado. Se estrenó en el Teatro del Real Sitio de San Ildefonso (La Granja). 1897.

Y

LII

OBRAS

OBRAS INCOMPLETAS

TIRADA DE 2.000 EJEMPLARES

PROPIEDAD DEL AUTOR

OBRAS INCOMPLETAS

DE

EL CONDE DE LAS NAVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO PRIMERO

CUENTOS Y CHASCARRILLOS
PROPIOS Y AJENOS

PRIMERA EDICIÓN

MADRID, MIL NOVECIENTOS VEINTINUEVE
1929

868
N32
v.1

Library, Univ. of
North Carolina

El portero da razón

Las bautiza el autor con el nombre de OBRAS INCOMPLETAS:

1.º Por ser suyas, en el fondo o la forma;

2.º Porque no se propone publicar todo lo que escribió y ha impreso o guarda en cartera;

3.º Porque, habiendo cumplido, hace más de tres, setenta años, puede muy bien, o mal, irse al otro mundo—como la alcaparra—con parte de la semilla dentro del cuerpo.

Entre los cuentos y chascarrillos reunidos en el presente tomo I, los hay de invención que cree pertenecerle; nadie puede estar seguro de ello.

Otros se los refirieron, y recuenta a su manera.

No le es posible fijar la procedencia de varios, por más que trata de hacer memoria.

Alguno, v. gr., El tío Arrestos, *no es cuento..., pero ¿no es verdad que lo parece?*

Puede darse más de un caso de lo acontecido, tratándose de Los dos pulpos. *Lo tenía como*

asturiano, episódico, y ahora resulta, por el argumento, semejante, como dos granos de trigo, a El pescador generoso y el centinela burlado, «*cuento oriental*» [*sic*] *que, con firma de X, publicó* El Pregón, *semanario malagueño, el 10 de mayo de 1928.*

Declara, sí, que, a sabiendas, no aprovechó jamás, sin confesarlo, ni una migaja del pan ajeno. Ha preferido siempre cortar y coser la ropa de los personajes de sus relatos en el propio portal, aunque salgan luego a la calle como vestidos en la peor tienda de ropas hechas.

Jura que se arriesga a publicar las OBRAS INCOMPLETAS—*a costa de sus hijos y nieto—sin que amigos ni parientes se lo pidiesen; tampoco inducido por demandas de editores y libreros, ni menos acariciado benévolamente por la Prensa periódica.*

Intenta recordar que aún figura en nómina de los vivientes aficionados al desperdicio de papel y tinta.

Algunos de los que tienen, como él, valor de imprimir, a su costa y riesgo, libros que compusieron; bien pueden compararse con quien paga al sangrador, al ama que da el pecho a un inclusero, o al que sopla sobre las finísimas hebras del vilano y se queda con el tallo pelado entre los dedos.

No quiso solicitar «de mano amiga», siguiendo—como dijo Menéndez y Pelayo—la antigua costumbre, un prólogo «ajustado al talle de la obra»; por tanto, las presentes líneas son más bien como indicación o respuesta de portería, en esta época de autocríticas, *de ponerse el parche antes de brotar el divieso, de querer tapar el cencerro con yerbas del huerto propio, o descomponer el pito para que no suene.*

Ahora, los lectores pueden pasar, si gustan; el portero les pone el ascensor, después de quitarse la gorra.

MORAS DE ZARZA

CUENTO

Todas las mañanas, después de bañarme en la playita de Palmera, daba yo un gran paseo, cumpliendo la prescripción del médico. Entre aquéllos, prefería, casi siempre, subir, por el lado del mar, la agria cuesta de *La formiga,* para embobarme contemplando la inmensidad del Cantábrico desde las ruinas del Fuerte de San Martín.

Aquel verano fuí a Carreño sin otra compañía que media docena de buenos libros. Muy pronto acabé de leerlos y, por no tener a mano otro pasto espiritual, volví a hojearlos, recreándome singularmente en la COLECCION DE LOS VIEJOS ROMANCES QUE SE CANTAN POR LOS ASTURIANOS EN LA DANZA PRIMA, ESFOYAZAS Y FILANDONES.

De cuantos recopiló Juan Menéndez Pidal, en este interesante volumen, hay un romance que me cautiva, siempre que lo leo, en cualquiera de sus tres variantes. El de la desdichada Princesa Delgadina, requerida de amores por su propio padre.

Con esto, dicho se está que no cabe, a lo que infiero, mayor encarecimiento en lo humano de la hermosura y singulares hechizos de *la más chiquitina de las tres hijas del Rey.*

Pues bien, yo he conocido en Asturias a dos mujeres comparables con aquella princesa, tal y como mi imaginación se la representa.

Una me sirve de modelo actualmente para el retrato de Laina, segundo personaje de mi novela «¡AVANTE!»

La otra, con quien he hablado dos veces, vive en la cuesta de *La formiga,* en un pintoresco caserío. No sé cuál es su nombre, ni he querido averiguarlo. Yo la llamo Delgadina, desde aquella mañana en que el chacoloteo de sus *madreñas* interrumpió mi lectura del romancero asturiano, y alcé los ojos para verla ocultarse en la *pumarada* que rodea su vivienda. Puedo presentar testigos irrecusables de que es tal y como la llevo retratada en la cartera de mis recuerdos.

¿Será nieve derretida, tan inmaculada como la que Mayo funde en los altos picachos del Puerto de Pajares, lo que corre por las venas de Delgadina?

Lo pregunto porque nunca se colorean sus mejillas y ni el sol ni las brisas del mar consiguen dorarlas; porque sus pies, estrechitos, desnudos casi siempre, limpios y esculturales, son también

blanquísimos. Más que pisan, dijérase que van acariciando las guijas de la cuesta, sin herirse nunca en las zarzas que la bordean.

De soltera, cuando la conocí, Delgadina iba siempre vestida de blanco. De este color era el pañuelito con que se tocaba, anudado, al uso de Castilla, bajo la barba, y el corpiño y la saya a media pierna. Tan blancas éstas, que era dificilísimo distinguir la tela de la carne, mórbida y aterciopelada como pétalo de diamela. Cuando la moza se calzaba, era con zapatitos de lona blanca muy escotados. En cambio, y como contraste de blancura tanta, toda la cuenca carbonífera de Mieres no es más negra que los ojos y el rizado cabello de Delgadina.

Y ni los rudos trabajos del campo, ni los cuatro *rapazucos* que dió al mundo y amamantó, consiguieron ensanchar su talle ni empañar su cutis.

Conserva su boca la frescura y brinda con las mieles de la fruta en sazón, cogida en el árbol al rayar el alba. Su voz es arrullo, y parece que besa con la mirada.

Pajujo, por la fiesta del *Santísimo Cristo,* mientras bailaban *giraldillas,* declaró su pasión a Delgadina, con las mismas ansias que sentía la princesa del romance cuando, asomada a la ventana, clamaba:

Mi madre, por ser mi madre,
púrrame [1] una jarra d'agua,
porque me muero de sede
y a Dios quiero dar el alma.

Los jóvenes se conocían desde que juntos hicieron pinitos en la cuesta de *La formiga,* donde eran vecinos sus padres, y meses después, en amor y compaña, se atracaban de moras de zarza.

Cuando *Toribu,* padrastro de Delgadina, avaro y cruel, tuvo noticia de que el pobre pescador se había declarado a la muchacha, huérfana y acomodadita, queriendo dar cabal idea de lo imposible que sería contar con su consentimiento para aquella boda, exclamó:

—¡Casaráse Pajujo con la rapaza, cuando traiga colgada del su pecho la cruz de San Fernando!

No bien tuvo noticia el mozo de la exclamación del viejo, fué a su encuentro y le preguntó:

—¿La de los laureles, eh?..., la que es preciso ser más bravo que Pelayo para aferrarla?

—La misma... ¿parécete poco, *ñe?* [2].

—Para lograr los mis amores, paréceme poco; ganaréla, señor *Toribu;* ganaréla, y vendré por la rapaza.

—Anda, anda, déjate de cruces y busca harina,

(1) Alárgame.
(2) Muchacho.

que molín que non tien maquila, ye como güe sin esquila.

—¿Se vuelve usté atrás?

—No, hombre; lo dicho, dicho; replicó el avaro en tono zumbón.

—Lo dicho, dicho; y sean ustedes testigos, dijo Pajujo, dirigiéndose a dos ancianos patrones de traineras que escuchaban la plática en el porche de la Parroquia, después de Misa.

* * *

No volvía Pajujo, como *El Niño de la Bola,* hacia su ciudad nativa seguido de soberbias mulas cargadas de equipaje, ni su rostro, achicharrado por el sol de Cuba, expresaba aquella madrugada *el regocijo, la ternura y la aflicción gozosa* que se retrataron en la fisonomía de Manuel Venegas cuando oyó a lo lejos repicar alegremente las campanas de Santa María de la Cabeza. A misa de alba tocaban las del *Santísimo Cristo,* y al licenciado se le figuró doble. De su pecho, sobre la guerrera de rayadillo con los galones de sargento primero, pendía la cruz laureada de San Fernando. Pero ¿cómo?: cual si estuviese clavada sobre un ataúd.

La venganza de Pajujo iba a meter más ruido

que su heroísmo defendiendo el *Fuerte de Cuajaítas.*

Delgadina era de otro; el avaro *Toribu* había torcido la voluntad de su hijastra con mil engaños: hizo pasar a Pajujo por muerto y la casó con el único enemigo en Carreño del soldado, con su rival en la escuela, en la trainera y en el chigre [1]: con Tomás Feito, que se libró por dinero mal adquirido de servir al Rey, mientras Pajujo sentaba plaza para batirse en Ultramar.

Pronto aquella culebra con cara de *santina* le diría, a la fuerza, dónde se ocultaban el miserable viejo y el ladrón que se atrevió a llevarla al altar. Bajo sus recios brodequines *estrapallaría* [2], como si fueran babosas, a los cuatro gusarapos que Delgadina tuvo la desfachatez de echar al mundo. Pajujo, desde la ciudad inmediata, escribió estas tremendas amenazas a la infeliz mujer, que, desde entonces, vivía agonizando. No era hombre Tomás para hacer frente al héroe sediento de venganza. *Toribu* yacía imposibilitado en un sillón.

El drama se cernía sobre el risueño caserío de la cuesta de *La formiga.* A paso de ataque subía por ella el militar, con la hiel en los labios y la

(1) Taberna de sidra.
(2) Hacer tortilla.

noche en el alma, cuando ya el sol, así hacía resbalar, deshechas, por el tallo de las hierbezuelas las gotas de rocío, como jugueteaba, rielando, en la cresta de las olas.

Las privaciones, el clima mortífero de Cuba, el cautiverio en la Manigua, las heridas del cuerpo mal cicatrizadas, y la del alma tan ancha y tan honda, habían limado extraordinariamente la férrea naturaleza del antiguo pescador.

Muy cerca ya del caserío, término de su viaje, el licenciado tuvo que detenerse jadeante; entonces, apartando los ojos de la tierra, se puso a contemplar con infinita amargura la inmensidad del Cantábrico, así y todo, más pequeño, en su sentir, que la perfidia de una mujer, la avaricia de un viejo y la insolencia de un traidorzuelo puestos de acuerdo para hacer mofa y escarnio de su amor y de su heroísmo.

Sobre la inquieta y desleal superficie de aquel mar tan amargo, pero tan hermoso, parecía que el sargento, sin medir el tiempo, iba deletreando, capítulo tras capítulo, la historia de su juventud.

¡Cuántas veces se había jugado la vida sobre las olas, para ganarse un cacho de borona, un vaso de sidra y media docena de *mafaños!* [1].

Y ¿para qué?... Para regar luego con su san-

(1) Calamares.

gre, también inútilmente, la ingrata tierra americana.

Adelante, pues; ya volvía a respirar con desahogo: el mal camino, andarlo pronto.

Pero cuando intentó proseguir, se vió atajado por un rapazuelo de unos cuatro o cinco años que le miraba fijamente hacia el pecho. El niño parecía escapado de un cielo de Murillo; no tenía otros vestidos que una camisita muy limpia y curiosamente zurcida; traía los piececitos desnudos y colgado en el brazo izquierdo un canastillo en miniatura, a medio llenar de moras de zarza.

—¿Me das eso—dijo encarándose con el soldado; y señalaba con un dedito a la cruz laureada de San Fernando—. Anda, dámelo, y te doy todas las moras—y le alargaba el canastillo, mientras sonreía con el aire más genuinamente picaresco.

Pajujo sintió en el alma una oleada de ternura y una sed angustiosa de besar al angelito.

Le cogía ya por la cintura para levantarle del suelo, cuando se escuchó un grito desgarrador, un rugido de leona que repitieron todos los ecos de los cerros vecinos, que hizo frenar el vuelo a las gaviotas y difundió el frío de la muerte por las venas del aterrado sargento, mientras el niño se le abrazaba a su cuello.

—¡¡Hijo de mis entrañas!!—había gritado Del-

gadina, cayendo de rodillas sobre las duras guijas.

Pajujo se pasó una mano por la frente, miró a la pobre madre con inmensa compasión, le flaquearon las piernas, se le anudó la voz en la garganta, y de la marea de aquel alma tan grande salieron, por último, dos gotas por los ojos.

—¡Estoy vengado!—pudo exclamar, al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano—, ¡estoy vengado!—Cubrió luego de besos los negrísimos rizos del niño, le puso otra vez en el suelo con mucho tiento y, arrancándose del pecho la cruz laureada, se la echó en el cestillo de las moras, emprendiendo carrera cuesta abajo, sin volver la cara atrás.

Cuando emparejó con el camino que va a la ciudad cercana, el infeliz Pajujo se detuvo otra vez sin aliento y se miró a la guerrera.

¡Qué sarcasmo! Estaba manchadísima; pero no de sangre de *Toribu* ni de Tomás Feito...: ¡¡de moras de zarza!!

CARACOLES

CHASCARRILLO

El Padre Maslistoque, antes de ser Obispo, se lo contó a Pepe Zarza, mi barbero.

Este me lo refirió días pasados.

Yo lo relato, hoy que se anuncia la próxima clausura de las Cortes, y puede que alguien descubra cierta relación entre este acontecimiento parlamentario y los caracoles.

* * *

Julio Charrín, Diputado de la mayoría por un distrito cercano a Madrid, convidó a almorzar a su colega y amigo Diego López en una huerta que hay a la entrada de Cobeña.

—Chico... ¡caracoles con salsa picante! Mi plato favorito. Vamos, ya caigo, ¿consultaste el *menú* con Faustina?

—Te doy mi palabra de que no dije ni una a tu mujer a propósito de este almuerzo improvisado. Pero, si te gustan los caracoles, que me des-

trozan la hortaliza, nada me cuesta regalarte a menudo con plato tan ordinario. Supongo que vuestra cocinera sabrá guisarlos.

—¡Ya lo creo! Pero no siempre se encuentran en los mercados de Madrid.

—Pues cuenta con que, desde hoy, una vez por semana, mientras aquí los haya, te llevará el ordinario, de los más finos, un cesto lleno.

—Acepto con mucho gusto, y Dios te lo pague.

* * *

«—De móo y manera quel cestito con los caracoles, y los tiestos y las fresas son para la mesma presona del Diputao y su señora?

»—Sí, hombre, sí, y esta carta: «Sr. D. Diego López, Diputado a Cortes, calle de Serrano, 19, entresuelo derecha.» Cuide usted mucho de los tiestos para que no lleguen las plantas ajadas. No vaya a colocar la excusabaraja de las fresas debajo de un bulto de peso y se machuquen. Mire no se desgarre el trapo que cubre el canastillo con algún clavo de los cajones de huevos que lleva usted siempre en el carro, y se salgan los caracoles al clarear el sol. Tenga presente...

»—Descuide usté, señá Melchora, descuide, que tóo llegará intarto y...

»—Así sea.»

* * *

El bueno del ordinario era más curioso que monja tornera, y no podía digerir que un Diputado enviase a otro, como gran obsequio, un cesto de caracoles, ¡y tan pequeño!...; luego, las especiales recomendaciones de la *señá* Melchora, la hortelana... ¡Vaya, que en el canasto había gato encerrado!

Cerca de un ventorro, estación obligada de *empalme*... de copas, hizo alto el tío Mantequillas, requirió el cesto, que iba en las bolsas del carro, abrió una navaja de respetable tamaño, y con la punta, esmeradamente, fué descosiendo como cuatro pulgadas del trapo húmedo fijo a los mimbres.

Dentro del canastillo bullían los caracoles, goteando babas.

Mantequillas soltó un taco, y cuando se disponía a disimular el descosido, sintió que le tocaban en el hombro.

Un camarada que convidaba a refrescar el gaznate.

El ordinario olvidó todas y cada una de las recomendaciones de la *señá* Melchora, no paró mientes en que el sol comenzaba a picar, que rodeando el ventorro había un huertecillo de los peones camineros, acabado de regar, y, sobre todo, que el cestito quedaba mal cerrado en las bolsas, junto al suelo.

Mientras los ordinarios bebían y charlaban sin

medir el tiempo, los caracoles fueron trasladándose, uno tras otro, desde el cesto al huertecillo.

* * *

Don Diego López, con la carta en las manos, pasaba revista a los regalos de su amigo y colega D. Julio Charrín.

Allí estaban los tiestos del ebónibus, la excusabaraja llena de fresas...; pero ¿y los...?

El tío Mantequillas no le dejó formular la pregunta, y señalando obstinadamente con el dedo hacia la carta, dijo:

—Dígame su mercé: ¿vienen ahí los caracoles?

—¡Vaya!

—Pues mire usté, me alegro, porque lo ques aquí no ha queao ni uno.

Y el socarrón del ordinario sacó el canasto vacío, que hasta entonces ocultaba a la espalda.

* * *

Los caracoles que con ansia esperaba el país recibir de las Cortes que se cierran, no han llegado a su destino: deben estar sólo en el *Diario de Sesiones.*

EL TIO ARRESTOS

CUENTO

Seguro estoy de que tú, lector paciente o bellísima lectora, quienquiera que seas, te quejarás a menudo del criado o la doncella.

Estas lamentaciones son, según creo, tan antiguas como el mundo, y reconocen, en mi leal saber y entender, causas muy obvias.

El dueño rara vez se pone en el lugar del servidor, sujeto desde que Dios amanece a los caprichos de aquél, blanco de sus malos humores y constante testigo de ese cúmulo de debilidades que se velan en visita y andan desnudas de puertas adentro; debilidades que, a los ojos del criado, empequeñecen y socavan los cimientos sobre que debe sustentarse toda autoridad legítima.

Son, a saber: talento, virtud, liberalidad, carácter, buen ejemplo, edad, etc., etc.

El criado, por su parte, se cuida poco de estudiar las causas que engendran los disgustos de su señor; come y bebe sin que se preocupe de dónde

salen aquellas misas; no sigue a su dueño fuera de casa, y si el amo es poderoso, aristócrata, político, o dama de la primera sociedad, la voz pública, la prensa, el teatro y los sirvientes de los amigos se encargan de pregonar las miserias del primero, sus cambios de casaca y sus galanteos. Si la política, si el espíritu de la democracia de similor—pues que la verdadera hace muchos siglos que arraigó en esta tierra—se cuela hoy hasta la alcoba, ¿qué tiene de extraño que antes haga punto de parada en la antesala?

¡Vaya! Ni las mismas puertas del Palacio de la Plaza de Oriente pudieron contenerla; que ella, terciándose el pañolón de ocho puntas, cual torero que se apresta para el paseo, y trayéndose a la frente el pañolito *mascota,* en forma de teja, dijo: «Lo que es de España es de los españoles», y se entró como Pedro por su casa, moviendo las caderas al aire de cedazo en tahona.

Valga un ejemplo.

Paseaba yo noches atrás por el corredor de los palcos principales en Lara; tenía lugar una función a beneficio de las víctimas de Andalucía. El telón estaba levantado, yo fumando cigarrillos, y un servidor de la Real Casa, con muchos galones y anciano por más señas, departía con un guardia de Orden Público, concediéndole el honor de responder a sus innumerables preguntas. Nótese

bien: el palaciego no dejaba familiarizarse al *guindilla,* que se dirigía a él con cierto respeto.

De pronto se abre la puerta de un palco y salen dos jóvenes muy elegantes. El palaciego se inclina ligeramente y el *del orden* le dice, cuando aquéllos han desaparecido:

—Y *esus, ¿quién son?*

—¡Los chicos de Fernán-Núñez!—responde el criado con un tono si es no es displicente.

En efecto, los aludidos eran los Marqueses de la Mina y de Castel-Moncayo, Grandes de España y Gentileshombres de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre.

Por curiosidad, a la salida de un teatro, baile o concierto, ¿ninguno de ustedes se mezcló entre el batallón de lacayuelos que esperan a que se acerque su respectivo coche? Pues hay que oírlos:

—¡Oye, tú, Alba, arrima! ¡A ver! Cánovas, Gobernación, Manzanedo, *¡Gonchascoff!*

¡Que no pueda yo enmendarme de este maldito vicio de las divagaciones!

Me proponía indicar a ustedes que el tipo de criado antiguo, que se consideraba como de la familia, tomando parte muy principal en los dolores y alegrías de ésta, tratando los muebles y enseres de la casa como cosa propia, y la fama de sus amos con más amor que los trastos; se va concluyendo, por desgracia, y semejante falta es

nota integrante de la gran desarmonía que reina en esta época tan discutidora; tanto, que, en el Ateneo, una noche entera de sesión se ocupó discutiendo sobre el precio y calidad de los zorros y paños para la limpieza.

Basta de sinfonía.

Yo vivo completamente solo, y en estado de merecer.

Hace quince años que Antonio me cepilla la ropa, me abrillanta el calzado y me llama siete u ocho veces todas las mañanas. Almuerzo, como fuera de casa y no vuelvo hasta la madrugada, porque también me visto en el Casino. Desecho bastante ropa en buen uso; tengo billetes de balde para todos los teatros, por el periódico, y los disfrutaba Antonio, hasta que, además de su sueldo, propinas y aguinaldos, le busqué, en invierno, una plaza de acomodador en el Real, y en verano, que yo siempre viajo solo, otra en los Jardines del Buen Retiro. La mujer de Antonio es portera de una casa de mi amigo Felipe; tiene un chiquillo cada nueve meses—la portera, no hay que confundir—y siempre soy yo padrino del nuevo vástago.

Pues bien: el otro día cúpome en suerte el triste encargo de apadrinar a Felipe en un duelo con el Vizconde de Chopera. Encargué a Antonio que me llamase temprano. Estaba yo despierto, cuando entró en mi alcoba refunfuñando. ¡Ya se ve, la

noche anterior dieron en el Real *La Africana* y el pobre se acostó tarde!

Me vestí a escape.

—Tráeme la caja de las pistolas de tiro.

¡Tan sereno!

—Aquí están, señorito.

Las limpié, pulí, preparé la carga, etc., etcétera. Antonio siguió impávido.

—Busca un *simón* en seguida.

—Espera en la puerta.

Y en la puerta me despide Antonio, tranquilo, mudo, casi sonriente, más que cuando en verano me ve salir para la Estación del Norte.

Confieso que tanto despego me llegó al alma, y fué parte para que sugiriese en mi memoria, con todos los sencillos encantos de la juventud, el dulce recuerdo del Tío Arrestos.

. . . . . .

. . . . . .

Llamábanle así en Higuerales y en cinco leguas a la redonda, porque ya en la escuela dió pruebas de tener agallas, y luego, en distintos lances que le ocurrieron en su larga vida, demostró hasta la saciedad que no se ataba los calzones con tomiza.

Francisco Mayorga, hijo del capataz de mi abuelo, nació en casa, con mi padre se crió y era personaje muy principal en la sociedad llamada

por allá *la familia,* que la formaban el amo y los criados sobre la base del cariño y respeto mutuos.

El Tío Arrestos sentía por mi madre respetuosa adoración, miraba a su marido como a hermano mayor y a mí como a un hijo único.

Cuentan que en sus mocedades quiso de verdad a la primogénita del albéitar del pueblo, y que no hubo en todo él un solo mozo capaz de *cobrarle el piso* cuando *enamoraba* por los bardales del corral.

La Dirección de Caballería estableció cerca del lugar un depósito de sementales. La muchacha se encalabrinó con un teniente remontista, que le paseaba la calle arrancando chispas a los pedernales arrastrando el sable y con el pavero derribado hacia la oreja.

El herrador atizó la llama por la cuenta que le tenía, y hete aquí despedido a Francisco Mayorga con todos sus arrestos, si bien pudo decir, con más fundamento que su tocayo, el derrotado y prisionero en Pavía: *Todo se ha perdido, menos el honor.* Nadie pudo burlarse de la pena de Mayorga, que, haciendo de tripas corazón, no le salía a la cara, así como tampoco de su boca una queja.

A partir de aquel lance, Francisco no volvió a mirar a ninguna mujer, si no fué para casarse con la que mi madre le impuso.

Parecía sentir por el sexo bello el más soberano desprecio.

—¿Qué se *pué* esperar de ellas, si la primera la *jizo* Dios de una costilla, lo que más presto se quiebra en el cuerpo, y *aluego* no sirve sino *pa* cazar zorzales?

Esto respondía siempre cuando le consultaban a propósito de bodas o amoríos.

Frisaba nuestro protagonista en los cincuenta, cuando mi buena madre le dijo una tarde en la era, delante de todos nosotros:

—Francisco, es preciso que usted se case; ya va siendo viejo y hay que crearse familia propia. En los libros sagrados se maldice la higuera silvestre porque no da fruto, y no hay que olvidarse tampoco del precepto del Señor: «Creced y multiplicaos.» Conque a buscar novia y a darme pronto un alegrón.

—Pero, mi ama, ¿piensa su *mercé* morirse tan presto? ¿Se va a *dir* el amo a la *faición?* ¿El estudiante se ordena?—El estudiante era yo—O diga su *mercé:* ¿es quizá que va a ponerme en el arroyo? Porque si *na* de esto *sucée,* no *arcanzo* qué *necesiá* hay de que tenga yo más familia que los amos.

Mi buena madre hizo sus pucheros, enternecida con tan ingenua honradez, pero volvió a la carga, aduciendo todas las razones que le sugirió

su clara inteligencia, a fin de convencer al Tío Arrestos de que debía elegir esposa.

—No gaste su *mercé* más saliva—respondió al fin—; dice que es preciso, *pus* ya sabrá por qué mejor que yo, que soy durillo de mollera. ¡Andando, que el mal camino hay que pasarlo pronto!

Al mes se casaron el Tío Arrestos y María Antonia, la doncella de mi madre, una virginidad algo fósil.

Muchas veces se arrepintió la buena señora de haber concertado semejante bodorrio, pues, con los años, María Antonia echó un humor de todos los diablos, y Francisco, a pesar de su valor, temblaba delante de la mujer que le hizo pasar la rueda de las navajas.

Nunca formuló, sin embargo, la más sencilla queja. El ama lo dispuso, y basta.

Cuando yo le pinchaba mucho, me respondía:

—*Na,* muchacho, que yo he *sío* el zorzal de esa vieja costilla.

¡No lo olvidaré nunca! Me preparaba para tomar la licenciatura, cuando recibí una carta de mi padre, muy lacónica, en la que me decía: «Francisco está muriéndose y quiere despedirse de ti; ponte en camino inmediatamente.»

Al apearme, de un salto, a la puerta de la casa paterna, salían el cura y el médico del pueblo. Éste me dijo:

—Entra pronto, pronto, pues no durará media hora.

—Pero se va al cielo vestido y calzado—replicó el padre Anselmo—; de esa gente ya no se gasta.

¡Qué cuadro aquél!

Una sala baja, inmensa, empedrada y llena de luz merced a cuatro ojos de buey abiertos cerca del techo. Por uno de ellos, que tiene los vidrios rotos, entran y salen las golondrinas que anidan en el vigamen, nudoso y retorcido, junto a los dorados racimos de uvas de cuelga y los melones acostados en cenachos de Málaga.

A lo largo del muro de la derecha, cuidadosamente enjabelgado, como los otros, tres estacas clavadas en él mantienen la silla vaquera del amo, con lujosa brida y estribos de brillante azófar cruzados encima de la zaleílla; las jamugas de la señora, en forma de catrecito de nogal, con fuertes cintas verdes y tela de pana del mismo color; debajo, una cabezada de borrico, con muchos flecos rojos y cintas de mil colores; en el tercer colgadero, más capaz, un aparejo completo a la jerezana, regalo de mi padre al Tío Arrestos.

En un rincón, las palas, bieldos, harneros, trillos..., todo el material de la era, en fin, limpio y en orden. En la otra esquina, varios arados con la reja hacia el suelo. En la contraria, un

montón de trigo sobre ruedo de esparto, montón que tiene clavada en su cúspide media caña con varias hendiduras, o sea, la cuenta corriente que se lleva con el panadero de las fanegas facilitadas para el consumo de la casa. En el rincón que resta, se ven colocados todos los enseres de la cabaña.

El inmenso arcón de la cebada servía de altar en aquella ocasión.

¡Ah! Confieso que ni delante del altar mayor de la catedral de Sevilla he sentido más devoción.

Cubría el arca, cayendo hasta el suelo, gruesa sábana blanca, esmaltada en su cara horizontal de hojitas de rosa, tan frescas, que conservaban aún las gotas del rocío, y tallos de romero, sobre los cuales alguna que otra abeja irreverente zumbaba sin cesar. Cuatro candeleros de plata maciza, cuyas velas amarillentas chisporroteaban oliendo a miel, iban a reflejar su oscilante luz sobre el rostro moreno de una Virgen pequeñita, vestida de terciopelo azul y adornada toda ella con las mejores alhajas de mi madre. De una chofeta de aquel metal, con sus dos agarraderas de ébano, oculta tras la imagen, salían nubecitas de incienso que se elevaban lentamente hasta deshacerse en los chorreones de yeso solidificado, a través del cañizo de la techumbre.

El moribundo, apoyándose en el rimero de al-

mohadas que tiene a la espalda, yace incorporado en la cama—de tablas sobre tres banquillos verdes — cama tan blanca como las paredes del cuarto. Mi madre, a la derecha, le rodea el cuello con un brazo y con la otra mano le da de beber un calmante. Mi padre, sombrío, con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el pobre Francisco, se apoya en la pared del lado opuesto a su esposa, y la del enfermo, arrodillada a los pies del lecho, solloza con la cabeza hundida en las sábanas.

Mayorga está afeitado y vestido de limpio. Parece un pastor de nacimiento. Los ojos, negros y muy redondos, como aceitunas cordobesas, maduras; el cutis, rugoso, brillante, del color del estezado, y la cabeza, blanca y tan sedosa como el algodón en rama.

¡Qué mirada la suya, retirando los labios de la taza, cuando me ve detenido en la puerta a medio abrir!

—¡Ya sabía yo que venía! Dios te bendiga, hijo mío, como te bendice tu *probe* viejo!

.....

Dicen las comadres de Higuerales, que en el Cielo hay un jamón enterito, que lo principiará la primera mujer que a él vaya sin que su marido le haya calentado las espaldas.

Es verdad que esto dice poco en favor de la

galantería de los hombres del país, y demasiado, tal vez, en contra de las hembras; pero es el caso que el Tío Arrestos, excepción de la regla, como llevo dicho, sabía muy bien la tal historia.

Pasó el día muy tranquilo; nosotros, sin movernos de su cabecera.

Las golondrinas se habían acurrucado ya en sus nidos; huyeron las abejas; las velas larguísimas del altar tocaban a su fin; la campana de la parroquia, las oraciones.

—¿Quieres algo más, Frasquito, ya que cumpliste con Dios como buen cristiano y no te atormentará la suerte de María Antonia cuando faltes?—preguntó mi padre al moribundo, estrechándole la mano.

El Tío Arrestos trató de incorporarse inútilmente; acudió mi madre en su ayuda.

—No... mi ama, lo *mesmo* da—dijo con voz muy débil, sacando la mano derecha de debajo del embozo de la cama—. Voy a contestar a su *mercé,* mi amo. *Allégate* aquí y *abájate,* María Antonia—prosiguió con tono solemnísimo.

Llegóse la mujer encogida y llorosa, y él, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, le dió dos palmadas en la espalda con ademán agresivo.

—¡Toma! Es la primera vez que te *atiento* al pelo de la ropa; y lo *jago pa* que nostrama

no se *jaye* el jamón *prencipiao* cuando vaya al Cielo.

Estas fueron las últimas palabras del viejo servidor.

Tenía razón el cura:

¡De esta gente ya no se gasta!

EL OIDOR

CHASCARRILLO

Camino de Madrid, y a la puerta de un ventorro, se encontraron, hace mucho tiempo, un asturiano y un gallego. Importa poco que fuese al amanecer o a la caída de la tarde.

Cabalgaba el de la tierra de Pelayo en una mula de paso—que lo tenía muy bueno—; iba provisto de repletas alforjas, y pregonando, por su aire y arreos, el bienestar y rumbo de la persona.

Calzaba el galaico miserables alpargatas, que se reían a carcajadas por puntas y talones, trayendo al extremo de un palo, sobre el hombro, con los zapatos remendados, el resto del equipaje metido en un sucio pañolón de hierbas.

Echó pie a tierra el astur, ató la mula a un poste del fementido emparrado que cobijaba la puerta del ventorro, y, después de sentarse delante de una mesilla coja, pidió pan tierno, vino moro, aceitunas, no zapateras, y fruta del tiempo.

De las alforjas sacó luego mucho y bueno, dejándolas en poco tiempo bastante mermadas.

A corta distancia del caballero—le llamo así a pesar de la mula—sin perderlo de vista, sentado en un poyo, roía el gallego un gran zoquete para engañar las cebollas, del manojo acabado de mercar en el propio ventorrillo.

El asturiano, mientras guardaba en las alforjas los restos del festín, dejó caer un grueso callado de parriza que tenía entre las piernas; precipitóse el gallego a levantarlo del suelo; mediaron los consiguientes cumplimientos, y todo ello fué parte a que entraran en conversación.

—¿A dónde bueno?—preguntó el astur.

—A la Corte, señor.

—¿Vienes de Galicia, eh?

—De Carril, de donde soy, mi amo.

—Pues también yo me encamino a los Madriles.

—¿A holgarse va su merced?

—A cosa de unos pícaros pleitos que tengo en la Chancillería. ¿Y tú?

Quedóse el gallego un instante suspenso, y adoptando un aire compungido, respondió bajando la cabeza:

—Llévame, señor, el deseo de ver a mi hijo, que partióse de la tierra hace años; dijéronme que hizo fortuna, llegando a..., a...

—¿A qué?

—Paréceme que a Oidor.

No en saco roto, sino en las insondables alforjas, echó el asturiano la noticia, y desde aquel punto trató de ganarse la voluntad del mísero gallego.

A ratos, le permitía montar a las ancas durante las jornadas penosas; convidábale a cenar en una posada, y en otra pagaba la cama, librándole así de dormir en el pajar, en el patio o en las cuadras.

Por último, hasta el término del viaje, todas las copas y vasos, en puestos y ventorrillos en donde paraban un momento a remojar el gaznate, fueron de cuenta del asturiano.

Mostrábase el gallego profundamente agradecido; pero sin abusar nunca de la confianza que le daba el astur ni perder su aire humilde y encogido.

El de Cangas le refirió ce por be toda la historia de aquellos endiablados pleitos, en los que se jugaba buena parte de su hacienda, y el de Carril ofreció servirle en cuanto pudiera cerca del Oidor.

«No fué poca fortuna toparme con este pobrete»—pensaba el astur.

«Paréceme que no hago mal viaje—decía para su montera el farruco—; y, tómelo por donde

quiera, las gollerías con que me regala no ha de sacármelas del cuerpo.»

Así, muy buenos amigos, paso tras paso, camelando Tirso y dejándose querer Santiago, llegaron juntos a las puertas de la Villa y Corte el de Cangas y el de Carril.

—Ea, Santiago, hasta la vista, que será pronto.

—Con Dios vaya, mi señor don Tirso, y Él le pague las mercedes que me hizo, que yo no puedo, aunque mucho lo deseo.

—¡Quién habla de eso, hombre!... ¡Ah! Dime: ¿en dónde te encuentro para que vayamos juntos a ver a tu hijo?

—¿Al Oidor?

—¡Claro!

—Pues mire, señor: ahora que bien lo pienso, no estoy seguro si mi hijo es Oidor... u *aguador* no más.

QUIEBRAS DEL OFICIO

CUENTO

Me había pasado media hora larga contemplando los tres arcos latinobizantinos empotrados en el viejísimo ábside de San Tirso el Real; el sol empezaba a ocultarse tras las verdes lomas naurentinas, y una lluvia menuda, como el rocío, mojaba, sin ruido, la brillante pelambrera de mi feísimo *capello a cilindro.*

Sumergido en sueños arqueológicos, sin rumbo fijo, me aventuré por la calleja de Santa Bárbara y di frente a carcomida puerta, de una sola hoja esmaltada de viejos y roñosos clavos.

Empujé la madera, picado de extraña curiosidad, y lo que vi cautivó mi espíritu al punto de hacerme olvidar que *la noche se entraba* y que yo había dejado el paraguas en la fonda.

Érase un corralón muy capaz, antigua dependencia de la Catedral.

Al fondo, la luz mortecina de la tarde, transparentando las hermosas vidrieras de una nave

lateral, hacía destacarse el emplomado contorno de Vírgenes y Santos coloridos.

A la derecha, la torre románica, que va desmoronándose, olvidada, pieza tras pieza, como flor marchita cuyas hojas esparce el viento por el suelo. A la izquierda, alzando un poco la vista, se veían como dos tercios de la elegante torre ojiva, hasta cuya calada pirámide vuela alguna que otra de las muchas palomas que se arrullan en el corralón, y van a posarse confiadas encima de las negras águilas con que quiso el arquitecto dar idea más cabal de la valentía y grandeza de su obra. Bajo ésta, sobre el muro exterior de una capilla más moderna, entre dos gruesos contrafuertes, se apoyaba, para no venir al suelo, una informe construcción a manera de taller, formada de groseras tablas, puertas viejas y sucias cristaleras, aprovechadas de obras de muy diferentes estilos y diversas épocas. La techumbre de aquel raro edificio, construída con láminas de latas de petróleo, parecía haber resistido un temblor de tierra, por sus ondulaciones; el agua resbalaba en la enmohecida superficie, y, no encontrando en el alero canalones, caía gota a gota sobre una larga hilera de tiestos de claveles rojos. En la pared frontera a la puertecilla que daba ingreso al taller, dispuestos en una desechada anaquelería de tienda de modas, se veían

ataúdes negros y blancos, dorados y de color de rosa, chicos y grandes, de madera y metálicos.

Ocupaba el centro del patio, dejando por los cuatro costados ancho paso, un bosquecillo de viciosos rosales, alrededor de una especie de alberca de sillería y amparado por postes y triple línea de alambres de telégrafos. Un jazmín morisco, a la derecha, tapizaba el muro de una casita blanca, único pormenor alegre de aquel recinto, en el que edificios, flores y aves dijéranse vistos a través de un velo de lágrimas.

La lluvia seguía cayendo, y sobre los otros ruidos de la ciudad sobresalía el monótono golpear de un martillo en la fábrica de ataúdes.

El cuadro parecía representar la transición entre la vida y la muerte.

En la torre, el bronce que nos da la bienvenida al abrir los ojos a la luz y nos despide plañidero cuando ésta se apaga en nuestras pupilas.

En el corralón, el tierno arrullo de las palomas, ilusiones que vuelan muy pronto; la fe y el arte; lo inmutable y lo efímero; rosas entre espinas; la ojiva y el hilo eléctrico; el jazmín y la hornacina; ayer y hoy; la tradición y el progreso...; todo en la vecindad del féretro, abierto para recibir su natural contenido, como el molde espera a la masa.

Desde muy niño sentí invencible repugnancia

hacia los hombres que viven de los muertos. Jamás me detuve a contemplar las lujosas anaquelerías en donde el más triste comercio, mantenido por la más absurda de las vanidades, expone coronas de trapo con lágrimas de vidrio, estatuillas de confitería y angelotes con llanto de plañidera alquilada.

Reconociendo, como reconozco, que las empresas funerarias representan un adelanto indiscutible y prestan a la familia un servicio importantísimo, no puedo acostumbrarme a la idea de que el oro que amontonan representa una ganancia legítima.

Mi vista, aquella tarde, iba curiosa de un lado a otro, recorriendo los innumerables pormenores de cuadro tan interesante, huérfano de toda figura humana, excusando siempre posarse en el taller, mientras que la luz del día, extinguiéndose por momentos, arrancaba destellos metálicos a los ataúdes, a medida que se obscurecían las vidrieras del templo.

Las palomas se recogían en sus nidos, la lluvia arreciaba y los mil rumores de la ciudad iban apagándose.

Sólo el golpear del martillo no cesaba.

Una atracción irresistible me obligaba, a pesar mío, a mirar de vez en cuando de reojo hacia la puerta del taller.

Al fin, apareció en ella una vieja horrorosa,

arrastrando trabajosamente por el empedrado las madreñas llenas de fango. Traía anudado sobre la frente un gran pañuelo azul, salpicado el fondo de anchas flores amarillas y caído en punta hasta la mitad de la espalda; algo así como el tocado del Dante, por la forma y líneas generales. El resto del vestido de aquella mujer—informe muestrario de andrajos—podía compararse a las colchas que las Hermanitas de los Pobres forman con retazos de mil colores y clases para el abrigo de los ancianos. En la diestra empuñaba la vieja—que a primera vista me pareció escapada de un aquelarre—unas grandes tijeras; con la izquierda, manojo de huesos, se enjugaba las gruesas lágrimas que humedecían el pergamino de sus mejillas, trozos de olvidado guadamacil.

Un examen más detenido—que la vieja avanzaba lentamente como medrosa aparición—me dejó ver retratado en sus facciones un dolor inmenso, una de esas penas sordas que no encuentran consuelo en la vida.

Llegóse la anciana hasta los tiestos de claveles, e insensible al aguacero, sin reparar en mí, fué cortando, una por una, las mejores flores.

Formó con ellas un ramo, y, siempre llorando, al mismo paso, se volvió por donde había venido.

La seguí como la sombra al cuerpo, y una tras otro entramos en el taller.

Un cabo de vela de cera, chisporroteando, encajado en el cuello de una botella de *sidra achampanada,* alumbraba trabajosamente aquel recinto, a través de cuya mal unida techumbre se filtraba la lluvia como por un cedazo, respetando sólo las cajas guardadas en la anaquelería.

Encima de un banco de carpintero, lleno de virutas, serrín, clavos y jirones de diferentes trapos, en el centro de un espacio despejado al efecto, se veía un pequeño ataúd revestido por fuera de percalina azul, forrado por dentro de blanco terciopelo. La cajita, cuya tapa estaba apoyada al pie de un banco, contenía el cadáver de un niño hermosísimo, al parecer dormido.

Un hombre, joven aún, pero con la marca del vicio en las facciones alteradas, sentado muy cerca del ataúd, con las manos cruzadas sobre el mango del martillo y la barba sobre las manos, clavaba una mirada llena de inmensa angustia en el cadáver de la criaturita.

La anciana fué dibujando con los claveles el contorno del niño; después le besó en la frente con mucho tiento—como si temiese despertarle,—y, por último, encarándose con el hombre, le dijo con voz cavernosa:

—¡Vamos, Ramón, cierra la caja, que va a mojarse tu hijo, y tendrá frío!

El desdichado carpintero se levantó, tambaleán-

dose como un beodo, arrojó con rabia el martillo, que fué a dar con estrépito en la anaquelería, rompiendo dos o tres cristales, y cayó sollozando en brazos de la vieja, después de derribar al paso la botella, que también se hizo añicos en el suelo, sumiendo el taller en tinieblas.

Desde aquella tarde, siempre que paso por la puerta de las lujosas tiendas de las funerarias, miro con profunda compasión a los dependientes que, detrás del mostrador, sueñan tal vez con la venida del cólera, como el labrador con agosto.

POLÍTICA Y ARRUGAS

CHASCARRILLO

Así por sus hechuras como por el genio, a Don Tomás Pasalimos, coronel de Inválidos—grande amigo de mi abuelo—, hubiera podido comparársele con uno de los hacecitos de varillas prismáticas que constituyen hoy la carga de pólvora sin humo de los cañones Ordóñez o Sotomayor.

Tan perfecto caballero y heroico militar, que llevaba cosida en la levita la Cruz laureada de San Fernando, parecía físicamente obra de garlopa y azuela. No sólo el tronco y las tres extremidades que conservaba..., hasta el cuello dijérase prensado, como las brevas de Cabañas, dentro del ancho corbatín.

Todo en la persona del coronel eran ángulos, aristas y puntas de chuzo.

Don Tomás, hombre de poquísimas palabras, jamás se descomponía al punto de dar voces, proferir palabrotas o lanzar miradas de portugués frente al enemigo...

Pasalimos, repito, tenía de ordinario el aspecto severo, al par que harmónico y flexible, de las mentadas varillas, que más parecen de orozuz que de pólvora.

Pero, amigo, cuando el coronel, sentado, se daba golpecitos con el bastón en la pierna de palo, o, en pie, hería el suelo, sin moverse de un ladrillo, con la contera de aquélla, signos inequívocos de malhumor, despecho o santa indignación; había que ponerse en salvo, porque D. Tomás era de los que descalabran o atropellan con una sola palabra, sin decir ¡agua va!

Vestía siempre de paño azul obscuro, del mismo punto de color y tela de los que usara para el uniforme; y el corte y hechura de la ropa de paisano eran también semejantísimos a los de militar; de suerte que, fuera del sombrero de copa, en aquella vestimenta sólo se echaban de menos los galones. Aun éstos los llevaba siempre Pasalimos en el bolsillo, y en apreturas, motines, antesalas de oficinas públicas, etc., etc., se los ponía en las bocamangas con el mayor desenfado, como entrada o barrera para abrirse paso o no dejarse arrollar.

Dos cosas sacaban de quicio al excelente amigo de mi abuelo: las disputas sobre política y las arrugas en los pantalones.

Éstos, desde los botones de los tirantes hasta

los de las trabillas, así en la pierna de carne y hueso como en la de palo, habían de parecerse en lo rectos y estirados a las fundas de los paraguas.

Por aquellos días se susurraba algo sobre conspiraciones, motines y pronunciamientos en incubación. Don Tomás, por sus muchos y buenos amigos, en candelero y en desgracia, solía beber en el manantial; el maestro Vara era muy curioso, y aquel pantalón parecía cortado, más que por un sastre, por un esquilador.

El coronel, en medio de la sala, se miraba al espejo colgado encima del sofá, sin desplegar los labios, mientras Vara, con el jaboncillo, ponía la prenda como encerado de escuela en ausencia del maestro.

—¿Qué hay, Sr. D. Tomás, qué hay?...

—¿Es cierto lo que se cuenta por ahí, señor coronel?...

—Vamos, Sr. Pasalimos, ¿estamos, o no, sobre un volcán?

El coronel, que se hacía el distraído, sin apartar los ojos de sus empecatados pantalones, acosado por aquel diluvio de preguntas del sastre, le respondió, por fin, con mucha flema:

—Muy grave es, en efecto, lo que sucede; esto está mal, malísimamente, y lo peor es que no le veo remedio: no tiene compostura...

—¡Pero, D. Tomás!, ¿es tan desesperada la si-

tuación?—interrumpió Vara, con una rodilla en tierra y mirando asombrado a su cliente de abajo arriba.

—Sí, ma... es... tro, sí; ¿qué puede usted esperar de la política de un país en el que los sastres no saben cortar pantalones?

LA LEYENDA DEL SAUCE

CUENTO

—Ven acá, colegiá; ¿quieres que te refiera el porqué la cencitiva, cuantas veces alargas la mano pa tentarla, ce encoge?

—Lo sé, y está ya dicho en letras de molde.

—¿Y anda tamié imprezo el porqué el pitirrojo tiene el pechito teñío de zangre?

—Impresa corre, en efecto, esa leyenda americana.

—Vamos, que no estoy de zuerte esta tarde, como lo estuve aquella otra en que te referí la historia de *El compañero en el Paraízo*.

—Sí, una apreciabilísima variante del argumento que bordó Tirso en *El condenado por desconfiado*.

—¿Condenado dijiste?... ¿A que no sabes tú la historia del zauce?

—¿Del sauce?

—Sí, hombre; de ese arbo que paese la sombra de Jeremía a la orillita del agua.

—No sé palabra de semejante leyenda; venga, pues, pero no la meche usted, tía Norica, con una sentencia de la propia cosecha a cada dos palabras.

—Ar toro iré por derecho, pero no hay que despresiar siertas reflexiones que vienen ar caso, como a las mositas un clavé en er moño, y que son el aliño y la enjundia, la sal y la pimienta de toa conversación. Y vamos a ve: ¿tú que zabe de la vía y charranerías de Júas?

—¿De cuál? Porque hay más de un personaje bíblico de aquel nombre.

—Der zolo: del condenao Escariote, que vendió al Ceñó, y que está en el infierno, lo mismo que el sagrario en la iglesia, aunque sea mala comparanza.

—De la vida del mal apóstol no se sabe más que lo que dicen los Evangelios: que era hijo de Simón, también iscariote; que en las listas—en las tres—que del Colegio Apostólico dan los evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas se nombra a Judas el último, y que éstos, cuantas veces le mientan, jamás se olvidan de añadir al nombre la nota infamante de «aquel que traicionó a Jesús».

—¿Y no disen cómo, cuándo y de dónde se ajorcó er mardito?

—Poco refieren de ello, por repugnarles, sin

duda. Cuentan, sí, mucho antes, la protesta de Judas, cuando se escandalizó, en casa de Simón el leproso, de que María, la hermana de Marta y de Lázaro, vertiese un perfume exquisito sobre la cabeza del Salvador, sentado a la mesa. Pero, aparte de estas referencias históricas, contenidas en la Sagrada Escritura, se conoce una Vida de Judas Iscariote, que forma parte de la enorme compilación de historias, en su mayoría maravillosas, compuesta por el dominico Santiago de Vorágine, Arzobispo de Génova (n. 1230. m. 1928). Llámase la obra *Leyenda Áurea,* y sus materiales están tomados, unos de libros anteriores, otros de la tradición popular.

—Ezos, ezos son los que valen, colegiá, porque la vos der pueblo es la de Dios.

—Además del texto de Vorágine—del que dió cuenta R. Foulché-Delbose *(Revue Hispanique,* février, 1916)—, ha llegado hasta nosotros un voluminoso manuscrito que contiene otra *Historia de la vida de Judas Escariote,* con algunas variantes, no de gran importancia, en el argumento, comparada esta relación con la de Vorágine. El Sr. Foulché las puntualiza, y advierte luego, oportunísimamente, que, sobre la misma leyenda en otras literaturas, puede verse la obra de Alejandro Ancona; la...

—Para el carro, colegiá, porque ci vas a em-

parmarla con tus literaturas y sitas—que sitas más que Joselito y los jusgaos—yo no meto mi cuchara en un cemestre. Lo que te digo es que los viejo, de padres a hijo o zobrino, vamos guardando, de memoria, muchas historias, más y mejó que los libros. ¿Te enteras, colegiá del Monte? La verdá es una como el sol y el agua en er manantiá; a éste arrima er pueblo, antes que vosotros los zabios, zu cántaro, y en el mismo ce concerba el agua limpia y fresquita.

—O al poco tiempo no queda en el cántaro ni gota.

—Pues menos queará de la que cogen los zabios en una limeta de vidrio pulío, que ce quiebra con mirarla o ce empaña a juerza de darle tantas güertas como er conductor a la ruea de tranvía. Y dime, por tu zalú, colegiá: ece ceñó Corajines, o como tú le dises, o er manuzcrito, ¿de qué arbo refiere que ce corgó Júas?

—De «una rama de sauco», y añade que: «como es árbol de poca fuerza, casi hueco, quebróse la rama, y dió Judas un gran golpe en el suelo, tal que reventó por un costado, y...»

—¡¡Josús, Josús, der zauco!!... ¿Tú lo ves?... Er que debió de reventá inflando la bola fué el ceñó Corajines o er manuzcrito; ¡der zauco!... ¡Por poquito no refieren que ce había corgao Júas de un junco o de una mata de arbaaca! ¡Ca, hom-

bre, ca!; ahora vas tú a escuchá la historia, más clara que firtrá.

Y tal como la tía Norica me refirió la leyenda del sauce, así la pongo en estas cuartillas, corrigiendo solamente la prosodia de la gitana. Procuraré, sí, conservar su estilo: el de los moradores de «las cuevas» camino del Sacro Monte (Granada), donde se meció la cuna de todo un santo e inmenso sistema pedagógico: la obra de D. Andrés Manjón.

La tía Norica dejó su cesta en tierra, se arregló el pañuelo de la cabeza y rompió a hablar de esta suerte:

—En tiempos de Octavio y de Tiberio, ambos a dos emperadores de Roma, vivía en Jerusalén un hombre muy cabal, llamado Simeón, con su mujer, a quien decían Ciborea, y que estaba fuera de cuenta. Despertóse aquélla una noche con las ansias de la muerte, porque había soñado que iba a parir al mismísimo demonio. Simeón trató de calmarla, diciéndole que los sueños son pamplinas para los canarios; pero otra le quedaba dentro; y así fué, como verás, porque las realidades dejaron tamañitas a las figuraciones.

La criatura, Judas, que no fué otro el nacido, aún no asaba cuando ya pringaba. Tamaño como un pepino—apenas podía tenerse en pie—se dejó caer de los brazos de su madre, y, trincando

una faca, olvidada sobre la mesa antes de levantar los manteles, fué para Simeón, haciendo ademán de cortarle el pescuezo. Y mira tú lo que son las madres: Ciborea, no obstante sus malos sueños y lo que ahora veía, que los remachaba, trató de disculpar al angelito, echando el caso a broma. Pero Judas repitió la suerte, y entonces su padre, amoscado, dijo: «¿No ves, mujer, las intenciones de este mal bicho? Si a la larga ha de salirse un día con la suya, puede que, quitándole ahora de enmedio, nos ahorremos muchas y grandes desazones; ¡jinojo con el chavea! [1]; ¡se las trae, se las trae el niño!»

Tira de acá, tira de allá, Simeón encrespándose y Ciborea quitando hierro, se concertaron en abandonar a Judas, a la ventura, metiéndole en un cajón embreado, sobre las olas, mar adentro. Y dicho y hecho: allí lo dejaron, después de envolverle bien en sus pañales, darle el pecho Ciborea y de llorar, antes y después, tanto, que se le podía torcer la ropa. Navegó el cajón toda una noche, y al mediodía siguiente arribó al puerto de Escariote, en el reino de Nápoles. De aquí le vino a Judas el apellido. Con el cajón o arquilla dieron unos pescadores, asombrándose mucho; Judas berreaba como un añojo, de hambre y de frío;

(1) Que no vale un ochavo.

pero ellos tuvieron el hallazgo por cosa de buena sombra.

Veraneaba a la cuenta la Reina en Escariote, en ausencias de su esposo; no tenían hijos, los deseaban más que la tierra el agua de mayo, y a los pobres pescadores se les antojó llevar el nuevo Moisés a la Señora y ofrecérselo para tapar el gran agujero de sus deseos. Lo hicieron según lo habían pensado; a la Reina—que algunos dicen que era mujer de Herodes—le vino como un guante el niño de la mar, y se las compuso de modo y manera de hacer creer al Rey que ya era padre. Ahora, que la torta se desmigajó acabadita de salir del horno, porque, como el diablo andara de por medio en todo aquel fregao, la Reina se hizo madre de verdad. Nacer el príncipe y sentir Judas que le hervía la sangre, de pura envidia y malas ideas, fué todo uno. Día y noche se ingeniaba el maldecío para martirizar al principito y no dejarle vivir. La pobre Reina, viendo a su hijo descalabrado un día sí, otro no y el de en medio, tuvo, al fin, que cantar de plano, refiriendo lo ocurrido con pelos y señales. Era el Rey sujeto de muy buena pasta, se desmoronaba, como los polvorones, con los mimos de su mujer, y, por otro lado, le temía más al escándalo que a un cobrador de contribuciones. Así es que, estudiados los pros y los contras, se convino en ir tram-

peando, poniéndole a Judas serreta, pero sin echarle de palacio.

En cuanto él se vió tratado como plato de segunda mesa, sentenció a muerte al principito.

Aguardó a que el Rey hiciese otro viaje, se escondió en el seno un puñal, esperó la ocasión—que se conchaba siempre con los malos—y de un solo golpe le partió el corazón al niño; luego salió huyendo. ¿Quién es capaz de pintar la pena de la Reina, que puso precio a la cabeza de Judas; quién de referir los imposibles que hizo para que se lo trajeran vivo o muerto? Inútil empeño, porque no estaban sus días contados y tenía que dar mucho más que sentir en este pícaro mundo.

Huye que huye, tropieza aquí, cae más allá, y se levanta siempre, corrió Judas mucha tierra para dar a la postre otra vez con sus huesos y mala asaúra en la ciudad de Jerusalén. Mandaba en toda aquella tierra, por entonces, Poncio Pilato, en nombre del emperador Tiberio; ¡valiente par de tíos, eh! Si es que la tizne es hermana de la sartén; que en el fondo se juntan los posos; y el rabo va siempre pegado a la cometa. Judas entró a servir en casa de Pilato; el criado daba mucho gusto al amo, y muy pronto, de mozo de cuadra, llegó a mayordomo.

Lindaba el palacio con un huerto muy hermo-

so, cuajado de frutales, entre los que vió Poncio, asomándose al mirador, un manzano que se venía al suelo de tanta fruta. ¡Manzanas habían de ser! ¡Poquito caro que nos viene costando el antojo de esta fruta que tuvo nuestra madre Eva! No arrugues la frente entre ceja y ceja, colegial, porque vuelvo a decirte que estas reflexiones vienen al caso ni más ni menos que faja a la cintura y cencerro al liviano. Judas, en cuanto se enteró del capricho del gobernador, su amo, ni corto ni perezoso, en lugar de pedir al dueño del huerto, con buenos modos, que le diese o le vendiera media docena de manzanas, saltó la tapia, se coló en la finca y comenzó a llenarse de fruta la túnica arremangada. En la faena le sorprendió el amo del huerto, y, de buena manera, se quejó de aquel atropello. Judas, ensoberbecido por ser criado de Pilato, respondió en malísima forma, con lo que de las palabras vinieron a los hechos, y trincando Judas un garrote, que servía cabalmente de tutor al manzano de la cuestión, le atizó un estacazo al dueño de la propiedad en mitad de la cabeza, partiéndosela en dos como si hubiese sido una olla. El viejo cayó en tierra muerto, y su mujer salió a una ventana, dando gritos.

Al estropicio, Pilato, que no había presenciado la muerte, volvió a asomarse al mirador, y desde

allí ofreció a la viuda que le haría justicia muy cabal.

Mientras tanto, Judas se escabulló, escondiéndose en las bodegas de palacio.

La causa se eternizaba, ni más ni menos que pleito entre gente de muchos posibles; el gobernador había hecho noche de Judas tan y mientras regalaba a la viuda como si fuese su novia. Y a fuerza de presentes, de buenas palabras y de promesas aún mejores, consiguió convencerla de que el medio mejor de reparar aquella grande desaborición, echando tierra encima del delito, cometido en un momento de arrebato, era que ella, la viuda, se casase con Judas; cosas más grandes se habían visto ya en Jerusalén. Pilato se brindaba a ser padrino del bodorrio, volcando el palacio por la ventana, y a asegurar la suerte del matrimonio, que seguiría sirviendo al señor gobernador.

La boda se celebró, al fin, exigiendo Judas a su mujer que no había de preguntarle por su vida anterior. Ella lo prometió, que fué como si nosotros, los cañís [1], jurásemos no mirar con buenos ojos las caballerías del vecino. Más fácil es escribir en el agua serena que echar un cerrojo a la curiosidad de la mujer.

---

(1) Gitanos.

Una noche consiguió aquélla que el marido se franquease una miaja, que le refiriese la vida pasada; pero, falso, falsísimo desde que cayó en este mundo como un rayo; fué disfrazando sus charranerías, sobre todo en aquella parte tocante a su estancia en la Corte y al asesinato del niño príncipe.

Conforme iba el pícaro refiriendo lo sucedido, a su gusto, la mujer perdía los pulsos, el color de la cara, y el habla, en fin; hasta que dió un hondísimo lamento, quedando luego como muerta.

Al volver en sí, con la vista extraviada y la lengua borrosa, entre gemidos y trasudores, como quien vomita el veneno que le achicharra las entrañas, rompió a hablar de esta suerte:

«¡Desventurados de nosotros, y cómo se cumplió el negro sueño que tuve cuando fuiste engendrado en hora maldita, porque yo soy Ciborea, tu madre, y el que mataste era tu padre!»

* * *

—¿Qué dices tú de hipo, colegial?

—¡Edipo..., mujer!...; nada, nada: siga usted, tía Norica.

—Sigo: aquel pozo negrísimo, aquella alma condenada se revolvió desde el fondo a la boca y tuvo la visión cabal de los infiernos; después, a modo de un relámpago de arrepentimiento, y

ni más ni menos que lo que deben sentir los bichos que van a la querencia de una luz muy grande.

En Jerusalén y en muchas leguas a la redonda no se hablaba de otra cosa: de aquel gran profeta cuya palabra era miel e imán de las almas; del médico que las sanaba; del que resucitaba a los muertos y perdonaba a los que le herían.

Fué el único buen propósito que Judas tuvo en su vida: el de ir a arrojarse a los pies de Nuestro Señor Jesucristo, pedirle perdón de tanto crimen y rogarle, por su Madre Santísima, que le recibiera por discípulo.

Jesús perdonó a Judas y le admitió en su compañía, sabiendo, naturalmente, que había de venderle. El falso apóstol administraba la corta hacienda del Maestro y los Discípulos, quedándose siempre con una parte de cuantos obsequios, en dinero y en cosas de comer, beber y arder hacían los fieles a Jesucristo: mira tú si es antigua la sisa. Tenía él convenido el tanto por ciento que le correspondía; ¿estás? Así es que cuando ocurrió lo que tú me referiste antes, en casa de Simón el leproso, oyendo Judas que aquel ungüento hubiera podido venderse en trescientos o más dineros, se consideró como estafado, porque si María Magdalena, en vez de verterlo sobre la cabeza del Maestro, hubiese dado el tarrito a Judas, éste

lo pule [1] bonitamente, correspondiéndole justos treinta dineros, según su cuenta sisona. Y desde aquel punto y hora se le metió en el sentido esta cantidad redonda, escarabajeándole de continuo un deseo rabioso de hacerse con los *treinta dineros*, fuese como fuera.

Lo que pasó después, ¿quién no lo sabe? Judas, comprado el cordel para ahorcarse, se salió al campo a buscar de dónde, y tropezaron sus ojos turbios con un árbol hermosísimo, que se miraba en el espejo de la más bonita de las lagunas. Las ramas de aquella magnífica pieza crecían todas hacia arriba, como si tuviesen ansias de bañarse más pronto en los resplandores del sol y de la luna y de sorber la lluvia, antes que nadie, por la punta de las hojas. Ni orugas, ni hormigas, ni polillas, ni gusanos; ningún bicho, en fin, de los dañinos y *desaboríos,* ni de los que traen mala sombra se había guarecido nunca, ni siquiera posado en la copa ni marineado por el tronco. Eso sí, la elegían para regordearse, escondiéndose entre sus perennes verdores, los pájaros de pico de oro y plumas preciosas, que desde ella daban los buenos días a la aurora y las buenas noches a la luna, lo mismo en enero que en abril. Todo, todo en aquel árbol era verdor, frescura en las siestas

(1) Lo vendé.

achicharradoras de agosto; él servía de paraguas en las tormentas, y de guitarra al vientecillo, que no se cansaba nunca de puntear en el ramaje; de lugar de cita a los enamorados, que se reunían bajo aquella copa verdaderamente más que real, imperial.

Era un paraíso, sin manzanas ni bichas. Y la laguna no se atrevía siquiera a rizarse para no alterar la imagen del árbol que en ella se miraba, haciéndola sentirse tan orgullosa como el espejo cuando a él se asoma una cara de cielo.

Así era el sauce cuando Judas se ahorcó en él hace veinte siglos. ¿Te enteras, colegial? Desde entonces tiene las ramas desmayadas, de día y de noche. Se inclina hacia la tierra, como los ancianitos, y en el agua que corre o en la que va pudriéndose en la umbría, moja las hojas lacias, que no parece sino que el arroyo o la charca se forman de lágrimas que va destilando el sauce. Desertaron para siempre los pájaros de la copa; apenas si alguna bubilla se posa en ella, al obscurecer, entristeciendo el paisaje con la tabarra del quejido que aprendió en mal hora. Ni el sol, ni la lluvia, ni el fuego de agosto, ni las nieves de diciembre consiguen enderezar al pobre caído. Parece que, harto ya de vivir, quiere devolver a la tierra la savia que le chupa, y secarse él para siempre, quedando para cantadero de cucos. Y es

que siente aún en la médula de su tronco y de sus ramas las sacudidas del cuerpo de Judas en la agonía; en todo su ramaje y en cada una de las hojas, el negro vaho y el pajizo resplandor del relámpago con que el alma del apóstol maldito salió disparada del cuerpo para caer como un haz de rayos en mitad de los infiernos.

Y ríete tú de *Coragines* y de los manuscritos, y llámala como quieras; la que acabo de contarte es la única historia verdadera, que vino refiriéndose de padres a hijos entre los de mi raza y familia, la historia de Judas y del sauce..., de ese árbol que parece la sombra de Jeremías a la orillita del agua.

"POBRE PORFIADO..."

CHASCARRILLOS

Jamás con tanta razón pudo cantarse, por toda la parroquia, refiriéndose a la vivienda del Padre Graiño, la conocida *giraldilla* que comienza:

La casa del señor Cura
nunca la vi como ahora,
.....
.....

En efecto, la fachada se blanqueó primorosamente; el corredor, cuyo caprichoso barandal se había construído de nuevo, fué pintado de azul turquí, color al que son aficionadísimos los aldeanos del país y que contrastaba duramente con los múltiples verdores de los campos vecinos. Puertas y ventanas, hasta el último *furaquín,* relucían como si fuesen de rica caoba barnizada. El hórreo, abarrotado de cuanto Dios crió, no estaba menos *guapo* que la casita, y hasta la frondosa parra, que daba sombra y frescura a la portalada, pare-

cía más verde, y más limpios y brillantes sus pámpanos.

En la quintana picoteaban, en sus escarbaduras, como docena y media de legítimas gallinas, de pura raza castellana negra, servidas por dos soberbios gallos, tan estirados como los lores del Almirantazgo.

Pues, ¿y dentro de la casa? ¡Eche usted hasta que se derrame!

Las paredes de la cocina, charoladas materialmente por el *fumo del fornu,* un día tras otro, fueron picadas, enlucidas y luego pintadas al temple de un gris azulado, que contribuía a que se destacasen más los plateados aros de las herradas, los áureos cangilones, el barcal, las alcuzas y otras muchas piezas de la batería de cocina.

Satisfechísima como una reina en su trono, recreándose en todos aquellos pobres y pulcros utensilios, la madre del señor cura, la respetable *vieya, filaba cerquina* del *llar,* en la rueca primitiva, hora tras hora, por mañana y tarde...

Pero cuento de nunca acabar sería el referir las alegrías y abundancias que inundaron la casita del cura a la vuelta del capitan Acebedo, sobrino del P. Graiño, que regresaba de América, sano y fuerte como un *carbayón,* rico y dispuesto a que no le faltasen a su tío y padrino ni pechugas de ángel para merendar, si tal antojo tuviese.

Mucho se celebró todo esto en la parroquia, porque en aquella tierra querían de veras al Padre Graiño, fiel cumplidor de su difícil y noble misión. Y mucho se habló también de los presentes que el capitán Acebedo trujo a la familia y a los amigos; pero nada había logrado cautivar la atención de chicos y grandes, como un magnífico loro, que hablaba más que candidato a diputado que trabaja su elección recorriendo los pueblos del distrito.

Con motivo de las gracias singulares de aquel ave, se contaron en la rebotica muchas otras ocurrencias chistosísimas de loros famosos.

Se refirió el cuento del que no quería ir a Portugal sino a España, y hubo de enmudecer, porque el capitán del buque, nacido en Lisboa, le gritó de mal talante: «Vuestra excelencia irá a donde le lleven.»

Este episodio, por ser más conocido que Garibaldi, valió al narrador, que lo fué el estanquero, una buena rechifla de los demás contertulios.

Contó luego el Secretario del Ayuntamiento que, harta ya una *menegilda,* cocinera sisadora, de oírse llamar ladrona por una cotorra, le abrió la puerta del jaulón poco antes de que un podenco muy cazador viniese al mediodía, como de costumbre, a comer a la cocina, mientras los señores tomaban el café.

Arremetió el can con la pobre cotorra, y entonces la doméstica, sin apartarse del fogón, comenzó a gritar, fingiendo gran desconsuelo:

—¡Atajadle, atajadle!; que *Reverte* se lleva a la cotorrita... Socorredla..., soco...

Y la infeliz, ya moribunda, atravesada en el gaznate del perro, que huía a las voces de la pérfida maritornes, iba cantando con gran desfallecimiento:

—¡¡Ya... pa... qué!! ¡¡Ya... pa... qué!!

Entre todos, el *sucedido*—así lo llamó el narrador—que refirió el maestro se llevó la palma.

—Erase—dijo—un loro joven, gallardo, con la pluma como esmeralda bien tallada y a la luz del sol; los ojos vivos y las patas finas y limpias.

Se entretenía en recorrer con el pico los barrotes del jaulón, como los tañedores de bandurria rasguean, con la púa de concha, las cuerdas del instrumento.

Y érase que se era otro loro talludo, tristón, con la pluma ajada y el color marchito. Tenía los ojos medio entornados, caída la cabeza y las patas muy gordas, como de gotoso.

Con la izquierda se apoyaba en el travesaño o percha de su jaula—que contrastaba por lo lujosa con la del loro joven, que era muy ordinaria—, y en la garra de la pata derecha estrujaba un garbanzo cocido, que no se decidía a comer. Tampoco

despegaba o abría el pico, mientras que el jovenzuelo no cesaba de chacharear:

—Yo no quiero ir a la escuela; yo no quiero ir a la escuela...

Llegóse un comprador a la tienda del pajarero, y estuvo un gran rato contemplando los loros a su sabor, mientras el rozagante hacía mil monadas, y el chafado no movía ni una pluma.

Por fin, dirigiéndose al dueño de la tienda, que soplaba el alpiste de los comederos en la jaula de un canario, le preguntó:

—¿Cuánto vale este loro?—y señalaba al lucido.

—Sesenta pesetas.

—¿Y aquel triste y desmadejado?

—Mil.

—¡¡Mil pesetas ese mamarracho que está haciendo testamento!!

—«¡No hay que faltar, caballero!—saltó el loro, tirando el garbanzo con rabia, para poder accionar mejor con aquella pata—; no hay que faltar; ¡si usted llevase diez meses de gota, estaría como yo, muy jo...robado!»

Pues bien; no obstante estas y otras chuscadas que a propósito de loros y cotorras se trajeron a colación aquella noche en la rebotica, *nemine discrepante,* declaró el concurso que, como el animalejo regalado al cura por su sobrino, desde que

Colón descubrió el Nuevo Mundo, no había atravesado el charco grande otro que se le pareciese tan siquiera, ni en el plumaje ni en la locuacidad.

Calcúlese, pues, en cuánta estimación no tendría a su cotorra el excelente P. Graiño.

* * *

El demonio, mal avenido con la paz y la alegría que reinaban en la casita del cura, se propuso meter el rabo, que no la pata, y lo consiguió.

A dos kilómetros de la aldea, se abrieron a la explotación ricas minas de plomo argentífero, y a dirigirla vino un ingeniero inglés, joven, buen mozo, rico, más caprichoso que reina encinta, y tan tozudo como todos los aragoneses juntos.

Ver míster Bradford la cotorra del P. Graiño, colgada en el corredor, oírla *hablar* y marcarla por suya, fué todo uno.

A punto estuvo el señor cura de reírse a carcajadas en las barbas rubias del ingeniero, cuando éste se le presentó un domingo, después de misa, proponiéndole la compra del loro.

—¡Ni por toda la plata del mundo vendería yo a ese animalito!

—Sentirlo yo: volver a ver si usted, señor curro, estar variado y venderme la cotora.

—No se moleste usted, señor mío: le repito que *este cura* no la vende.

—Usted quedar con Dios.

—El le acompañe, y disponga de mí en otra cosa, que dispuesto me tiene a servirle.

Como el espía del leguito en *Los Magiares*, míster Bradford, se convirtió en sombra del Padre Graiño.

Si salía de paseo, en el monte, en la playa, camino de las minas, por el de la ciudad, en el cementerio o dondequiera que fuese, se tropezaba con el inglés, quien, después de saludarle respetuosamente, le decía, ni más ni menos:

—¿Usted venderme la cotora?

—No, señor; no, y no.

Si se asomaba al corredor de la casita, el ingeniero, en la acera de enfrente, rodeado casi siempre de chiquillos que reían las gracias del loro.

—¿Usted venderme la cotora? — exclamaba, quitándose el sombrero.

Si predicaba, al bajar del púlpito, míster Bradford, sentado en el último escalón, se ponía en pie, tieso como un espárrago, le dejaba pasar inclinándose ceremoniosamente, y, yéndose tras el cura, al entrar en la sacristía le disparaba a quema-sotana, la pregunta de siempre.

Una noche de temporal, por la madrugada, vinieron de la costa en busca del P. Graiño para

que fuese a administrar los últimos Sacramentos a un pescador. Míster Bradford, con una linterna, le salió al encuentro, formó parte de la comitiva y, a la vuelta, después de despedirse del párroco, le preguntó:

—¿Usted vender...?

Todo tiene término y medida en la tierra, menos el tupé británico y el sufrimiento del resto del mundo, cuando se trata de éstos, sus señores.

Entre perder el sosiego y la paz en los últimos años de su vida, o vender el loro, el P. Graiño, sangrándole el corazón, se decidió por lo segundo.

Toda su venganza consistió en cobrarle a míster Bradford *quinientas pesetas* por la cotorra y repartirlas entre los más necesitados de la parroquia: luego pidió que lo trasladasen a otra, para perder de vista al inglés.

* * *

Dos años después, durante la famosa romería de Contrueñes, curato en aquel entonces del Padre Graiño, se arrodilló ante su confesonario una buena moza forastera, que procedía, precisamente, del pueblo donde ocurrió el suceso antes relatado.

Benita, que así se llamaba, comenzó a decir sus culpas, que no eran muchas ni grandes, con

gran humildad y sin que el P. Graiño tuviese que prestarle gran ayuda en un principio, pero llegaron al sexto mandamiento... y allí fueron las penas y trasudores.

La penitente, como si fuese con los pies desnudos caminando a través de un campo sembrado de vidrios rotos y de punta, a las insistentes interrogaciones del confesor, iba respondiendo:

—Sí, padre..., todavía más, todavía más...

—¡De suerte que has marchitado por completo la azucena de tu virginidad!

—Sí, padre.—Y la desdichada comenzó a sollozar.

Entreverando algún consuelo con severas admoniciones, comenzó el buen sacerdote a hacer palpable a Benita la magnitud de su falta imperdonable. Horrorizábase la penitente—alma sencilla como la del confesor—, y, por ello, cobrando ánimos, se atrevió a replicar:

—Usted no sabe, padre mío, lo que era y es aquel señor...

—¡Ah! ¿Quien rindió tu virtud fué un señor, no tu novio?

—Un señor de otras tierras, joven y... bien parecido, que no me dejaba vivir, ni de día, ni de noche, persiguiéndome a todas horas: en la fuente, a la puerta de mi casa, a la salida de misa...

El P. Graiño, visiblemente distraído, escucha-

ba mirando al techo del confesonario, y, sin darse cuenta, murmuró:

—Como aquel inglés del loro...

—¿Qué dice usted, padre mío? Sí, era inglés y tenía un loro muy hermoso que cantaba el *trébole* y...

—¡¡No digas más; lo comprendo todo, lo comprendo, pobrecita mía, y te doy mi absolución!! Anda con Dios y en paz.

¡AVE MARÍA PURÍSIMA!

(Fragmento de las Memorias de una Hermana de la Caridad)

CUENTO

Me echó el sueño su poderosa zarpa cuando rezaba el Santo Rosario por los navegantes, por los viajeros extraviados y también por los que, en noches como aquélla, se despiertan bajo edredones y vuelven a coger el sueño con delicia, sin acordarse de los que, a la intemperie, tiritan acurrucados en el quicio de un portal.

El brasero, sobre cuya tarima apoyaba mis pies yertos, ya no contenía sino un montón de tibias cenizas.

Sin duda, debieron de tirar más de una vez de la cadena, porque los campanillazos, que me despertaron, sonaban más que la lluvia torrencial, y no obstante los truenos que se sucedían como las olas se atropellan.

—*¡Ave María Purísima!*—gritaba dentro del torno, por el lado de la calle y en muy malos modos, una voz hombruna—. *¡Ave María Purísima!* Ahí va esa criatura, y... Dios sea con todos.

—Sin pecado concebida—respondí con humildad, reconociendo mi falta, mientras daba la vuelta al torno.

Dentro de un envoltorio de riquísimos pañales, que olían a perfumes caros, recogí, dormida profundamente, a una preciosa niña. Era morenita, con los ojitos zarcos, y podría tener dos meses y medio.

Cuando me disponía a dar cuenta del ingreso de nuestra nueva hija, sonaron las doce en la Catedral y despertó el angelito ya en domingo, día de Santa Inés, virgen.

¡Pobrecilla Inés!; ¡con qué tenacidad se aferraba con sus manecitas, como capullos de rosa, a las aletas de mi toca!

Dijérase que me pedía amparo y protección al entrar en su nueva casa. ¡Cómo me miraba!

El Señor sabrá por qué... ¡por qué sentí por la pobre hospiciana lo que por ninguna otra de las muchas criaturas que llevo recogidas en el torno!

Creció saludable siempre, cada vez más bonita e inteligente, y siempre indómita e incapaz de toda buena crianza, aunque su condición, en el fondo, no fuese perversa. Ni premios ni castigos lograron enderezar aquel arbusto. A nadie más que a mí respetaba la muchacha, no por miedo, sino por cariño, como ella decía.

Acababa de cumplir quince años, en todo el

desarrollo de su delicada hermosura, cuando me trasladaron a otra de nuestras casas.

Pasó mucho tiempo sin que yo volviese a tener noticias de Inés.

—¡Adiós, Hermana Eugenia, Hermana mía, ¡quién sabe dónde nos volveremos a ver!—me dijo al despedirnos, besándome y mojando las aletas de mi toca con sus lágrimas. ¡Y cuenta que no lloraba nunca!

* * *

Tan sólo una tarde, atravesando el estrecho de Gibraltar, cuando la guerra de Africa, el año 60, recuerdo haber sufrido un calor semejante al que sentía aquella noche en la Sala de Santa Ana del Hospital de San Juan de Dios.

El cabo de vela con que me alumbraba para leerle las oraciones de los agonizantes, se derretía, no solamente junto a la luz inmóvil, sí que también cerca de la arandela caldeada.

Otra vez el fiero oleaje de las pasiones humanas arrojaba su víctima a nuestras playas.

¡Infeliz! Su demacrado semblante revelaba grandes sufrimientos.

A tales horas—era más de medianoche—. Inés había perdido por completo todas esas risue-

ñas esperanzas que, en los últimos momentos, suelen acariciar los tísicos. Si aún alentaba, si hervía su pecho, era porque los Santos Oleos acababan de alimentar la lámpara de aquella triste existencia, tan próxima a extinguirse sobre la tierra.

—Hermana, Hermana mía, bendito sea Dios, que ha permitido que nos volvamos a ver; que su Crucifijo, el de usted, con el que yo jugaba en la Inclusa, sea lo último que besen estos labios tan impuros...

Con las manos, que semejaban sarmientos de alabastro, cruzadas sobre el embozo; suelto el raudal de su cabellera; con los ojazos desmesuradamente abiertos y con un brillo extraordinario; muy pálida; con dos rosetones de carmín en las mejillas, sudorosa... parecía delicadísima imagen acabada de salir de manos de un escultor de la Edad Media para colocarse en lugar preferente de gótico retablo.

De aquel cuerpo, otras veces tan mórbido, no quedaba más que la piel y los huesos.

El espíritu, como avecilla que ve abierta la jaula y aletea para escapar, inundaba la miserable envoltura.

—Hermana, Hermana mía, ¿descansaré al fin? ¿Cree usted que Dios me perdonará?

—La misericordia del Señor es infinita; sí,

hija mía, te perdonará, te ha perdonado ya, como perdonó a la Magdalena, porque había amado mucho...

—¡Amar, amar! Yo no he querido en este mundo a nadie, a nadie más que a usted. Yo no sé lo que es amor. Los hombres son todos crueles... todos. ¿Ve usted a ése que pasa?—y señalaba a un mozo del anfiteatro de la *Escuela de Medicina*, que cruzó por el dormitorio—, ¿lo ve usted? Me ha mirado de reojo, calculando que no veré amanecer y que se ganará una propina por llevar mi cuerpo a que lo descuarticen los estudiantes.

—Inés, Inés mía..., ya no es hora de discurrir sobre cosas de la tierra; hablemos de Dios y de su bendita Madre.

—Sí, hablemos..., pero prométame usted que hará porque no me lleven al anfiteatro..., que no me desnuden... ¡Si pudiera usted conseguir de algún alma piadosa que me costease un nicho!

—Te ofrezco pedírselo a uno de nuestros protectores... Ahora, reza conmigo...

—Bendita sea usted, Hermana...; sí, recemos...

Desvelados al primer reflejo de la aurora, comenzaron a saltar, piando, de rama en rama, los pájaros que dormían en los grandes plátanos del patio.

Inés se ahogaba: hizo un supremo esfuerzo

para incorporarse; asióse de las aletas de mi toca, tosiendo y salpicándolas con las últimas gotas de su sangre, y volvió a caer sobre la almohada... para no levantarse más.

* * *

La Madre Superiora, compadecida de la pobrecita Inés, me dió licencia, y corrí a casa del opulento banquero D. Adolfo Burgos, gran protector de nuestro santo instituto.

Sabía yo que madrugaba, y me prometía encontrarle dispuesto ya a emprender a pie su paseo cotidiano.

Por lo menos, una vez en semana solía venir D. Adolfo a San Juan de Dios, y siempre nos dejaba grato y caritativo recuerdo de su visita.

Diez días, lo menos, iban transcurridos sin que pareciese por el Hospital, y esto también nos tenía cuidadosas. Luego supimos que preparaba un importante discurso para pronunciarlo en el Senado, en defensa del descanso dominical y de la protección a los obreros menores de edad.

¡Qué bueno era, y cómo le premiaba el Señor haciéndole dichoso! Muchos le envidiaban; no tenía familia; la murmuración y la calumnia no dejaron alguna vez de hincarle el diente...; pero

¿se concibe dicha mayor que la de disponer de gran fortuna y, sin obligaciones, poder aplicar muchos miles de duros en la hermosísima tarea de enjugar lágrimas de los desgraciados?

Me hicieron aguardar un largo rato en el recibimiento. ¡Dios poderoso, qué lenguas las de los criados que holgazaneaban en esta pieza leyendo los diarios! Se me figura que mi presencia, en vez de contenerles, les aguijoneaba.

Por fin, me recibió D. Adolfo, animándome con su franca y dulce sonrisa...

—Veamos qué quiere la Hermana Eugenia; ¿qué ocurre en aquella santa Casa? Calculo que vendrá a proporcionarme la fortuna de servirlas, ¿eh?

Me creí obligada a contar al banquero la tristísima historia de Inés, y en vez de empezar por la Inclusa, comencé por el fin: por San Juan de Dios.

Tapando y destapando el rico tintero de plata de su mesa de despacho, parecía interesarse en mi relato.

Llegué al fin de la historia: al torno, a la noche de Santa Inés..., y se puso en pie, como si el sillón le hubiera despedido.

Referí luego cómo uno de los riquísimos pañales de la niña (que debía servir de contraseña para reclamarla) estaba marcado con una M y

una B de seda roja entrelazadas..., y el banquero volvió a desplomarse en el sillón, murmurando con voz ronca y entrecortada por los sollozos:

—¡Ave María Purísima! ¡¡Ave María Purísima!!

Entonces fuí yo la que me levanté, como impulsada también por un resorte.

Aquella dulcísima salutación sonaba en mis oídos con la misma voz que veinticuatro años antes la había oído gritar dentro del torno de la Inclusa, por el lado de la calle y en malos modos: «¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! Ahí va esa criatura, y Dios sea con todos.»

. . . . . .

Y, también como aquella triste noche, respondí humildemente, pareciéndome que el Señor batía sobre nuestras cabezas las inmensas alas de su justicia:

—Sin pecado concebida.

EL CARABINERO

CHASCARRILLO

Calzadillo era hombre de poquísimas palabras. Decía un chiste—siempre breve y oportuno—o echaba un taco, tamaño como piedra de molino, sin mover un solo músculo de la cara. Sólo en Misa se quitaba el sombrero. Si en broma o de veras le tocaban en el hombro o en la espalda, sin volver jamás la cabeza, como si se espantase una avispa, sacudía el brazo colgando, a manera de péndola puesta en movimiento por un chico travieso. No se enternecía sino cuando se trataba del difunto Conde de Valdeazmirez, del que había sido, como si dijéramos, montero mayor sin sueldo, pero con el disfrute cotidiano de muchos provechos.

Calzadillo había nacido más para mandar que para obedecer. Sobre todo, cuando se trataba de cosas o menesteres de su afición, rayaba en déspota, y, esto no embargante, era tan grande, por inteligencia en la materia, su autoridad en cosas

de caza, que guardas, podenqueros, escopetas negras y cazadores de toda especie acogían las observaciones de *Don Jocé* con respeto y cumplían sus órdenes sin discusión ni réplicas. La vista y el oído de nuestro hombre a los cincuenta años eran excepcionales, así para percibir el más leve rumor de la pieza que se ocultaba, como para señalar, sin vacilaciones, el sitio preciso donde caía herida.

Para Calzadillo, la epopeya, la tierra prometida, el no hay más allá, se cifraba en asistir a una montería. ¡Como que se había arruinado monteando! Su indumentaria respondía perfectamente a la pasión que le dominaba. Zapatos blancos, polainas completas con hebillas de hierro muy oxidadas, pantalón de punto café obscuro, chaqueta de paño cordobés o del Carpio, con mangas de estezado, sujetas al hombro por cordones de seda verde; en el cuello, en los puños de la camisa y en el chaleco, de dos hileras, botoncillos de filigrana de plata, y canana sobre la faja. Para toda caza mayor y menor, ¿qué digo?, siempre, de día y de noche, llevaba aquel traje. Toda su vida usó también la misma escopeta de pistón corta y de dos cañones. Al extremo izquierdo de la canana traía de continuo, pendiente de un mosquetón, el grupo o haz de correíllas, a modo de disciplinas, para colgar las piezas menores ya apioladas. Es sabido

que la perdiz, por ejemplo, debe apiolarse por las patas, y nunca, como acostumbran los vendedores de volatería, por la nariz, atravesada con una pluma. Sólo de aquel modo se evita la más pronta putrefacción de tan sabrosa gallinácea. La ignorancia de esto, o de cosa parecida, era para Calzadillo tan imperdonable como pudiera serlo para un examinador de Historia de España en el Instituto de Oviedo el que un chico no supiera quién fué D. Pelayo.

* * *

Las aceituneras, en Moratalla, usan un traje casi masculino cuando van a las estacadas y plantonares para recolectar el oleoso fruto. Con ello las *mocitas* dijérase que hacen alarde de buenas formas. Hay que verlas volver por las tardes del olivar al pueblo, cantando y riendo, saltando terrones del haza y baches de la carretera, o jugando unas con otras *al toro la lleva.* Ya se detienen súbitamente para rezar las *oraciones* cuando escuchan las campanas de Palma o de Hornachuelos; ya responden ingeniosamente, y sin detenerse, a los chicoleos del viandante; ya se reparan como las liebres, cuando suena el melancólico silbido de la locomotora o el repiqueteo del tren que cruza

el puente de hierro. Cuchichean unas con otras cuando ven venir por la carretera (allí las llaman arrecifes) a *señoritos* o forasteros, y al emparejar con ellos, con voz entera y fresca, con acento cariñoso, dicen a coro:

—Dios guarde a *usté* y la compaña; queden *ustés* con Dios.

Y siguen su camino sin murmurar del encontradizo ni volver jamás la cabeza.

Para verlas venir hacia el pueblo a paso de ataque, iba todas las tardes Calzadillo, cuando no andaba de caza, hasta el *Puente de los Mimbrones*. Entre aquellas humildes jornaleras decidió elegir mujer propia, con encontrarse él, por sus posibles, entre merced y señoría. Aún le quedaba una casa en Moratalla, el cortijuelo de Chamorro en su término, la jaca lucera y media docena de podencos de la casta de los del *tío Alegría*, que tenían que arrimarse a la pared para ladrar.

Pobre, sin familia íntima, a ser posible forastera; todo había de debérselo su mujer para seguir él siendo el único amo de la casa. Calzadillo, como los griegos, era idólatra de las formas, y estaba también convencido de que, por otra parte, es lo único de que el novio puede hacerse cargo exactamente, por lo que hace a su prometida, antes de ascender a marido. De corrido podía informar, pues, Calzadillo acerca de la cintura de

todas las aceituneras, sujeta por la faja encarnada, hasta la que baja el pañuelo de talle, a cuadros blancos y rojos, anudado sobre aquélla y a la espalda. En mitad de ésta, a la funerala—como los marineros de guerra en las procesiones—llevan las mozas el sombrero dos veces de Palma—por la materia y por ser industria del pueblo así llamado, a orillas del Guadalquivir—con sus cintas negras en forma de cola de golondrina y un moñito o adorno en el centro de la copa hundida. Sólo se cubren con él en las horas y parajes de mucho sol, y así, las cabezas, peinadas con cortinillas por la frente y rodete bajo en la nuca, llevan casi siempre, como sembradas y allí nacidas, flores del tiempo, que las hay en aquellos campos y en las macetas del pueblo hasta en diciembre y enero. Cuando no, se tocan las aceituneras con pañuelos de sandía.

Belica—diminutivo de Isabel—desmentía, como otras muchas de las paisanas de D. Francisco Romero Robledo, el refrán que advierte: «De Antequera, ni mujer ni montera; y si algo ha de ser, más vale montera que mujer.»

De aquella ciudad, donde se fabrican los más exquisitos mantecados, vino o fué Belica—encomendada a una vieja, prima de su madre, sacristana de Nuestro Padre Jesús—al pueblo de Calzadillo para coger aceituna. Al poco tiempo quedó

la moza huérfana, y por esto, por sus correctas formas, por forastera, más que bien parecida, agraciadísima y humilde como una borrega, la eligió el incansable cazador entre todas las aceituneras.

Belica iba para jamoncilla, pero el jamón prometía ser de Trevélez legítimo; de aquel con que cuentan que se desayunaba la difunta reina Victoria de Inglaterra y emperatriz de las Indias. Calzadillo era para la antequerana lo que se dice una buena proporción. Por otra parte, el hombre tenía su *aquél* cuando se inclinaba hacia la oreja izquierda el pavero cordobés, pequeño de alas y de copa, sobre los tufos marisalados, para clavar en la garrida aceitunera dos ojazos negros, serenos y tranquilos como la superficie de una charca en la umbría.

Hasta la *perdigoná* de las viruelas sobre el cutis morenísimo de *Don Jocé,* el pie y la mano muy pequeños, y los andares firmes con su *mijita* de contoneo, se le antojaron a Belica salerosos.

Al cazador se le metió el querer en el cuerpo como un escopetazo a quemarropa; hasta con los tacos. Por fin, que el hombre *se arrancó en corto y por derecho,* hablando a la tía de Belica, que le servía de madre. Como para la novia no era el pretendiente saco de paja, y a la sacristana le parecía costal de garbanzos de Alfarnate, dado que

Calzadillo, sobre todas sus buenas prendas, se presentaba, como quien dice, con el cura debajo del brazo; fué admitido desde luego sin inútiles remilgos, y la muchacha salió aquella misma noche a darle el sí en la ventana.

Y desde aquel instante, Calzadillo, que no se había probado nunca como novio, comenzó a pasar las de Caín *por mor* de las malditas celeras.

Nuestro hombre daba la contraria y el mingo al extremeño inmortalizado por Cervantes, al moro de Venecia y a cuantos en el mundo se les antojan los dedos huéspedes tratándose de la mujer propia, de la novia o de la *jembra*. Era de la condición de aquel marido que registraba hasta el cántaro cuando volvía a casa.

Belica, que, como queda indicado, no se vendía, sino que caminaba para el altar mirándose en su *Don Jocé*, pasaba también la rueda de las navajas con aquellos *selos infundiosos*.

En particular, la tomaba Calzadillo con un teniente de Carabineros, su tocayo, más feo que Carracuca, y con *la sombra del taraje*, que así se timaba con Belica como yo con la fuente de Cibeles o con la Cibeles de la fuente.

Para abreviar: después de muchos disgustos, de concluir las relaciones y de volverse a arreglar no sé cuantas veces, Belica y Calzadillo se casaron canónica y civilmente, como lo hicimos cada

quisque, sin escarmentar en cabeza ajena. Y hubo fiesta y jolgorio, y se derrochó la sal, el vino y la alegría hasta las altas horas de la noche. El novio llegó a estar locuaz; quería a la antequerana más que a las entretelas de su corazón, y hubiese sido capaz, por dar gusto a Belica, de no dárselo al dedo, y de dejar pasar por delante del puesto, sin tirarles, a una manada de *solitarios,* o sean jabalíes muy viejos y de colmillo retorcido.

Pareció aquella noche que no le preocupaba en lo más mínimo ni la presencia del teniente de Carabineros, a quien, por el bien parecer, se había convidado a la fiesta.

* * *

¡Por fin, los novios se quedaron solos!... Solos completamente en aquella casita que parecía una de tantas de los Nacimientos que venden por Navidad en la Alcaicería de Sevilla.

Belica, ruborosa, temblando de felicidad y respondiendo acorde a las tiernas caricias de su esposo, le echó los brazos al cuello y murmuró a su oído, quedo, muy quedo, algo así como lo que—según el gran novelista Fernández y González—dijo Zaida a Alfonso VI de Castilla y de León en ocasión semejante:

—¡Ahora sí que soy tuya, Pepe mío!

Calzadillo sonrió con éxtasis; se quedó un momento *como dormido en la suerte...*; luego... luego, como si le hubiesen puesto un par de banderillas de fuego, se desligó bruscamente de los hermosos brazos de Belica, que olían a verbena, y después de palparse el pecho, con la vista extraviada y la lengua trapajosa, exclamó:

—¡Jinojo! *¿Ci ceré yo er carabinero?*

El colorín y el ballestero.

CUENTO

De mis pocas y mal coordinadas lecturas históricas me atrevo a sacar la siguiente deducción:

Por regla general, los contemporáneos de los grandes tiranos valían bastante menos que éstos. Glosa: cada país tiene el gobierno que merece; y, en términos más pedestres, que, para quien es padre, buena está madre. Es fácil observar también que aquellos azotes de la Humanidad tuvieron de ordinario a su inmediato servicio hombres de grandísima fidelidad y abnegación, que les sacrificaban vidas y haciendas, más por entusiasmo que por lucro, y, a veces, sin compartir con ellos sanguinarios y reprobables instintos. Claro está que los tiranos, ni en Europa ni en América, desde Nerón al dictador Francia, no suelen ser sujetos adocenados, y también es evidente que la admiración hacia todo lo extraordinario cautiva casi tanto como el oro. Tengo para mí que es preferible haber sido ballestero de maza de Don

Pedro I de Castilla que Mayordomo Mayor de Carlos II.

La historia del hijo y heredero de Don Alfonso XI está por escribir, con haber dado no poco trabajo a la imprenta desde que se estampó la Crónica del Canciller Don Pedro López de Ayala hasta que vió la luz el libro de D. Juan Catalina García. Asegura éste, que es la obra de aquél «la fuente más copiosa y más antigua que ha de estudiarse acerca del reinado» del *Cruel* o el *Justiciero*.

Pero ¿será tan cristalina la tal fuente, como antigua y copiosa? ¿No la enturbiaría, convirtiéndola en charco de ranas, la pasión que pudo guiar al historiador, afecto en un principio a su egregio tocayo, y luego su enemigo declarado? Esto es lo que resta por averiguar.

Como quiera que ello sea, quintales de documentos auténticos, bastantes a patentizar las atrocidades imputadas al monarca castellano, sería preciso traer, como prueba, al gran pleito histórico, para destruir el nimbo o aureola poético, y *verdaderamente* democrático, con que los sevillanos, y en general el pueblo español, rodean la original figura del *rey del Candilejo*, del *Arcediano de San Gil* y del que se arrojó a caballo en el Río Grande para castigar la audacia de un fraile que, creyéndose seguro, le disparaba bulas de excomunión desde una barquita.

Acordándome de Juan Diente, el célebre ballestero de maza del rey Don Pedro, me ocurrieron las anteriores reflexiones, que pueden muy bien no venir a cuento, cuando se trata sólo de referir el que sigue:

* * *

¿Dónde encontrar más verdes y frondosos arrayanes que los que se ven, a la entrada de la huerta, en los Alcázares del rey Don Pedro, en Sevilla? Sólo los que se adormecieron con el perfume de sus azahares y han visto florecer las calles de adelfas y las tapias cubrirse de jazmines, pueden decir lo que es Andalucía. Los que se perdieron alguna vez en el

> ...«obscuro laberinto
> que a los hurtos de amor brinda»,

los que han sentido sobre la piel, abrasada por aquel sol capaz de dorar el cieno, la lluvia benéfica de ocultos surtidores que brotan, como los del Generalife,

> «saltando entre los mosaicos
> de pintadas piedrecillas...»,

por saber lo que es Andalucía, pueden formarse idea aproximada de lo que debió de ser el paraíso.

Juan Diente, poder ejecutivo del rey Don Pedro I de Castilla, tenía, a veces, muy buenas entrañas, y, como Nerón, inclinaciones artísticas, aunque el ballestero carecía de toda especie de cultura.

Muchas siestas, a solas con sus recuerdos y a la sombra de algún naranjo de aquel mágico huerto, se había entretenido Juan Diente en ver pasearse las abejas sobre pétalos de rosa arrastrados por la límpida y fresca corriente en la acequia de ladrillo. Y aquella fiera, pronta siempre a descargar su maza vengadora sobre la cabeza de un cristiano, a la menor indicación del monarca, más de una vez, desnudando la daga, la había sumergido en el agua, que hacía zozobrar con su empuje el perfumado barquichuelo, para que el mortífero hierro sirviera de salvavidas al industrioso insecto.

Juan Diente se deleitaba oyendo cantar a las avecillas.

Y fué el caso que, por la siesta, asentóse un jilguero sobre el granado que daba sombra a Juan.

Era aquel ave menor de *calaña albar,* la primera de las cuatro en que divide un antiguo inteligente esta familia de pájaros. Tenía «los encuentros de las alas muy negros y los amarillos muy finos, y en la cola seis blancos grandes y

muy blancos; la cabeza grande, y el ojo también grande; el pico grande y largo, y mucha parte del pico, hacia la punta, negro mucha parte de él; barbas negras; la zanca y garra grande; ancho de espalda, y los cuchillos cortos y anchos, bien sacados y cenceños». Que éstas son las señales que debe tener todo buen jilguero macho, según Juan Bautista Xamarro, «a quien el Sumo Hacedor comunicó natural inclinación al conocimiento de aves pequeñas».

Como el *calaña albar,* tenía el jilguero de mi cuento la «música más furiosa y concertada» (según advierte también el clásico pajarero que acabo de mentar), y un madroño tan rojo y brillante como el mejor rubí de la India.

¡Dios poderoso, cómo cantaba el avecilla!

—*Chafarrín, chafarrín, chicolio, tupili, chimbili, rucha, tibilio.*

Juan Diente se hubiese pasado escuchándole los cuatrocientos años que, en compañía de la Princesa, corrieron sin sentir para el pescadorcito Hurashima en el palacio del Dragón.

Varias tardes bajó el soldado a la huerta, y en ninguna de ellas faltó la música del jilguero, que solía atracarse de melosos higos negros. En la higuera puso Juan Diente cierta ingeniosa redecilla, y tuvo el acierto de coger vivo y sano al cuitado pajarito, que, como es consiguiente, dejó de cantar.

Disponíase el ballestero a encerrarlo en una jaula que al efecto tenía prevenida, cuando, con extraordinaria sorpresa suya, y en voz como de alma en pena, oyó que el jilguero le decía:

—¿A qué te afanaste por me tomar? ¿Qué provecho te aguarda con mi prensión?

Juan Diente, hombre de muchísimos hígados, logró reponerse pronto de la tremenda sorpresa, y respondió con acento firme:

—Cobdicio oír tus cantos.

—No has de lograrlo, ca ni de grado ni por fuerza cantaré cautivo.

—Te comeré, si no cantas.

—Cocido, poco te valdré; asado, menos. Pero, si me sueltas, he de darte tres consejos, que preciarás más que la carne de tres terneras.

Abrió Juan la mano, y apenas si el jilguero, entumecido, tuvo fuerzas para dar un vuelo y volver a posarse abatidísimo en la higuera donde había sido cazado.

Allí comenzó a peinarse la pluma con el pico.

—Di los consejos.

El colorín no pareció hacer caso de Diente; sin embargo, volvió a escucharse la vocecilla, que decía:

—Lo primero, no creas todo lo que te cuenten; lo segundo, guarda e tien firmemente lo que te pertenezca; lo tercero, no hayas cuibta en jamás por cosa que pierdas.

Saltó el avecilla a otra rama, y continuó la plática en estos términos:

—Dios sea loado, que anubló tus ojos, Juan. ¿No viste en mi cabeza brillar el más magnífico rubí de la India?; ¿cómo me soltaste?

Juan Diente se mesó las barbas.

—Aína olvidaste arreo los tres consejos. Creíste lo que te dije; me sueltas, y duélete, en fin, haberme dado libertad.

Cesó la voz, y como el ballestero sintiese a sus espaldas, tras un frondoso bosquete de murtas, el rumor de una tosecilla que se trataba de ahogar, fué hacia allá, rápido como una saeta, encontrándose con maese Abraham Leví, agazapado tras el follaje.

Era éste, físico del rey Don Pedro, famoso ventrílocuo, no muy amigo de Juan Diente y muy mucho de burlas. Conocía éste de antiguo la rara habilidad del físico, pero había sido engañado por ella una vez más. Había espiado Abraham Leví al ballestero y, visto su entusiasmo por el colorín, quiso poner en acción, a costa de aquél, el cuento de *El ruiseñor y el rústico*, referido por Pero Alfonso, autor de *Disciplina Clericalis* y compatriota del físico.

Mediaron explicaciones, dulcísimas por parte del hebreo y bastante agrias de la de Juan Diente, que les puso punto final con esta advertencia:

—¡Guárdese, maese, de non ser osado de enderezarme nueva plática con esa boca (y le señalaba el vientre), ca pudiera venirme en antojo cosérsela con áquesta aguja!—Y se acariciaba la daga.

Luego tomaron cada cual por distinto camino; el jilguero, repuesto de las agonías que había pasado entre las manazas de Juan Diente, alzó el vuelo, trasponiendo los tapiales de la huerta, y... colorín, colorado.

El acertajo del Tío Escarola.

CHASCARRILLO

Prescribieron a D. Nicolás del Paso y Delgado—con quien cursamos el Derecho Canónico—que cazase para mantener la salud.

Como acontece a todos los que, con posibles, se disponen por primera vez a salir al campo para quitar la vida a bichos de pluma o de pelo; comenzó aquel señor, que era muy rumboso, por hacerse un traje de pana de la más rica, comprar buena escopeta, canana, bolsa para las piezas muertas, polainas, botas herradas... y cuantos otros atavíos y adminículos, con el sombrero de amplias alas, lucían y gastaban los cazadores ricos de aquel tiempo.

El Dr. D. Nicolás del Paso y Delgado, con cuatro buenos amigos y hecho un Guillermo Tell, se plantó en la casería de...—el nombre no hace al caso, y aunque lo hiciese, se me olvidó—con tan mala sombra, que, llegar a las faldas de la sierra y comenzar a llover a cántaros, todo fué

uno, sin que el maestro de Derecho Canónico lograse estrenar la escopeta ni lucir al sol los ricos arreos.

Preciso fué refugiarse en la cocina. Sabido es lo que, por extensión, se llama así en Andalucía: una gran pieza en planta baja, cerca de la puerta de entrada al cortijo o caserío, habitación en la que señores y labriegos, amos y guardas, hombres y mujeres, perros y gatos... se reúnen en invierno alrededor del hogar, bajo la gran campana de humos, a comer y a platicar por mañana y noche; cuando no, a rezar el Rosario en familia, o a tocar la guitarra, cantar y bailar.

La cocina es templo y escenario del folklore andaluz. En ella se derrocha el ingenio y se dan las más típicas representaciones de juegos florales y de otros juegos o pasillos, inventados muchas veces por los mismos gañanes o jornaleros, que los representan, sin decoraciones ni apuntador. Ejemplo de estas obras teatrales es, o era, el clásico pasillo de *El espejo* —sartén con mucha tizne—, juego en el que, como el de la broma de la *caza de gamusinos*, siempre paga el pato, saliendo como carbonero, el más infeliz de la reunión.

De los convidados del Dr. Paso no hay para qué decir que eran gente de mucha cultura, que cada cual suele elegir sus amigos por el patrón

de las aficiones propias; en cuanto a gracia, tenían también alguna más que las caricaturas extranjeras que reproduce *A B C.*

El temporal furioso llevaba ya tres días de duración, con sus noches correspondientes, sin ofrecer señales de amainar. El tresillo se había hecho insoportable, y un inmenso repertorio de cuentos y chascarrillos estaba ya agotado, juntamente con el teatral, el guitarreo y los cantos populares: no había mocitas, y faltaba el baile. Esto ocurría la víspera de dar por terminada la partida cinegética, en vista de que no escampaba.

Cada cual había lucido sus gracias o sus patochadas, menos el *Tío Escarola,* guarda de la finca.

Nuestro hombre era más dado a la filosofía y a la gramática... parda que al cultivo de la amena literatura. Hablaba poco y parecía discurrir mucho; era más sentencioso que un Alcorán y más serio que el hambre. Ni bebía ni fumaba; muchísimas pavas había pelado en distintas rejas, pero ni atado fué posible llevarle delante del cura.

Era, en fin, aquel tipo un ejemplar más de la familia a que pertenecieron el *Tío Arrestos* y el *Tío Tabique,* de quienes algo hemos referido en librillos que, impresos años hace, han logrado vida tan efímera como los de papel de fumar que se fabrican en Alcoy.

Hombres semejantes al *Tío Escarola,* aunque parezca raro, abundan en Andalucía, desde Jaén a Huelva y de Córdoba a Granada, lo mismo que en *Tierra Baja.*

Y por Dios que el *muñeco* va resultando ya todo cabeza. Al grano, pues, que son demasiados los antecedentes.

—Vamos, *Tío Escarola,* diga usted algo, hombre.

—Pero, ceñó, después de tóo lo que aquí se ijo—que vengan pintores—, ¿qué quisté que yo iga? Eyo cería echar un zalero en la mar zalá.

—¡Pues échelo usted, jinojo! Venga de ahí aunque sea un acertajo.

—¿Un acertajo?... Antes que lo piense lo tienen los ceñores acertao.

—Vamos a ver.

—Ya que ce empeñan... ¿Qué es lo que está antes der prensipio?

—¿Antes del principio?...

—Ci ceñó, ¿antes der prensipio, qués lo que viene?

—Eso está más claro que el agua: ¡antes del principio vienen la sopa y el cocido!

—No ce trata de comía ni bebía...: es cosa más seria.

—Pues antes del principio... *In principio erat Verbum...*, el caos.

—¿Er qué?

—El caos.

—¡Ca... no ceñor!; no cé lo qués ezo, pero no es lo que propongo, manque de latines ce trata.

—¿De latines?

—¡Vaya, hasta los chiquiyos de la miga lo zaben y lo dicen tóos los días!

—Pues dígalo usted ya y no sea pelmazo, porque nosotros no damos con ello.

—¿De moo que ce dan ostés por cachifollaos?

—Que sí, que sí, nos damos.

—Pues lo que viene antes der prensipio es *¡¡er... Ciculeran!!...*

Ciculeran in prensipio...

CITA POR TABLA

SUCEDIDO A MEDIAS

PERSONAJES

Si hay hombres que al meterse a sombrereros se encuentran con que los chiquillos nacen sin cabeza, sujeto conozco, hace años, que introduce la mano en un cántaro repleto de víboras, en cuyo fondo colea una sola anguila pequeñita, y la saca, sin que se le escurra ni le piquen las culebras venenosas.

De estos tales era Julio Atienza y Monturque. Tenía salud (unidad que da valor a todos los demás ceros de esta vida), y hacienda, ni tan poca que le pusiese a veces en la vecindad del apuro, ni tanta que en el espíritu del joven sembrase tedio o cavilaciones. Por fin, le rezumaba la alegría en todo el cuerpo, y es sabido que ésta puede compararse a una alhaja preciosísima que no se vende ni se alquila y que, con ser, de ordinario, como eco de la felicidad, suelen no poseerla muchos hombres y mujeres mozos, sanos y ricos.

Además era guapo, simpático, valiente e hijo único. Le vivían padre y madre, y en ésta adoraba.

Con ser reservadísimo y no parlanchín, nuestro hombre se perecía, como monja tornera, por averiguarlo todo; así el problema científico como el chisme de vecindad, la historia antigua como la actualidad vivita y coleando. A poder, capaz hubiese sido de hacerse la autopsia. Algún *pero* había de tener el muchacho.

Y con tanta carta de recomendación en la cartera, con tanta letra de giro aceptada y presentable al cobro, Julio había cumplido los veintitrés años sin más novia que su madre, y contando con un sólo amigo entre sus muchos conocidos. Pílades de nuestro Orestes era Ramón Picazo, pintor de verdadero mérito, y que, ya maduro, no había logrado alcanzar el éxito decisivo y sonado que consagra al artista en los altares de la fama. Con ser así, ni la envidia ni el desengaño ni la injusticia consiguieron agriar el carácter de Ramón. Las dos últimas causas citadas dejaron en él sólo un ligero sedimento de finísima ironía que rebozaba frecuentemente sus juicios y palabras sobre hombres y obras, sin tocar jamás en los límites de enconada virulencia.

Julio y Ramón salían una tarde de octubre del estudio que acababa de alquilar el pintor en la

calle de la Cruz, no recuerdo el número, y en el mismo piso de cierta modista de medio pelo, pero de mucha y buena parroquia. Después ya de haber firmado el contrato, y hecha la mudanza, se averiguó que la casa comenzaba a cobrar mala fama. Decíase que no todas las señoras que atravesaban los umbrales iban precisamente a vestirse con Remedios.

Sobre este punto discurrían los dos amigos, cogidos del brazo, al desembocar en la Carrera de San Jerónimo. Pocos pasos llevaban andados por ella, sorteando el gentío, cuando tropezó con Picazo un andaluz forastero, sumamente expresivo, el cual, después de pedir permiso a Julio, a quien no conocía, arrastró a Ramón hacia un portal, y allí estuvo cuchicheando con él un buen rato.

Volvieron a quedar solos el joven y el artista, y no hay para qué decir que a Julio le faltó tiempo para preguntar a Picazo quién era el andaluz y de qué habían tratado. El pintor respondió que un jaenés venido a menos, antiguo galanteador de oficio y rico mayorazgo, con quien él había tenido en otros tiempos bastante intimidad; que, no desmintiendo su condición, andaba al presente interesado en cierta aventura galante en la que reverdecían amores de la primera juventud con una dama principal, casada actualmente; que, comprometido por las muchas instancias de aquel

sujeto, se había visto él obligado, muy a pesar suyo, a cederle el estudio para que se avistase allí con la dama en cuestión, y trataran de la entrega de unas cartas que la comprometían. Empeñada la palabra, aunque muy contra su gusto—insistió Picazo—, y llegada la ocasión, ordenaría al mozo encargado de la limpieza del estudio que no pareciese por allí en todo el día.

—Por esta vez, mi querido Julio—añadió el pintor con tono cariñoso, pero firme, como si quisiese dar por terminada aquella plática—, no tienes más remedio que sacrificar tu ingénita curiosidad y no aportar tampoco ni por el barrio el día de la cita, olvidando que tienes, como yo, una llave de nuestro artístico palomar.

Para una madre tan cariñosa y despierta como la de Julio, no habían de pasar inadvertidas las nubecillas que durante dos o tres días asombraron el de ordinario buen humor del joven. Elisa, sin embargo, comprendiendo que el asunto no debía de tener gran importancia, y contando con lo reservado que era su hijo, se limitó a hacerle cuatro mimos más de los de costumbre, en demostración de que sentía sus preocupaciones, sin pretender averiguar la causa. El cuento, pues, no pasó adelante. También ella tenía sus penas; mejor dicho, vivía con la constante de soportar resignada el injusto despego de su marido.

D. Alejandro Atienza y Barrientos, caballero profeso del hábito de Alcántara, maestrante de Ronda y magistrado del Supremo, era esclavo de la más refinada elegancia. Dejaba a su mujer en completa libertad; no ponía jamás reparos a la presentación de cuentas de modistas y sombrereras, acompañaba a Elisa de tarde en tarde a visitas de las que no se cumple dejando tarjetas sin preguntar si reciben los señores, y no trataba de averiguar nunca a dónde iba su cara mitad ni de dónde venía.

Atienza reputaba cursi toda manifestación amorosa entre un matrimonio contraído hacía ya veinticuatro años; sosteniendo, en cambio, que deuda de honor en la que mediasen faldas, debía liquidarse sin demora con hierro o plomo, por encima del Código penal y de los Mandamientos de la ley de Dios. El magistrado había educado a su hijo con mucho esmero, con gran severidad y con el mismo despego correctísimo con que trataba a Elisa. Pulcro, tieso, uniforme y vulgar, como pechera blanca, lisa, almidonada y brillante, D. Alejandro no gritaba por nada, ni reía francamente en ninguna ocasión. Odiaba todo ruido, inclusa la música, y detestaba el chiste y las arrugas. Crispábale sorprender o ser sorprendido con buenas o malas noticias, y parecía ajeno a toda suerte de preocupaciones. Daba siem-

pre su opinión *ex cathedra,* rehuyendo polémicas y discusiones, de las que no surge nunca, decía él, luz clara y permanente, sino efímeros y débiles chispazos como los que arranca el eslabón del pedernal.

Y bastante hemos dicho ya de este personaje, al sólo propósito de que se comprenda mejor por qué Julio adoraba a su madre y de dónde le venía, en cambio, como al garbanzo el pico, la reserva y la independencia. Titánica fué la lucha que sostuvo. Le atenazaba la curiosidad por inquirir algo acerca de la aventura amorosa que había de desarrollarse en el estudio de Picazo, y le sonrojaba, al propio tiempo, la sola idea de rebajarse abusando de la confianza que en él depositaba su paternal amigo. Tan rudo batallar cesó, por fin, al poco tiempo, vencida, al parecer, la tentación, y ya apenas se acordaba Julio del caso, cuando el pintor le anunció un jueves que el sábado siguiente debía acudir la dama a la cita del jaenés.

Escenario

Si es verdad aquello de que «en el campo el amor redobla», no es menos cierto que en el estudio de un pintor, verdadero artista, Venus tiene su trono siempre dispuesto, y el chico en sus fal-

das con la flecha en el arco tirante. No ha podido averiguarse quién fué primero, el amor o el arte. Puede que viniesen al mundo mellizos, y unidos, como los hermanos siameses, para no separarse jamás en la tierra. Por eso todos los objetos que decoran un estudio de pintura, encaramado en la casa lo mismo que el nido en la copa del árbol, parecen pajas y plumón para construir el lecho del amor, blando y abrigado. Riquezas de ayer al servicio del presente, la tela descolorida, aterciopelada o sedosa, acusando líneas del cuerpo humano, del arma o de la joya. Desnudos que confirman en lienzos, mármoles y bronces, ser expresión insuperable de la hermosura. El arcón tallado, inmenso y obscuro como el misterio de nuestra existencia. El vidrio veneciano, frágil e irisado, semejante a la ilusión y a las esperanzas. La armadura y el tapiz; fría, angulosa y oxidada aquélla, y éste marchito y polvoriento, recordando la continua campaña de la vida en su avance camino de la muerte, llevando, como las tienen de fábrica el peto o la celada, las marcas indelebles que imprimen el tiempo, la experiencia y las lágrimas en el corazón y en el cerebro. Por fin, coronando la cimera, ajado, pero enhiesto siempre, un penacho que proclama el invencible imperio de la pluma, «así en la tierra como en el cielo», manteniendo al cóndor sobre montañas y nubes,

y entre los dedos del hombre cautivando el pensamiento para monumentalizarlo sobre el papel y transmitirlo de generación en generación por los siglos de los siglos. La pluma es la palanca que pedía Arquímedes para mover el mundo; la inspiración y el arte, el punto de apoyo.

No eran éstas, ciertamente, las reflexiones que hacía el jaenés paseándose por el estudio de Picazo y atento al más leve rumor que llegaba de la escalera. Sentía, sí, nuestro andaluz, sin darse de ello cuenta cabal, que obraba como aperitivo de sus torpes deseos el perfume *sui generis* desprendido de las antiguallas, mezclándose con el romero de los barnices y el olor de la imprimación de un lienzo virgen prevenido sobre el caballete. Acariciaban también al galanteador como dulces esperanzas, la luz melancólica de aquella hermosa tarde de otoño madrileño, y los múltiples ruidos de la Villa y Corte, que, armonizados por la distancia hasta convertirse en suave murmullo antes de llegar a aquellas alturas, se filtraban discretos a través de los anchos ventanales.

Sonaron, por fin, unos golpecitos en la puerta del estudio, y el jaenés, ya muy impaciente, corrió a abrir desatentado.

Escena única

No como el ave que acude al reclamo confiada, sino como el pajarillo atolondrado que entra por la ventana huyendo del alcotán; así pisó el estudio una dama gentilísima. Vestía con gran elegancia; mejor dicho, su porte realzaba extraordinariamente la sencillez de los arreos, más propios de la iglesia o de un duelo, que de cita amorosa.

Rehusó primero, altiva, tocar las manos que le tendía el jaenés con grosera familiaridad, saludándola con el nombre de pila; y después de derramar una mirada angustiosa por la habitación, como si buscase ya un hueco por donde escapar, fué a caer desfallecida en un ancho diván turco, al fondo del salón, y muy cerca de una armadura completa de caballero que cruzaba las manoplas sobre la cruz de un tremendo mandoble.

El jaenés se sentó junto a la dama, y con acento preñado de voluptuosidad exclamó:

—¡Por fin, Elisa mía!

—Por fin—repitió ésta con tono duro y despegado—, por fin va usted a cesar en su inútil y odiosa persecución, y a devolverme esas cartas en mal hora dictadas por mi inexperiencia de niña. Por fin va usted a cesar en sus amenazas, sabiendo, como sabe, que ni entonces ni ahora tengo

nada que reprocharme delante de usted ni de mi marido. Acabemos, pues, pronto y para siempre; vengan esas cartas. Sólo el espanto de que el hijo de mi alma, dando oídos a la calumnia, pudiera avergonzarse de su madre, me precipitó a dar este paso insensato. ¡Pobre de mí! ¡Tal vez he comprometido para siempre mi reputación, jugándome la felicidad, que cifro únicamente en ver dichoso a Julio! Dése usted por satisfecho con haber logrado que yo cometa la insigne ligereza de asistir a esta cita como si fuese una perdida. Sea generoso, devuélvame las cartas, y separémonos buenos amigos, conservando gratos recuerdos el uno del otro.

Dicho esto, Elisa se puso en pie, alargando al jaenés la finísima diestra enguantada. Asióla éste con pasión, y atrajo hacia sí a la dama violentamente...

Sonó entonces a espaldas de la pareja un grande estrépito. El mandoble del guerrero había venido al suelo de golpe, y la armadura descendía de su pedestal, muda y majestuosa.

La sorpresa dejó petrificados a la dama y al galanteador; pero el silencio duró sólo unos instantes. Rehecho el andaluz, avanzó hacia el fantasma con los puños cerrados.

—¡Ah, esta es una infame encerrona que no he de tolerar!—dijo.

Entonces el armado, alzándose la visera, mien-

tras la dama lanzaba un grito indefinible, extendió un brazo hacia la puerta y, dirigiéndose al jaenés, le ordenó, en un tono que no admitía réplica:

—¡Salga, y olvide a esta señora para siempre! Usted vino equivocado. Ya ha debido convencerse de que yo soy el único que puede en este mundo acudir con fruto a las citas amorosas de mi madre.

* * *

Después de esta escena, ¿se curaría Julio de su curiosidad crónica? No hemos tratado de averiguarlo, teniendo presente aquella sentencia del iluminado autor de la *Imitación de Cristo*, que díce así:

«¿Qué aprovecha cavilar en cosas oscuras y ocultas, por cuya ignorancia no seremos reprendidos en el día del Juicio?»

EN MISA DE DOCE

CHASCARRILLO

Para ponderar la estatura de mi tía, uno de aquellos granujas de la *Partía de la Tizne,* de Málaga—que tienen más sal que la laguna de Fuentepiedra—, separado con alguna violencia de la acera, donde jugaba a la rayuela, por mi ilustre pariente, le dijo:

—¡Vaya con la ceñora, que es más larga que mil riales de tomiza, y del mesmo ancho, y no pué pasar sin arrempujar!

La Misa de doce en la Catedral de mi tierra suele decirse en el altar del trascoro, que, a diferencia de lo que se advierte en la mayor parte de las otras de España, es del mismo estilo del templo; grecorromano.

No doy una gran noticia al consignar que allí es la misa de doce la de la gente elegante, perezosa en todos los países, y que está siempre muy concurrida.

Acababan de mudar el misal al lado del Evan-

gelio, cuando mi tía, que era muy miope y venía deslumbrada de la calle, entró en la espaciosa iglesia y comenzó a abrirse paso entre los fieles con la característica desconsideración y macizo egoísmo de muchas beatas.

Cuando estuvo satisfecha la Señora Marquesa de pisar callos y colas y de dar empujones y codazos, como al medio del camino del altar; se inclinó, formando un arco parecido, en el ojo, a los de cualquier puente de primera clase.

Como quien busca algo que se le ha caído, miró mi tía de un lado a otro, decidiéndose, por fin, a tocar en el hombro de una garrida moza.

Andrea la pitillera se volvió con más premura que si le hubiesen puesto banderillas de fuego, tropezando su primorosa nariz con el afiligranado rosario de mi parienta, que preguntó en tono meloso:

—¿Quiere usted decirme si alcanzaré la misa?

. . . . . .

. . . . . .

Andrea miró a mi tía de abajo arriba, como hubiera hecho, de encontrarse al pie de la Giralda, para ver el giraldillo, y respondió, recalcando mucho cada palabra:

—Ceñora..., ¡pues si usted no la arcanza, quién va a arcanzarla!

"EL PITIRROJO"

Y VA DE CUENTO

De la mosca no sé yo una palabra más de lo poco que aprende quien consulta cualquier Diccionario manual: Larousse, Campano, o Toro y Gómez.

Y con ser así, estoy convencido de que el pesadísimo y repugnante insecto representa un gran papel en la Creación.

Hasta que emplearon el esparto en fabricar terciopelo, pasó inadvertido en el campo y despreciado en la ciudad, sin otras aplicaciones que la construcción de capachos, ruedos y esteras de pleita.

Médicos e higienistas han descubierto que la mosca es vehículo de muchas enfermedades; pero yo no desespero de que el día menos pensado venga un sabio declarando que el insecto díptero muy común, con las molestias que nos proporciona, libra a sus víctimas de los más graves accidentes, inoculándoles salud, abundancia y alegría.

Con semejante consideración procuro yo consolarme en este paraíso de Ategorrieta, del que la mosca es serpiente de cascabel. En la iglesia, en la mesa y en la cama, perturba continuamente nuestra devoción, apetito y sueño, y sigue persiguiéndonos en el campo, al sol y a la sombra.

¡Animalito de Dios! Más pesado que él, incluyendo hasta los rendimientos de las minas de Almadén, no conozco sino los discursos de cierto político conservador que fué Alcalde de Madrid y luego Ministro.

A cuatro kilómetros escasos de San Sebastián, por la carretera que lleva a Pasajes y al pie de la interminable tapia-cerca de «Bidebieta», nos detuvimos la otra tarde para aguardar el tranvía y volver en él a «Villa-Luz».

Si las moscas abundan aquí tanto como la arena a la orilla del mar, en cambio las aves de toda especie escasean en el campo vasco, verde y frondoso.

Apenas si a lo largo de la costa cantábrica y las Asturias de Santillana se ve más pájaro terrestre que el gorrión común, ese *golfo* rústico y urbano, tan simpático, sufrido y bárbaramente tratado por labriegos y ciudadanos.

Pensaba en ello, espantándome las moscas, cuando Bertín me llamó la atención, señalando con el dedito hacia frondosa acacia que rebasaba

el cercado de «Bidebieta»: en la punta de un tallo fresco se columpiaba un pitirrojo.

—¡Qué mono, papá..., y tiene el pechito colorado!

—¿Sabes por qué? La leyenda es americana: escucha.

En torno de Jesús, clavado en la Cruz, revoloteaban una marica y un pitirrojo.

No era aquélla, como son ahora las de su ralea, pajarraco antipático, vestido de medio luto en las cuatro estaciones del año, con fama merecida de ladrón, y canto o chacharreo tan desagradable como el chirrido de una carreta en los páramos castellanos. La marica del Calvario lucía en medio de la cabeza un vistoso penacho azul y rojo—que ya lo quisiera para tocado de baile la dama más elegante—y era su cola, en forma de abanico, tan rica en colores y reflejos como la del pavo real.

Por fin, el canto de la marica aquella, si no al del ruiseñor enamorado que sestea por mayo en las arboledas de la Alhambra, podía compararse muy bien con el del jilguerillo en celo que sirve de cimbel para cazar con redes a sus hermanos.

En cambio, el pitirrojo, por el color de la pluma, pequeñez y vulgaridad de sus hechuras, se confundía fácilmente con un terroncillo de barro, y eran sus píos más insignificantes aún.

La marica, orgullosa y atolondrada, en sus rápidos giros alrededor de la Cruz, manchó de inmundicia la ensangrentada frente del Señor, y sin curarse poco ni mucho de su horrible sacrilegio, siguió volando y cantando.

El pitirrojo, horrorizado y lleno de conmiseración, suspendió el vuelo, pió más tristemente que nunca, y tímido, solícito, se acercó al Madero santo, limpiando con sus alitas la augusta Faz del Redentor del mundo, con tanto amor y respeto como horas antes lo había hecho María Magdalena.

Después, con el pico trató de arrancar la espina más aguda de la Corona de Jesús, y una gota de su Sangre preciosísima tiñó el pechito del pitirrojo.

«—Bendita seas, piadosa avecilla que tomas parte en mis dolores y tratas de borrar mi última afrenta—exclamó el Señor—; bendita seas: que la alegría te acompañe por todas partes y seas heraldo de la fortuna. Desde hoy todas las de tu raza llevarán, para distinguirse de las otras aves, teñido el pecho con mi sangre, con la sangre que va a redimir la tierra.

»Y en cuanto a ti, que no respetaste mi agonía, vestirás siempre de negro, tu canto resultará antipático y, odiada y perseguida en el campo y en la ciudad, servirás de juguete a los muchachos...»

POR UN GALICISMO

CHASCARRILLO

Aurora Gómiz de Celier, Condesa del Cascajar, era, desde que nació, más fea que el abandono y la miseria juntos.

En cambio, también desde su niñez, poseía el mentado Título de Castilla y muchos bienes raíces y desarraigados.

Tres o cuatro ayas transpirenaicas se encargaron de poner a la Condesita en disposición de decir majaderías en otros tantos idiomas extraños al que debiera ser el suyo; y si no sabía pegar un botón, ni freír un huevo, ni planchar un pañuelo, en cambio pocas personas de ambos sexos la aventajaban en conocer prácticamente los múltiples deportes extranjeros. Por naturaleza, por haberse criado sin madre, y por educación, era Aurora muy hombruna.

El Barón de Cigüeñuela, su ilustre papá, tipo pasivo, que empleaba lo menos la tercera parte del día haciendo con la baraja solitarios, no tenía

voluntad propia y se dejaba conducir a todas horas por la pollanclona como un ciego por su lazarillo.

La Condesa del Cascajar había llegado a los treinta años sin novio, con cosas... «¡cosas de Aurora!», y hablando el castellano casi tan correctamente como *Cúchares* el francés.

No se limitaba a mechar sus conversaciones con palabritas francesas, sino que frecuentemente traducía, castellanizaba o estropeaba por completo frases de aquel idioma, queriéndolas verter al nuestro en forma muy pintoresca.

Decía, por ejemplo, poniendo la cara muy triste: «Tengo temor de que papá sea *ramolido*»; «Dejé mi *carta* a fulana», en vez de «mi tarjeta»; y así por el estilo.

Todas las traducciones de la Condesita se parecían a esta otra de un amigo mío en casa de nuestro sastre:

«—Hombre, son todos estos còrtes de pantalón tan elegantes y tan de mi gusto, que, francamente, me siento poseído de *la preñez electoral.*»

Y basta de antecedentes, porque, después de todo, ni tú, lector mío, ni yo, pretendemos casarnos con la joven: dicho sea haciéndole algún favor.

* * *

Pues señor... (Según mi hija, si no se principia así, no hay cuento.) Pues señor... fué el caso que se acababa de recibir en la casa a un lacayito asturiano (entonces no se estilaban, como hoy, *lacayones),* y Aurora decidió que inaugurase sus servicios acompañándola a «hacer visitas».

El rapaz había venido a Madrid muy recomendado por el administrador de los muchos «días de bueyes» de que era dueña Aurora en el Concejo de Carreño. En su pueblo pasaba *Manolín* por muy despierto, y en Madrid también lo parecía con su chaquetilla ceñida, de tres hileras de botones dorados, su gorra de plato y su irreprochable cuello blanco, con mucho almidón, haciéndole cosquillas en las orejas.

Acababa *Manolín* de cerrar, con demasiado garbo quizás, la portezuela del *landeau,* cuando Aurora, después de echarle una mirada que parecía un sopapo, preguntó al ilustre Barón de Cigüeñuela:

—Dime, papá: ¿traes las cartas?

—¿Qué cartas?

—Las cartas de visita.

—¡Ah!... No. Me las he dejado sobre la mesa de mi cuarto de vestir, delante de la chimenea. Forman un paquetito.

—¿Se ha enterado usted, *Manolín?* Suba por él.

—Muy bien, señora Condesa: ya estoy aquí con ellas.

Y, en efecto, el lacayito empleó no más de cuatro o cinco minutos en subir, bajar con el paquetillo y encaramarse luego con él en el pescante.

—Aquí deja usted dos con las puntas dobladas—iba diciéndole Aurora a las puertas de las casas en donde no preguntaban con propósito de visitar de veras—. Aquí, sólo del señor. Aquí, tres.—Y casi siempre daba la Condesa ejemplar o ejemplares de su propia tarjeta para que *Manolín* la uniese a la del Barón.

Así pasaron toda la tarde. Ya al oscurecer, y cuando sólo faltaba un nombre que borrar en la lista que al efecto consultaba Aurora a cada momento, pasaron delante de una gran casa en la calle de Atocha.

—*Manolín*, deje usted aquí dos cartas del señor.

El asturianito, poniendo una cara muy risueña, replicó:

—Perdone la señora Condesa, que no puede ser; porque ya no quédame más que... ¡la sota de copas!

Y *Manolín* enseñaba la carta, muy cuca, de una de las barajitas que tenía el Barón para hacer solitarios.

Es histórico, y como pasó, así lo cuento.

AZABACHE Y NIEVES

CUENTO

La reja, con celosías pintadas de verde, metiéndose en la acera cerca de un metro, parecía gabinete de la sala baja. A través de los huecos cuadradillos se escapaba el exquisito y mimoso perfume de un tiesto de diamelas, como por las aberturas del turíbulo sale el humo del incienso. Mecíase del techo dorada jaula, y en ella un mixto de canario y verderón interrumpía de vez en cuando con sus trinos el silencio de la siesta. «Nieves» hacía carretón tendida a un extremo de la banqueta; en el otro, sobre un plato, sudaba en el suelo el botijo de La Rambla, y, reina y señora de buenos olores, música y frescura, Luisa bordaba con el bastidor encima de las rodillas.

Sobre las piedras, al doblar la esquina, se sintió de pronto chocar de espuelas, arrastre de sable y jadear de perro.

«Nieves» alzó la cabecita, sobresaltada, pero no le dió tiempo para echarse al suelo y escapar:

tan furiosa e instantánea fué la acometida de «Azabache».

Bufó la gata de Angora, dando un salto prodigioso, olvidándose de que los hierros de la reja la hacían invulnerable; el mixto aleteó aterrado en la jaula volcando el bebedero; rodó el tiesto de diamelas, quebrándose, y el botijo se tumbó vertiendo agua por el pitorro; gritaba Luisa despavorida, y Juan se deshacía en excusas, apretando, convulso, la empuñadura del sable, mientras que «Azabache», magnífico Terranova, arrepentido de la que había armado, se tendía medroso a los pies de su amo, dispuesto a sufrir el merecido castigo.

Aquella noche daba Juan vueltas y más vueltas en la cama, sin poder dormirse, pensando que entraba con mal pie en Lucena y también en que tal vez no anduvo descaminado el poeta malagueño que dijo:

Es tu ventana una cárcel
con el carcelero dentro
y con el preso en la calle.

* * *

Por el callejón del Beaterio enamoraban Caminante y Araceli ocho días después de haber acometido «Azabache» a «Nieves».

«—Te digo que es mucha cabezoná la de tu amo,

¿estás?, y que ni por el perro de San Roque parese ni medio bien que un cabayero posponga a una niña bonitísima, como mi ama, con posibles, porque los tiene, ¿me oyes? y con tanta noblesa como tu Marqués, aunque eya no sea grande de cuerpo ni de título y...»

«—Para la burra, chiquilla, que pareces un timbre eléctrico descompuesto. Cuando se murió la señora Marquesa (q. g. h.), madre de mi capitán, más buena que el vino de Los Moriles, ese perro que tú ves se pasó tres días y tres noches en el cementerio de San Isidro aullando sobre los escalones del panteón de familia, y si no lo sacan de allí a rastras, «Azabache» se muere de hambre. Después salvó la vida a un sobrinito de mi amo que se cayó en el estanque de las Campanillas, en el Retiro. El perro entiende y obedece al Marqués más y mejor que todos los soldados del escuadrón cuando lo manda; duerme a los pies de la cama del señorito, ¡y cualquiera se acerca a ella!, y cuando él sale a paseo, a pie o a caballo, «Azabache» le acompaña, porque no hay cadena ni cerradura para retenerlo en casa. En Madrid, hasta a misa van juntos, y el animal aguarda a la puerta de la iglesia. Es un gusto, muchacha; y cuando se tiene el tipo, las rentas, la juventud y la Grandeza de mi capitán el señor Marqués de Peñalara, puede dispensársele ese capricho, y tu señorita,

que es una perla, eso sí, tener encerrada a la gatita blanca, cuando aquél venga por las noches.»

«—¡Cabales!... Si «Nieves» le bufó al perro fué porque éste le embistió primero, causando toa aquella desaborición en la ventana: la niña estuvo mala del susto.»

«—Mujer, aquello fué natural hasta cierto punto; el perro veía a la gata por primera vez y ¡como no estaban presentados...!; después de todo, por la embestida de «Azabache» a «Nieves» se conocieron y han entrado en relaciones el Marqués y tu señorita. Todo se arreglará, pierde cuidado; y ahora, si te parece, vamos a tratar de nuestras cosas, chiquilla. Dame, para principiar, esa viznaga que va a marchitarse junto al anafre de tu pechito.»

«—¡Las manos quietas, mantesón!...»

* * *

Fué profeta el asistente del Excelentísimo Señor Marqués de Peñalara, Grande de España, Capitán del Regimiento de Húsares de la Princesa, Caballero de Santiago, real mozo y millonario.

Fué a Lucena, contra todo su gusto, a desempeñar una comisión del servicio, y volvió a

Madrid para casarse, seis meses después, con la señorita Luisa de Rojas y del Cascajar, rubia como las florecillas del aromo, frágil de cuerpo como vidrio veneciano, caprichosa como hija única que era, y mal criada por padres viejos, elegante naturalmente, preciosa y de añeja nobleza provinciana: llevaba para cenar.

El amor, más poderoso casi que la fe, había logrado, durante aquel noviazgo, que «Azabache» y «Nieves» se reconciliaran.

¡Cosas del mundo!

A los tres meses de casados los Marqueses de Peñalara, el perro y la gata comían en el mismo plato, y sus nobles amos se los tiraban a la cabeza.

PROMESA

CHASCARRILLO

Hacía un frío muy respetable aquella mañana, y abandoné con sentimiento el camastro de la posada. Así es, que iba soplándome las puntas de los dedos, cuando vi pararse en firme al tío Pablo, que se descubrió a la puerta de la iglesia; el monaguillo tocaba a Misa del alba.

Murmuró el buen viejo una oración, y con aire muy satisfecho apretó el paso, diciéndome:

—Ya puede usted estar tranquilo, señorito, que no volveremos a casa sin almuerzo.

—¿Cómo es eso?

—Yo, siempre que salgo a cazar, hago mi promesa a nuestro patrón, San Fernando, y a esto debo, que no a mi habilidad, no volverme nunca de vacío. La mitad de lo que se cace hoy se venderá, y con lo que se saque compraremos media libra de cera para que alumbre al Santo.

—Bueno, hombre, como usted quiera; yo, aunque voy de mirón, me comprometo a comprar las velas, si nada se caza.

—Ca, no señor; pues no faltaba más: eso es cuenta mía; he convidado a su merced, y me arreglaré con el Santo.

—Conforme, y andando.

Pasito a paso, llegamos al coto. Sacó el tío Pablo una petaca descomunal, me alargó un puñado de tabaco y un papel como una sábana; abrió su navaja, mientras que descansaba la escopeta en la sangría del brazo izquierdo, y se puso a liar aquella tranca. Pero, de pronto, tira el papel, empuña el escopetucho y, después de inclinarse y hacerme ¡chits!, comienza a apuntar con mucha calma. Miro en aquella dirección: dos conejos jugueteaban cerca de un frondoso tomillo. ¡Pun! Cae uno de ellos revolcándose en el polvo, mientras que el otro sale como alma que lleva el diablo.

Entonces el tío Pablo, con una flema holandesa, se vuelve a mí y me dice:

—*Caracoles, y qué paso lleva el conejo de San Fernando;* hoy no estuvo el patrón de suerte. Sea todo por Dios; vamos a casa y nos guisará el otro Juanilla, que tiene unas manos de oro para el aliño del estofado.

El alhichante [1] achantado

CUENTO

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

Sobre cinco grandes preceptos, tan firmes como las columnas del templo de Karnak, se mantiene nuestro culto, el culto externo del Islam.

La oración.

El ayuno.

La limosna.

La guerra santa—o sea, tomando la palabra *djihad* en su recto sentido, la propaganda religiosa—y

La peregrinación a la Meca.

El primer templo que levantaron los hombres es el de Becca. Se alzó para ser bendecido y para servir de dirección a los humanos.

Hacia él, muchos años hace, encaminaron sus pasos, desde la Alpujarra, Acafi, Bahira y Xara.

---

(1) Peregrino.

Acafi y Bahira habían leído muchas veces el *teuzil* [1], libro que descendió de las alturas.

Xara era rústico e ignorante. Los tres, buenos creyentes y temerosos de Dios, no olvidaban, ni por un momento, que *el terremoto en la hora del juicio será cosa terrible; que la nodriza dejará caer al infante a quien lacte; que toda mujer embarazada abortará y que todos los hombres parecerán ebrios.*

Juntaron los tres peregrinos sus provisiones para el viaje, vistieron el *hiram* [2] y, desnuda la cabeza, Acafi, Bahira y Xara salieron de la Alpujarra, camino de Málaga, después de recitar la siguiente oración:

No hay más Dios que Alá, a quien pido socorro y asistencia para todo el tiempo de mi viaje.

Penoso fué el de los *alhichantes* alpujarreños.

Por fin, llegaron al Cairo, y en las ruinas de la *Ciudad de Faraón*, la antigua Heliópolis, junto al pueblo de Matavia, prosternáronse a la sombra del magnífico sicomoro que cobijó a Jesús, a María y a José, cuando huían a Egipto.

Después, en Bercat-Alhach (estanque del pere-

(1) Alcorán.

(2) Traje especial, compuesto de dos mantas blancas rayadas; una de ellas rodea la cintura y cae sobre las rodillas; la otra se lleva a la manera de una toga romana, dejando desnudo el brazo derecho.» Mariano de Pano. *Puey Monçon - Viaje a la Meca...* Zaragoza... 1897. Pág. 21.

grino) se reunieron con el Emir Alhach, jefe de la peregrinación.

Más tarde, junto a Cheda, adoraron, cubriéndolo de besos, el *sara,* ombligo de la primera mujer, la cabeza y los senos.

También al nivel de las espaldas de Eva, más alta, según nuestras tradiciones, que el mayor monumento de la tierra, visitaron el sepulcro de Osmán, restaurador de la tumba de nuestra primera madre.

Hallábanse aún a bastante distancia de Hada—lugar el más próximo a la Meca a que pueden llegar los cristianos—cuando Acafi y Bahira, más débiles que Xara, sintiéndose fatigados, decidieron hacer alto y separarse del grueso de la caravana.

Trató Xara de disuadirles, pero fué en vano.

Dos días más tarde, al oscurecer, tras una marcha penosísima, se encontraban los *alhichantes* extraviados, en un paraje solitario y triste, con los odres del agua vacíos y con mucha hambre.

Como divisasen, no lejos, indicios seguros de la existencia de un pozo, haciendo supremos esfuerzos, apretaron el paso.

Xara, conductor del camello que les servía de bagaje, se adelantó en busca del codiciado abrevadero; entonces, Acafi dijo a Bahira:

—La voracidad de Xara ha concluído una vez

más con las provisiones; tan sólo nos queda harina para cocer un pan. Si lo compartimos con ese rústico insaciable, es fácil que no podamos tú y yo llegar a Hada; nuestras fuerzas se agotan por momentos, y el camello se encuentra también rendido. Por otra parte, Xara es vigoròso y puede resistir el ayuno mucho mejor que nosotros. Busquemos, pues, un medio, si te parece, para dividirnos el pan tú y yo, con el beneplácito de nuestro compañero. Él nos ha probado durante todo el viaje que no quiere cumplir, no obstante habérselo recordado en varias ocasiones, el sabio precepto, contenido en el Korán, que reza:

¡Oh, creyentes!, no os privéis de las cosas buenas de que Dios os permitió disfrutar; pero no vayáis más allá, porque Él no ama a aquellos que traspasan el límite.

—Tienes razón, hermano—respondió Bahira—; medita, meditemos, que la noche se viene encima y yo siento, como tú, un hambre cruel: pero calla, que vuelve Xara, y es malicioso, como todo aldeano.

* * *

Acafi había convenido con Bahira, a fin de descartar a Xara, en proponer que los dos que soñasen aquella noche cosas más peregrinas, se dividirían, al despertar con el alba, el pan por la

mitad. El tercero, menos afortunado, aguardaría para desayunarse la llegada a Hada.

Allí, la caravana, contando con el buen apetito de Xara, compraría provisiones bastantes para el consumo hasta la Meca.

Puso Xara algunos reparos a la primera parte de la proposición, pero concluyó por conformarse, y después de amasar el pan, de encender una hoguera, y, cuando se extinguía, dejar aquél bien acomodado cerca del rescoldo, se echó a dormir tranquilamente.

La noche iba mediada: resguardados por un mezquino tejadillo, Acafi y Bahira, tendidos en el suelo, junto al pozo, no podían pegar los ojos, mientras que a sus espaldas, Xara, tumbado cerca del camello, daba grandes ronquidos.

Acafi dió de codo a Bahira, preguntándole por lo bajo:

—¿Has discurrido algo?

—Sí. ¿Y tú?

—También; y pienso que tengo una buena idea. Pero ¿estará verdaderamente dormido Xara?

—¡Ya lo creo! Dos horas hace que ronca lo mismo que un cerdo.

—Pues escucha: os diré mañana que soñé encontrarme nada menos que en el paraíso que el Profeta prometió a los creyentes...

—¡Es original!—interrumpió Bahira—; yo

ideé deciros que había tenido un sueño espantoso: me hallaba entre los súbditos de Eblis... condenado irremisiblemente.

—Al llegar a la mansión de las delicias—donde el aire trasciende siempre a diamelas de la Siria—salió a recibirme una virgen de quince años. Con sus brazos rodeó mi cuello; y eran blancos como las tocas del alto *Picacho de Veleta* y rosados como las clavellinas que crecen en las márgenes del Darro. No es más negra la piedra que vamos a adorar en la *Caaba* que las pupilas de aquella niña; ni más roja la flor del granado de la Zubia que sus jugosos labios; ni más menudas las almendras que dan los bosquecillos en las faldas del monte de la Alhambra que los desnudos pies de la hurí de mi sueño, y...

—Cuando fuí precipitado en el infierno y entré por una de sus siete puertas, sentía yo más hambre que esta noche. Pedí de comer; me hartaron de salazones de Málaga y me acometió luego una sed rabiosa. Entonces me encadenaron junto a una peña, de la que brotó súbitamente un manantial más cristalino, más abundante y más frío que el agua de la *Fuente del Avellano*. Y como si mi martirio corporal no fuese bastante, Eblis colocó a mi vera un necio, que, insensible a mi agonía, muy regocijado, no dejaba de contarme simplezas al oído...

—Y la hurí, como se posa el pajarillo en la rama, posó sus labios en los míos...

—Y para que apagase la sed, me ofrecían una copa rebosante de jugo de retama verde...

«—Ven, amado mío—me decía la niña de los ojos negros, empujándome dulcemente—; vamos a dormir una siesta eterna en la fresca gruta de las esmeraldas...»

«—No te apures—repetía el necio a mi oído—, que mi alegre compañía no te faltará hasta la consumación de los siglos...»

—¡Calla!... me parece que Xara se despierta...

—En efecto; hagámonos los dormidos.

El cansancio venció por la madrugada a Acafi y a Bahira, y el sol estaba ya alto cuando despertaron. Fué su primer cuidado acercarse al sitio donde había ardido la hoguera, para contemplar el pan tan deseado. No encontraron más que cenizas.

Xara seguía durmiendo junto al camello y fué despertando bruscamente.

—¿Y el pan?—le gritó Acafi.

—¿Y el pacto?—añadió Bahira.

—Aguardad—respondió Xara incorporándose, mientras se desperezaba con mucha calma—; aguardad, aguardad...; sí, ya me acuerdo. Antes de amanecer, tuve el ensueño más maravilloso. Un ángel hermosísimo como Gabriel, descendió

del paraíso, y tomándome de la mano, exclamó: «Despierta, el pan está ya cocido y te pertenece, porque Acafi goza de la bienaventuranza, y ahora queda allá arriba merendando con una hurí, mientras que Bahira se condenó y no puede comer sino salazones de Málaga...»

—¡Y te comiste el pan tú sólo, miserable!— rugieron Acafi y Bahira.

—Me parece recordar que no dejé una migaja.

—Por el Profeta, que la traición podrá costarte muchas lágrimas...—Y Bahira y Acafi, en ademán hostil, avanzaron hacia Xara. Éste se puso en pie de un brinco y, apoyándose en nudoso cayado, robusto como una encina, alzó los ojos al cielo y comenzó a recitar con voz melosa el salmo:

—*Aliméntame, Señor, con pan de lágrimas y dame a beber lágrimas en abundancia.*

El compañero en el Paraíso

CUENTO FÓSIL

Veinte años hace subía yo de Granada al Sacro-Monte, dándole molin te a la beca roja, cuando la tía Norica se me vino encima chancleteando.

—Aspera una miaja, resalao, que voy a desirte la buenaventura; no me desaires, moreno, que me da el corasón que llegarás a cardenal.

—Bueno..., déjese usted de pamplinas, y venga un cuento de los elegidos.

—¿Lo quieres verde, o lila?, ¿de amoríos, u de encantamientos?, ¿de ladrones?, ¿de moros y cristianos?

—Lo quiero de... judíos, y con miga.

—Uno sé, que viene a esas condisiones como la tumbaga al deo; escucha: Tres duros y medio contaba el rabí Sabulón...

—.....

—Por los ojos de tu cara, no me quiebres el hilo del cuento. ¿Que no sabes tú lo que quié isir rabí?... Pus er que tiene rabo, y largo. ¿Quién inora que

er jopo es lo que distingue a los judíos de los cristianos?

Sabía más mi rabí que Salomón, Merlín, Lepe y Lepijo; y como también era bueno a carta cabal, estaba seguro de tener ganá la Gloria.

Pa que le tomes bien er gusto a toíto er sentir der cuento, sa menester que te enteres de que los judíos creen que los bienaventuraos están en el sielo como los poencos cuando van de montería: por traíllas, de dos en dos, y que Dios le da un cacho de gloria a ca pareja pa que se la reparta. Pues bien: cátate que a Sabulón le entró una curiosiá mu grande por saber quién sería su compañero en el Paraíso. Entrarle aquella comesón y redoblar ayunos, penitensias y cavilasiones, fué to uno, hasta quearse el infelí tan escuchimisao, que podía bañarse en un arfiletero. Por fin, una madrugá se le aparesió una visión más hermosa que las peluconas, y le dijo: «Sabulón: tu compañero en el Paraíso será Abraham, *el Justo de Barselona.*» «¡No lo oí mentar en toíta mi vía!», pensó el rabí, figurándose al *Justo* hecho una castaña pilonga, quitándose el porvo de las sandalias con las barbasas nevás y pasando la vía entre disiplinas y librotes. En er coche de San Fransisco, y echando seis semanas en er viaje, se plantó Sabulón en la capitá de Cataluña, y como preguntase a un mosito, también judío,

por el *Justo,* le respondió aquél con mucho respeto:

—¡Pero, padre mío!, ¿qué tiene su mersé que ver con semejante tipo?... ¡El *Justo!,* ¿eh? Así le viene este nombre a Abraham como a nuestro padre Moisé un miriñaque. Sepa su mersé que el tal es un granuja: la da de judío, y es más malo que la peste negra; nunca entra en nuestra sinagoga, y come los más de los días jamón y butifarra.

—¡Qué tal dijiste! A Sabulón se le encogió el rabo (en el que podía haserse siete núos, y aún le sobraba) hasta queársele del tamaño de la coletilla de un torero. ¡Valiente punto iba a ser su camaraíta en el Paraíso! Pero había que sersiorarse, y el rabí tiró pa la casa der *Justo,* cuyas señas acababa de darle er mosito. ¡Maresita mía, qué palasio! «Vamos, si no pué ser», murmuraba Sabulón, desidío a najarse de allí, caíos los palos der sombrajo, cuando un lacayón, bordao de oro, le atajó preguntándole con muy buenos moos qué se le antojaba, y sin ponerle ninguna dificurtá lo metió hasta un salón manífico atestao de riquesas.

—¡Compañero mío er dueño de to esto!... ¿Ya para qué quié más paraíso?—pensaba el rabí.

D. Abraham salió de seguida. Era to un rial moso, y estaba vestío como un figurín. En cuantico dicó a Sabulón, se fué derecho a él y le besó

la mano, jasiéndole sentar luego en un sillón que paresía mismamente er trono de los Reyes Magos; después le dijo:

—Ya hase años que sé yo de su mucha siensia y virtudes, antojándoseme aún poca la fama que va a todas partes delante de su mersé, como la Guardia sivil en las prosesiones. ¡Ay, quién pudiera añadir a mis parneses uno solo de los muchos méritos de su persona, como quien engarsa un rubí en un aro de carderiya! Pero yo enjamás he desconfiado de la misericordia de Dios.

—Bueno está eso, pero tampoco hay que echarse el alma a la esparda—dijo el rabí—, y su mersé se regodea más de la cuenta en esta vida pa mereser la Gloria.

—De moo y manera que su santiá me cree casi perdío.

—Mercándose el billete pa su condenasión eterna si no se arrepiente de seguía y toma por otra verea más estrecha.

—¿Cuála?

A responder iba Sabulón, cuando entró en la sala el lacayo de antes, disiendo que una probe pedía hablar con el señor.

—¿Por qué la hisiste aguardá? Que entre de seguida—mandó Abraham.

—Vamos; por lo menos, no es orgulloso—oservó el rabí para su túnica.

La probe entró en la sala llorando y quiso besarle los pies al *Justo,* mientras clamaba:

—¡Señor, por María Santísima, sarve su grandesa a mi único hijo!

—¿Qué le pasa?... ¿Nesesita dinero? ¡Pide lo que haga farta!

—Vaya, también es caritativo—gorvió a murmurar Sabulón.

—No son riquesas las que puen sarvar al hijo de mis entrañas.

—Pues ¿de qué perese?

—De mal de amores.

—¡Acabáramos!

—Quería y quiere con las entretelas der corasón a una mosita de su mesma clase; los padres de dambas partes éramos mu gustosos de la boa, cuando er mardesío interés metió la pata. Los que iban a ser mis consuegros, deslumbraos por el parné de un señorón que está loquito también por la mucha cha, se la ofresieron, dejando plantao a mi hijo.

—¿Y él cómo se llama?

—Manasés.

—¿Y la novia?

—La novia, la novia... (La viejesita no se determinaba a desir er nombre.)

—Vamos, dilo sin reparo.

—Señor..., se llama... se llama Rebeca, la hija de Jacob.

—¡Rebe...ca!—repitió el *Justo* dando un gemío; y se le puso la cara más pajisa que las floresiyas del aromo; aluego se tambaleó, y agarrándose a una tinaja de la China que tenía a la vera, la dejó caer al suelo, jasiéndose tiestos, y si el rabí no le echa mano, el probe señor viene también a tierra.

Como estautas se quearon los presentes.

Aluego Abraham se sacudió, ni más ni menos que si le acosara un avispero, y, descubriéndose la cara, que tenía tapá con dambas manos, la probe mujé y el rabí vieron que había llorao, y si hubiesen gustao aquellas lágrimas, se habrían enterao también de que amargaban más que la retama verde, que la quina y que la tuera mesclás. Por fin, gorviéndose hasia la mujé, que no veía el momento de tomá la puerta, le dijo con muchísimo sentimiento:

—Vete, madre infelí, vete y confía en Dios.

Así que se quearon solos los dos judíos, Abraham se dejó caer de gorpe en un sillón, desmadejao..., como los aviones cuando les dan cañaso.

—¡Probe muchacho!—murmuraba—. ¡Probesito Manasé! ¿Cómo no ha de camelar a Rebeca más que a las niñas de sus ojos, si es tan bonita como los rosales de pitiminí y las diamelas, cuajaítos de flores, y más buena que la harina con que hacen las hostias?

El rabí se jizo cargo de que había sonao la hora de quitarse de enmedio, y se despidió como púo de Abraham.

—¿Volverá su mersé, verdad?—le dijo éste.

—Gorveré.

—Pues señó, verde y con asas...—iba pensando Sabulón—. El *Justo* le afanó la novia a Manasé, y aluego se contenta con compaeserle; no está mal; lo dicho: que Abraham no tiene salvasión ni pué ser mi compañero en el Paraíso.

Pocos días después, en la mesma sala de aquel palasio se juntaron muchos judíos catalanes, gente prinsipal, vestía con la ropita de cristia..., quiero disí de los días de fiesta. Habían dao ya las orasiones, y el estrao estaba de flores y luses como el menumento de la catedral de Seviya, aunque sea mala comparansa, cuando se abrió de par en par una gran puerta del testero, y, rodeao de pajes y donsellas, entró el señó Abraham trajeao como de boa. Traía cara de difunto y daba la mano a una mosita... ¡Qué niña, várgame un divé! Más bonita era que la salú, la riquesa y la alegría, las tres en una piesa. Buenas de verdá eran también sus galas, pero al lao de su cara..., guiñapos no más.

El rabí Sabulón, que se jayaba entre los convidaos, abrió tanta boca, que se le veía la campanilla, no malisiándose en qué pararía aqueyo.

—Maestro—le dijo Abraham en cuanto le vió—, ésta es Rebeca, la novia. ¿Quiere su mersé escribir los esponsales?

—Con fina voluntad—respondió el rabí; y se arrimó a un riquísimo bufete, calándose unas antiparras que paresían los cristales que yevan las locomotoras por delante—. Venga de ahí, señor Abraham—añadió luego con su mijita de pitorreo—. ¿El nombre de la novia es...?

—Rebeca de Emanuel.

—Re... be... ca... de Ema... nu... el. Ahora el de usted.

—No, maestro; ahora el del hombre a quien Rebeca quiere: el hijo de la probe viuda, Manasé. Yo no figuro en la seremonia más que como padrino, y en este supuesto, regalo a los novios toíta mi hasienda. Que entre el esposo de Rebeca y comiense la fiesta *en su palasio*. Esto es hecho, maestro: deme su mersé la mano pa que la bese, y queden con Dios los presentes.

Entonses el rabí Sabulón, enternesío hasta los tuétanos, cayó de rodillas exclamando:

—Perdona, Abraham: el indirno soy yo de ser tu compañero en el Paraíso.

. . . . . .

Así terminó su relación la tía Norica, alargándome la mano abierta para recibir lo ofrecido; y como yo, por oírla, le preguntase que cuál

era la moraleja del cuento, la gitana vieja, un tantico amoscada, me respondió:

—¿No te se alcansa su intrínguli y mucho sentío? Pues mira tú, colegial, está más claro que la del huevo. Es el toque, que pa Dios, lo mesmo entre los cristianos que entre los judíos, vale más, pero mucho más, el que da trigo que el que predica; ¿te enteras?

LA BERENGUELA

CHASCARRILLO

El señor Cura de Pañizales tuvo un grandísimo pesar.

La Berenguela, aquella magnífica burra, de largo, tranquilo y bien equilibrado paso castellano; la que jamás se había espantado ni a la luz del sol ni en medio de las tinieblas; tan trabajadora y formal, que, respetando las características distracciones de su amo, caminaba siempre sin detenerse nunca para despuntar las tentadoras hortalizas que crecían a ambos lados del camino de las Tenerías; aquella hermosa bestia, con más méritos que la de Balaam, de pronto, sin causa conocida, daba en la flor de no beber agua corriente, o en pilón, en cuanto la más leve brisa, golpe o inmersión agitaba la superficie líquida.

El excelente sacerdote, que no tenía pelo de tonto—ni de discreto, por ser calvo como un huevo—apuró cuantos recursos hubo de sugerirle su buen ingenio, para quitar aquel resabio a su

Berenguela querida; y ya, sin esperanzas de éxito, sangrándole el corazón, decidió vender la burra.

Puede ser—pensaba el párroco con honda pena—que variando *Berenguela* de clima y lugares, pierda la pobrecilla tan empecatada manía.—Y el señor Cura se deshizo de la cabalgadura en la feria de septiembre.

Compró la *Berenguela* el gitano más truchimán de cuantos tratantes acuden a las ferias andaluzas, realizando un excelente negocio, pues el párroco, en atención al resabio de la borrica, se la había dado por una copla.

En los primeros días de octubre volvió el gitano a Pañizales, y como se cruzase con el señor Cura, le dijo así:

—Várgame un divé, pare Ambrosio, que su mersé es más chalán que yo.

—¿Por qué lo dices, hombre?

—Lo digo porque me vendió su mersé una bestia tan delicá, que paesía jecha a no beber sino en la pila del agua bendita y a puerta cerrá.

El ángel y el ermitaño.

CUENTO FÓSIL

Pues, señor: Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien le fuere a buscar; un ermitaño más pobre que los gorriones, y más martirizado por el ayuno y los cilicios que gurriato en manos de muchachos. Como *el enemigo* no reposa nunca—al extremo de que cuando no tiene a quién tentar, se distrae en arrancarse pelos del rabo—, se propuso en cierta ocasión dar al traste con la tranquilidad del buen ermitaño; ¿cómo lo consiguió? Pues poniéndole ciertas gafas ahumadas que suelen calarse aquellos que buscan la perfección en todas partes menos en su propia casa. Y el pobrecito del anacoreta, con las antiparras, no distinguía si eran borrones o macas del papel las manchas que creyó vislumbrar en la plana del Señor. Esto de pretender enmendársela, suele ser tan común como las pasas en Málaga en la época de la vendeja.

¿Cómo explicarse el porqué muchos bribones se pasean gordos y bien vestidos, mientras que no pocos hombres de bien trabajan y se afanan para sacar a la postre lo que el negro del sermón?

Con propósito firme de averiguarlo, el anacoreta abandonó la ermita, empuñó su báculo y tomó un camino adelante.

Al poco tiempo sintió que le pisaban los talones. Se vuelve y se encuentra con un real mozo, bien portado, risueño, simpático, y que traía una azagaya en la mano.

Al ermitaño se le antojó criado de casa grande.

—¿A quién sirves, muchacho?

—A Dios.

—¡Buen amo, de veras!

—¿Y a dónde caminas?

—A visitar unos amigos que viven en esta tierra.

—No la conozco, y me gustaría acompañarte.

—Pues andando, Padre mío: conmigo irá usted seguro, y, aunque parezca que me está mal el decirlo, irá al mismo tiempo bien acompañado.

Y, el mozo delante, y detrás el ermitaño, emprendieron la marcha, rezando cada cual sus oraciones para sí... y para Dios.

Anda que te anda, llegó la noche y encontraron albergue en casa de otro ermitaño, que les

obsequió lo mejor que pudo, dentro de su pobreza. Después de la cena, y mientras daban gracias, el huésped se entretuvo en secar y pulir con mucho primor, y no poca complacencia, una copa muy rica en que habían bebido los viajeros.

El mozo tomó nota, así de la riqueza de la joya, como de la grande estima en que parecía tenerla su dueño. Vió muy bien dónde la guardaba y, aprovechando un momento en que salió aquél a la puerta de la choza—ni visto ni oído—desapareció la alhaja.

Al rayar el alba, los huéspedes siguieron su camino, y cuando estaban lejos de la ermita, el mozo sacó la copa, y con mucho desparpajo la enseñó al ermitaño, su compañero de viaje.

—¡Qué hiciste, desgraciado!

—Cállese, Padre mío, y aprenda a no escandalizarse de nada que me vea hacer.

Tal era el imperio con que el joven se expresaba, que el anciano no se atrevió a replicar, y, bajando la cabeza, siguió tras él.

Llegaron después de obscurecido a una ciudad, y no encontraban posada en ninguna parte; es decir, quien se la diese de balde: ellos no podían ofrecer más que una letra a pagar en el Cielo, y, por lo visto, en aquella tierra no tenían giro con la casa del Señor.

Vuelta por aquí, vuelta por allá, el ermitaño

divisó un sombrajo en el ejido, y como era hombre de buen acomodo, exclamó:

—Del mal el menos: allí nos guareceremos de la lluvia, descansando sobre la madre tierra.

—No, señor, que es preciso que nos reciban bajo techado. ¡Pues no faltaba más!: estamos rendidos, y el chaparrón que nos cayó antes de entrar en este pueblo, nos ha puesto como dos sopas. Verá usted si abren.—Y el mozo principió a dar porrazos con la azagaya en un portón.

Por fin, abrió una viejecilla parecida a la que tuvo el candil a Pilatos, y después de refunfuñar mucho, consintió en que los caminantes se acostaran en el hueco de la escalera, sobre un montón de paja. Y había que agradecérselo mucho, porque *se corría,* sin permiso del amo, que no sabemos cómo había de tomar semejantes largueZas. El amo era un usurero riquísimo, que antes se dejaba sacar el hígado con tenazas, que soltar dos reales de vellón de los miles y miles que tenía amontonados a fuerza de trasquilar al prójimo. Por toda cena les bajó la viejecilla media cazuela de potaje de lentejas, frío y ahumado, y dos mendrugos; y, aquí paz y después gloria, se tendieron sobre la paja, sin luz y con mosquitos.

Amaneció y, como todos los días que no son nublados, el sol alumbraba por igual iglesias y presidios, jardines y muladares.

El ermitaño se puso en pie y, sacudiéndose los granzones de la túnica, le faltaba tiempo para alejarse de la casa y del pueblo; pero el mozo le detuvo.

—Es preciso, Padre mío, que nos despidamos de nuestro huésped.—Y tomó escalera arriba. —Venimos—le dijo—a dar a usted muchísimas gracias por su hospitalidad, y a rogarle que acepte este recuerdo.—Y le dió la magnífica copa que había robado al ermitaño que los alojó la noche antes.

El usurero echó ambas manos a la espléndida joya, y hubiese querido tener cincuenta dedos para trincarla mejor.

Cuando los caminantes estuvieron en medio del campo, el ermitaño no se pudo ya contener, y se encaró con el mozo de esta suerte:

—Hombre, no parece sino que quieres mofarte de mí, obrando tan desatinadamente. Le quitas la copa a mi colega para regalársela a ese pícaro prestamista con entrañas de guardacantón.

—De poco se admira, Padre mío: ya me verá usted hacer cosas que le parecerán más raras. Está claro que no tiene usted mundo, y que tampoco distingue con acierto el bien del mal. Y si no, al tiempo.

Poco después entraron en un puente en construcción, desprovisto aún de pretiles y tendido so-

bre un río caudaloso. Sentado en un marmolillo pedía limosna un mendigo. Fuése a él nuestro buen mozo y le dijo:

—A pocos pasos de aquí encontraremos una encrucijada, ¿verdad?

—Efectivamente, señor.

—Muy bien; nosotros vamos a tal parte, ¿eh? ¿Qué camino debemos tomar?

—El de la derecha.

Y como el pordiosero se volviese para mostrarle, el mozo le dió tal empellón, que el pobre cayó al río.

Así que aquél, con cara muy placentera, le vió ahogarse, se reunió otra vez con el ermitaño.

Mudo de terror y temeroso de que el robusto mancebo repitiese con él la suerte, el anacoreta no desplegó los labios, ni entonces, ni en todo el día.

La ciudad, a la que llegaron aquella noche nuestros viajeros, era rica e importante. El mozo demostró que pisaba tierra conocida, yendo a llamar, sin vacilaciones ni reparos, a la puerta de una buena casa. Pertenecía ésta a un virtuoso matrimonio que había llegado a la edad madura logrando tener, después de desearlo mucho, un hijo único, nacido hacía poco tiempo, y al que idolatraban, como es consiguiente.

Los viajeros fueron recibidos con mucho cari-

ño; sacaron la tripa de buen año, y después de la cena se les dispusieron las camas en una alcoba muy capaz. En ella dormía, precisamente, el niño en su cuna.

A altas horas de la noche los llantos de la criatura despertaron al mancebo y al ermitaño. Entonces vió éste que su compañero se levantaba cautelosamente y que, yendo a la cuna, en un dos por tres estranguló al niño. Luego volvió a acostarse como si tal cosa. No hay para qué decir que el anciano, horrorizado, no pudo pegar los ojos ni se atrevió a moverse.

Antes de amanecer le dijo el mozo:

—Vamos, Padre mío, apresúrese. Yo conozco una puerta falsa por la que podemos salir, sin que nadie nos ataje el paso, antes de que adviertan la muerte del niño.

El ermitaño, turulato, le siguió sin separarse de él en todo el día, no atreviéndose tampoco a intentarlo, pero convencido de que su compañero era el mismísimo Lucifer.

La cuarta noche se alojaron en una magnífica abadía, abastecida de cuanto Dios crió para hacer más llevadera la peregrinación por este valle de lágrimas.

El arte y la riqueza se hermanaban en la iglesia, en el convento, en la hospedería y en todas las múltiples dependencias de aquel vasto dominio

abacial. Y, dicho esto, ya debe suponerse que el alojamiento fué bueno de verdad.

Apenas clareaba, cuando los viajeros se vistieron y calzaron.

El joven pagó el hospedaje prendiendo fuego al jergón de su cama antes de abandonar la celda.

—Salgamos pronto, Padre mío—dijo empujando al turbado ermitaño—; de la abadía no van a quedar ni pavesas.

Media hora después, desde lo alto de una colina, los viajeros presenciaban el incendio, cuyas llamas parecían anublar la misma luz del sol.

—¡Qué bien arde, eh?—exclamaba el incendiario sonriendo, mientras el ermitaño, desesperado, se daba golpes en el pecho y se mesaba las barbas.

—¡Desdichado de mí!—decía—. ¿Por qué habré nacido?, ¿por qué viví hasta este día nefasto?, ¿por qué abandoné mi retiro?, ¿por qué, por qué seguí a este mozo perverso?... ¡Por dónde vine a ser su cómplice... asesino e incendiario: he perdido mi cuerpo y mi alma...: me condenaré irremisiblemente!, ¡desdichado de mí!

El joven, que le escuchaba impávido, respondió a las lamentaciones del ermitaño de esta suerte:

—Te equivocas de medio a medio: ni yo soy lo que parezco, ni hice nada que no sea razonable, justo y convenientísimo. ¡Escúchame, infeliz!

Conozco perfectamente los motivos que tuviste para abandonar la ermita: no podías comprender los misteriosos designios del Señor, y, para explicártelos, te decidiste a volver al mundo en busca de un sabio que te alumbrara en la noche de tus dudas.

El enemigo te había tentado; comenzaba a labrar tu condenación eterna, y la hubiese conseguido, si el Señor, apiadándose de ti, no me hubiera enviado en tu socorro.

En cuatro días que estuvimos juntos te he enseñado lo que pretendías saber; pero tú no me has comprendido: voy a explicarme más claramente.

Murmurabas cuando me viste quitar la copa al ermitaño bajo cuyo techo reposamos la primera noche. Pues bien: aquella alhaja hubiese sido causa de su perdición. Constituía su única riqueza, es verdad; pero la estimaba también tanto como a la suma total de aquellas a las que había renunciado para siempre.

¿No observaste cómo en la hora de la oración no nos acompañó, y se recreaba en secar y dar brillo a su joya, en vez de encomendarse a Dios? Quiere Éste y exige que se le ame sobre todas las cosas, particularmente aquellos que, como tú, renunciaron al mundo y a sus pompas y vanidades.

El ermitaño tenía puestos dos sentidos lo menos en la copa, y el Señor dispuso que se queda-

se sin ella para que pusiera los cinco en la salvación de su alma.

¿Te vas enterando?

Regalé la alhaja al usurero, que nos recibió como si fuésemos comisionados de apremio, porque su limosna, aun consistente en una espuerta de granzones y en media cazuela de potaje ahumado, establecía crédito en su favor cobrable en el Cielo. Al darle la copa quedó saldada la cuenta. Ahora nada tiene que reclamar; y si no restituye todos los bienes mal adquiridos, su condenación eterna es segura.

Hasta el punto y hora en que di en el río con el pordiosero, había sido éste un hombre de bien, temeroso de Dios e incapaz de hacer mal a nadie. Si hubiese continuado su peregrinación sobre la tierra, estaba escrito que aquel mismo día, cediendo a irresistibles tentaciones, por cometer un crimen espantoso, se perdiera para siempre.

Ahora goza de la bienaventuranza, y bendice al Señor, dándole gracias por haberle yo ahogado tan oportunamente.

Durante veinte años los padres del niño que estrangulé venían dando ejemplo de todas las virtudes, principalmente de la caridad. Tan generosos eran, que regalaban a los pobres la mayor parte de las rentas, quedándoles a ellos muy poca para vivir. Desearon ardientemente un hijo

que fuese heredero de sus riquezas y del amor que al prójimo profesaban. El Dios de las misericordias satisfizo tan grande y noble ambición; pero el nacimiento de aquella criatura fué entibiando el amor de sus padres hacia los pobres. Temían que, dándoles mucho, como antes, el niño resultara perjudicado en su legítima. A punto estaban ya de hacerse usureros y de derribar en un momento el sólido edificio de sus muchos merecimientos, construído piedra sobre piedra durante tantos años. El niño era aún inocente: se salvó; los padres volverán al buen camino con más noble ardimiento, si cabe. De suerte que Dios, por mis manos, de un golpe labró la felicidad de tres criaturas.

Cuando se fundó la abadía, los monjes no tenían más rentas ni provechos que tienen los pájaros: Dios era su único proveedor. Las muchas y buenas limosnas que fué agenciándoles su piadosa vida, despertaron la ambición de los religiosos, y con ella brotó la soberbia, el fausto y la molicie. La envidia y la concupiscencia se sentaban con ellos en el coro y en el refectorio. Por esto Su Divina Majestad dispuso que perdiesen, en un momento, todos sus bienes terrenales. Al Señor le gusta más habitar en las chozas que en los palacios. Ahora que el brillo del oro no puede deslumbrarles como los espejuelos a las alondras,

no querrán todos ser abades de las ruinas de su convento, y, a Dios rogando y con el mazo dando, levantarán otro que sea casa de trabajo y oración, y no bolsa de comercio, ni museo de arte moderno, ni espléndida hostería.

Ya ves si obré cuerdamente prendiendo fuego al jergón y a la abadía.

Y ahora te dejo. Piensa en la lección que Dios te ha dado, vuelve a tu retiro y sigue haciendo penitencia.

No bien concluyó el mancebo de despedirse del atónito ermitaño, se desnudó de la envoltura corporal, como flor deshojada de un soplo, convirtiéndose en un ángel hermosísimo.

Y remontó el vuelo a la región de la luz y de la verdad, cantando:

¡Gloria in excelsis Deo!

El secreto de un charlatán.

CHASCARRILLO

Así el Domingo de Ramos, cuando discurre bajo sus gigantescas naves la procesión de las palmas, como en la tarde del Viernes Santo, durante el Oficio de Tinieblas, se cree uno en el Cielo dentro de la Catedral de Sevilla.

Me contaron el otro día que el magnífico templo, merced a la moderna y sabia restauración, tiene más luz que en mis tiempos, cuando Enrique Tamberlik cantó en los funerales de la Reina Doña Mercedes de Orleans. Bien; ¿para qué necesitaba más luz aquella iglesia excelsa? ¡Vaya usted a echarle sal al Mediterráneo!

Apenas se veían los dedos de la mano: en el severo tenebrario chisporroteaban las velas llenas de mieles; por todos los ámbitos de la Catedral retumbaban los severos cánticos del Cabildo, que asistía al coro en pleno, presidido por el Señor Arzobispo Cardenal.

Había muchos fieles de ambos sexos en el tem-

plo; la matraca, en lo alto de la Giralda, dejaba oír de cuarto en cuarto de hora su poco harmónico tableteo, llamado a substituir, por ser Viernes Santo, el alegre y bien templado son de las veinticuatro campanas que cuelgan en el árabe alminar. Todo era misterio, tristeza y recogimiento en la suntuosa casa del Señor.

En un banquillo arrimado al cancel del coro, cierto caballerete charlaba sin cesar con otro sujeto, algo más entrado en años, que se limitaba a asentir con la cabeza.

Varias veces ya, los devotos arrodillados junto al banquillo habían vuelto la cabeza demostrando escandalizarse de aquellas pláticas irrespetuosas, sacrílegas, en lugar y en día tan señalados.

Por fin, uno de los señores canónigos más cercanos al cancel diputó a un sacristán, seise, o lo que fuera, para que llevase un recadito de atención al hablador.

—Está muy bien; diga usted al señor canónigo que me callaré.

¡Que si quieres!; a los diez minutos, la lengua del amonestado se movía más que un ventilador eléctrico.

Entonces fué el Señor Deán quien envió al pertiguero del Cabildo para que hiciese callar a aquel mal cristiano.

Y volvió éste a ofrecerlo humildemente, y duró un poco más su silencio que la vez anterior...; pero luego volvió a las andadas con más ánimos, y con tanta facilidad como D. José Moreno Nieto peroraba.

Nada menos que el Señor Arzobispo se vió precisado a enviar a un beneficiado con encargo de poner en la calle, con las mejores formas, a aquel genuino representante del órgano más poderoso en nuestra raza: la lengua.

—Sírvase usted ofrecer a Su Eminencia mis respetos y decirle que le juro no chistar más...; pero dígale también «que estoy en el secreto...»

. . . . . .

. . . . . .

—Su Eminencia, que agradece a usted la promesa y que, como no entiende *lo del secreto,* le suplica se tome la molestia de verle en la Sacristía Mayor, donde le aguarda, concluídos los Oficios.

—No faltaré...

. . . . . .

. . . . . .

—¡Es muy claro, Eminentísimo Señor! El recogimiento, el duelo de Nuestra Madre la Iglesia Católica responde en este día a la muerte del Divino Redentor del Mundo. ¿No es cierto?

—Efectivamente.

—Pues bien; yo hablaba, no tomando tan a pechos el duelo... porque sé a ciencia cierta que Nuestro Señor Jesucristo resucitará mañana, seguramente. Por eso envié a decir a Su Eminencia *que estaba en el secreto.*

LOS DOS PULPOS

SUCEDIDO QUE PARECE CUENTO

El *Zar de la Espina* tenía su casa en la falda de la Punta de Cutre, por el lado opuesto al Cantábrico; allí donde las brisas saladas juguetean con los *respigus* del maíz y las copas temblorosas de los chopos.

Por cuantas condiciones se imponen los hombres en este mundo, D. Balbino Avilés y Menéndez, Coronel de Caballería, retirado, más conocido por *El Zar*, conquistó en buena lid su trono: mejor dicho, fundó la dinastía. Era valiente, rico y de mucho entendimiento. Justo, sin crueldad ni contemplaciones; caritativo—casi al derroche—, si bien daba la moneda o el consejo rabiando siempre, en la forma, a grito pelado y midiendo el salón de audiencias a zancadas.

Físicamente, podía compararse el *Zar de la Espina* con el hidalgo de Cervantes tal y como lo representa Jimenéz Aranda en sus dibujos.

No hay que decir que para nombrar a cual-

quier funcionario en el pueblo y en todo el Concejo, desde el alcalde al farolero municipal, conservadores y liberales tenían que contar con *El Zar*.

Cuando se le antojaba plantarse en Madrid con motivo de alguna fiesta solemne, y casi todos los años en los comienzos de la temporada del *Real* y por San Isidro; las puertas todas de la política y de los señorones del Principado de Asturias se abrían de par en par al Coronel. Solicitaba éste, y obtenía siempre, audiencia en Palacio, presentándose a los Reyes muy encorbatinado, con el viejo uniforme vestido en la guerra de Africa a las órdenes de D. Jenaro de Quesada y Mateu, primer Marqués de Miravalles.

Los cuentos, chirigotas y salidas de *El Zar de la Espina* se hicieron populares en salones y plazuelas.

Vivió más de noventa años, sin doblar jamás el espinazo por achaques ni cortesías; nadie pudo decir que le había visto reírse, ni con sus nietos, de los que tuvo un ejército.

Vivía, he dicho, a la orilla del Cantábrico, y de él y de un huerto se mantenía casi exclusivamente. Pescado, mariscos y frutas constituían su alimento cuotidiano.

Se perecía, materialmente, por el pulpo cocido con arroz blanco y salsa de tomate. Entre las pe-

ñas del *Pedreo del Conexal* solía pescarse una especie rara de aquel repugnante cefalópodo, con cuyo solo recuerdo se le hacía al *Zar* la boca botijo lleno.

Tenía el Coronel por administrador general, portero de banda, perro de presa y escudero, en sus salidas de *La Espina,* a cierto patrón de trainera, jubilado, de malas entrañas y de conciencia tan ancha como el Río de la Plata. Abusaba mucho el tal de su privanza con *El Zar,* y por extender aquél sus malas artes, en provecho propio, a la hacienda, política, caridades y a toda otra suerte de bienes, manejos e influencias del Coronel, el administrador era conocido por *El Pulpo* en todo el Concejo. Tenía su morada, a modo de portería, junto a la verja de ingreso al huerto circundante de la casa de *El Zar*. De suerte que, para visitarle, era indispensable pasar por la aduana de *El Pulpo,* que solía cobrar la entrada en mil formas y maneras.

Muchas veces las trapacerías y malas artes de *El Pulpo* sacaban de quicio a *El Zar,* que llovía sobre él todo linaje de denuestos, cuando no le arrimaba un puntapié o le tiraba a la cabeza lo primero que tenía al alcance de la mano.

El Pulpo no se enmendaba y era odiado en todo el Concejo.

Una mañana, al salir el sol y antes de que se

abriesen las ventanas en casa de *El Zar*, que vivía con una de sus hijas casadas, sorprendió éste, mirando entre rendijas, una disputa que sostenía *El Pulpo* a la puerta del huerto con un joven pescador. Traía éste, cogido por la capucha y arrastrando los tentáculos por el suelo, el más extraordinario ejemplar de la especie tan apetecible para el autócrata, y que iba siendo cada día más rara en aquella costa. El pulpo humano cerraba el paso al joven pescador, que alzaba hasta la altura de su cabeza el pulpo verdadero, dando gritos y empeñándose en entrar. Sabía, como todos los del pueblo, que *El Zar* se levantaba con el alba, y se prometía ser visto u oído.

La disputa se enfrascaba cada vez más.

El tirano, acostumbrado a no derrochar la paciencia, abrió de pronto el balcón y con voz estentórea ordenó al pescador:

—¡Avante, Palangrero!

El Pulpo se refugió en su casuca-portería, como una leona en el rincón de la jaula, bajo el látigo del domador.

Cuando el mozo llegó al palacio, que así llamaban en el pueblo a la vivienda del Coronel—todo es relativo, como decía D. Hermógenes—, ya estaba *El Zar* en la portalada, sin apartar la vista del animal apetecido. En el palacio comenzaba el ir y venir de la vida cuotidiana.

—¿Qué te trae?

—Vender el pulpo; ya sé que el señor no admite obsequios, ni de los agradecidos, y yo no tengo hoy ni una perrina con que matar la fame.

—¿Cuánto quieres por el pulpo?

—No más que veinte azotes, señor.

—¿Veinte azotes?

—Ni más ni menos.

—¿Tú no sabes que yo no tolero bromas? Conque di lo que quieres por el animal, y acabemos.

—Veinte azotes.

—Te los voy a dar de veras, ¿eh?

—No aguardo otra cosa.

El Zar, rechinando los dientes, miró en torno suyo.

—Vaya, entra con el pulpo en la cocina, y que la señorita Micaela te dé lo que quieras; andando.

—Veinte azotes.

El Zar perdió los estribos: —¡Crisóstomo!— rugió. *El Pulpo* no se hizo esperar mucho y vino corriendo desde su casa.

—Descuelga el látigo de los perros, y dale a éste veinte golpes en las posaderas; ¡vivo!

—¡Pero, señor!

—¡Vivo, digo, o te los doy a ti!

El pescador sufrió sin chistar los diez primeros zurriagazos, que no fueron suaves; después

se incorporó rápidamente, dió un salto atrás con el pulpo, que no había soltado de la mano, y encarándose con *El Zar*, no en aire de súplica, sino con voz de mando, dijo: «Basta.»

—¿Te entregas?—preguntó el Coronel en tono despreciativo.

—No es eso, señor; es que este otro pulpo—y señalaba al verdugo—no quería dejarme pasar si no me comprometía a darle la mitad de lo que yo cobrase por el pescado. Se lo ofrecía, ¡qué remedio!, cuando el señor me mandó pasar, y deseo cumplírselo.

—Nada más justo—dijo *El Zar* en tono solemne.

—Crisóstomo, dale el zurriago, remángate el chaquetón y recibe con decoro los diez azotes que va a darte. Ahora dame tú el pulpo, y estamos en paz.

—Cabales, señor.

LA ASTILLA DEL CRISTO

CUENTO

I

El 13 de septiembre, al obscurecer, el pobre Pachón iba ya acercándose a la inmensa cola de chicos y grandes que, a la fuerza, se disponían a tomar billete para el último viaje.

Tendido boca arriba, clavaba el enfermo sus ojos, preñados de tristeza, en una malísima fotografía colgada en la pared, junto a la cama.

Reproducía la estampa aquella, con su negra encarnación, su luenga y lacia cabellera, sus rígidas extremidades y sus escurridas nagüillas de terciopelo morado, con cuatro anchos galones de oro horizontales; la vera y milagrosa efigie del Santísimo Cristo de Candás, hacia el cual, como Pachón en sus últimas, pescadores y aldeanos del Concejo de Carreño vuelven los ojos siempre que truena de tejas arriba o de tejas abajo.

¡Es mucho cuento! Todo el mundo reniega de esta pícara vida; pero cuando se acerca la seño-

ra de la guadaña, no hay uno solo que se deje segar de buen grado; por el contrario, se aferran a la existencia como lapa a la roca.

Pachón no tenía parientes ni otros amigos que su compadre Casielles, «más bruto que un arado»—así dicen en Andalucía—aldeano y padre de la gentil Benita.

De ésta, Dios sobre todo, me propongo hablar más despacio en otra ocasión, a fin de que sus singulares encantos lleguen a conocimiento de los que no tuvieron la fortuna de tratarla.

Allí estaba, a la cabecera de su padrino, limpiándole el sudor de la frente con amoroso tiento, humedeciendo los marchitos labios con una muñequilla mojada en agua de limón, y prodigándole toda suerte de consuelos para el alma y para el cuerpo.

Pachón, dentro de la gravedad de su estado, parecía haber revivido después de recibir los Ultimos Sacramentos; pero, según el médico, aquella crisis favorable duraría poco.

—¿No ha vuelto tu padre?—preguntó el enfermo a su ahijada, quizá por la décima vez en el transcurso de media hora.

—Paréceme que llega en estos momentos—respondió la joven dando un gran suspiro, que podía traducirse: «¡Gracias a Dios!»

No bien asomó Casielles su cabezota por la

puerta de la alcoba, el doliente, fijándose en el voluminoso lío que su compadre traía colgado del paraguas, sobre el hombro, le dijo, con tono de amargo reproche:

—¡Así tardaste! ¡No parece sino que te dispones a pasar *El Puerto,* según el equipaje que llevas! En fin, no perdamos más tiempo, que ya la muerte abáfame [1]. Benita, hija mía, salte para el corredor un momento.

Y como la joven, ni curiosa ni contrariada, no obstante su sexo, obedeciese inmediatamente, Pachón se incorporó con mucho trabajo, y cogiendo a Casielles la diestra, le dijo dulce y reposadamente:

—No para echártelo en cara, te recordaré lo que hice por ti, pagando con liberalidad servicios que me prestaste, y legando, como lego, a Benita cuanto pertenéceme, con la obligación de que, soltera, casada o viuda, te mantenga con mucho decoro. Si hablo de ello es porque el favor que puedes prestarme es tan grande, que aunque yo viviera más años que Matusalén, ni con lo que hice por vosotros hasta aquí, ni con cuanto hiciese, sumado, en lo sucesivo, llegaría a pagarte la mitad de la deuda.

---

(1) *Abafar.* «Echar l'alientu ó la cara dalgún. Á los deus cuando se machaquen ó pónense fríos.»—Rato y Hevia. *Vocabulario de palabras y frases bables.* Madrid, Ginés Hernández, 1891.

—¿Y de qué trátase?—preguntó Casielles, secándose dos lagrimones con los nudillos.

—Ya te he dicho que siéntome morir...

—¡Hombre! No tan...

—Sí; no me interrumpas, que si el tiempo es oro, como dicen los ingleses, en cualquier ocasión de la vida, cuando ésta se escapa a caños, es oro acuñado en libras esterlinas, que pasan en las cinco partes del mundo. Muérome a chorros, pero me resta una esperanza. Tú sabes mi gran devoción al Santísimo Cristo de Candás.

—Sélo, y por eso voy a pedirle por ti, subiendo de rodillas las escaleras del su camarín.

—No bastará, Casielles.

—Pues subirélas de... coronilla. ¿Qué quieres más?

—Quiero... quiero...—Aquí el enfermo bajó la voz cuanto pudo, y, haciendo un supremo esfuerzo, exclamó, al fin:

—Quiero que me traigas una astilla de la imagen.

—¡¡Una *astiella* del Santísimo Cristo!!—repitió Casielles con tanto terror como si le hubiesen pedido que arrancase el corazón a Benita.

II

Sobre las negras aguas del Nalón, poco más abajo del peñasco desde donde se asoma, para mirarse en la corriente como en un espejo de azabache, el vetusto castillo de Priorio, solaz, amparo y refugio de los Obispos de Oviedo en los tiempos medios; se deslizaba una barca tripulada por un rapaz rubio «como lus respigus» [1].

A falta de chachareras, avecillas que, en casi todas las provincias de España, a tales horas—al caer de la tarde—suelen hacer la cama en las arboledas que bordean los ríos; el muchacho, con voz fresquísima, entonaba la siguiente cantinela:

A rodear, carreteros,
ramos de laurel.
Al son que el carro canta
quisiera saber
quién te ha dado esa cinta
dorada, encarnada de amor,
con cuatro alfileres
y en medio una flor.
¡Ay, que viene una quinta,
y lleva a las niñas su amor!
¡Ay! ¡Se lo lleva a todas!
¡Adiós, corazón!
¡Se lo lleva a todas!
¡Adiós, niña, adiós!

(1) «*Respigu*, m. La flor que brota en lo alto del maíz y en el centro de las berzas, lechugas, etc.»—V. *Espigu*, Rato y Hevia.

Sin parar mientes en las dulces lamentaciones del barquerillo, e insensible también a los halagos del paisaje y a las caricias de la brisa, Casielles, sentado en la popa del bote, con ayuda de la navaja, iba reduciendo a la nada un gran zoquete de pan y un cuarterón de Cabrales, muy habitado.

Mientras que el viajero engullía tan pastoriles y sanísimos manjares, su pensamiento tornó el vuelo, querencioso, hasta la Capital del Concejo de Carreño, y allí mariposeaba con alas de pavo.

Describió, en primer término, tres o cuatro círculos en torno del histórico campo de Baragaña, al que Casielles pudo llegar a tiempo de ver encendida la *foguera,* la víspera del Cristo. Cruzó después, desde la explanada donde están las escuelas públicas hasta el *Cay* [1], por encima de la procesión que sale en la mañana del 14, precedida del que quema los voladores y va rodeado de más *rapazucus* que de moscas un plato de almíbar.

Fué luego aleteando encima de todos y cada uno de los puestos de *ablanes* [2], de manzanas, de langostas cocidas y de aquellos muñecos en pasta pajiza, imposible de analizar, y de arte cal-

(1) «*Cay,* m. Muralla, defensa contra el mar, muelle.» Rato y Hevia.

(2) «*Ablanes,* f. Avellanas.» Rato y Hevia.

deo-asirio (palomas, Cristos, jarras y florecillas), para posarse, al fin, sobre el varal de un carro lleno de verdores y de botellas de sidra.

Al llegar a este punto, el compadre de Pachón sonrió acordándose de la *moña* [1] monumental que, mediante una verdadera jauría de *perrinas* [2], sacara del carro para encasquetársela hasta las orejas. En plata: que la borrachera de Casielles le llevó media vara, lo menos, a la del Patriarca Noé.

El buen aldeano, a la manera que el *memorialista* de la zarzuela, guardaba su miajita de ortografía para las ocasiones; era poseedor de cierto caudalillo de filosofía práctica, que, no obstante sus cortas luces, aplicaba con tino.

Buscó, pues, en los pliegues de la memoria, y se tropezó con esta máxima epicúrea, aplicable al caso como parche de ungüento al uñero: «Al cuerpo hay que le dar lo que pide, mas que el alma se enrabie.»

Y, por ello, el pensamiento de Casielles, desde el varal del carro, tendió, por último, el vuelo rastrero de las gaviotas, cuando pescan sardinas, hacia «la fuente de Saltarua, que fai a la xente aguda», al anochecer y tras de una de aquellas

---

(1) *Borrachera*. Término muy familiar en Asturias.
(2) *Perra chica*. Moneda de cinco céntimos.

gentiles menestralas de Gijón de las que cuentan las malas lenguas, que vienen a Candás el 14 de septiembre «a ganar pa el refaxo».

Casielles, relamiéndose, pareció *remocicar...* [1]; pero, súbitamente, como si sintiera en la nuca la maza del carnicero que abate la res, abrió los ojos y la boca de par en par, dió un grito, dejó caer la navaja, que fué a clavarse en el fondo de la barca, temblando a manera de dardo que da en el blanco, y rompió, por fin, a llorar, como lloraría un elefante en leche.

¡¡*Con las glorias...*, y de tanto pensar en ello, se había olvidado por completo de la astilla del Cristo; de los ruegos e instrucciones de Benita, sobre el modo y manera de procurarse la reliquia; de la salvación, en fin, de su querido compadre!!

III

Cuando, de vuelta de Candás, volvió a entrar Casielles en la alcoba de Pachón, tenía ya éste quebrado el cristal de las pupilas, el aliento suspiroso, sudores fríos inundaban su escuálido cuerpo de pies a cabeza, y con las manos, manojos de sarmientos, inciertas y temblonas, se afanaba por estirar el embozo de la cama.

---

(1) *Rejuvenecer*. «Siluetas ovetenses», pág. 42.

Ver Benita a su padre, preguntarle rápidamente «¿La traes?», y gritar a Pachón, con voz llena de caricias, mientras hacía por incorporarle; fué todo uno:

—¡Padrino, padrino mío! ¡Aquí está su compadre con la astilla del Cristo! ¡Mírela, mírela!

Y, no de otra suerte que la mies revolcada en el fango por la tormenta primaveral, a los halagos del sol, cuando pasa aquélla, va irguiéndose poquito a poco, hoja por hoja, tallo por tallo, hasta recobrar gran parte de su esbeltez y lozanía; al moribundo, cuya faz cadavérica se iluminó a las voces de la joven, se le fué aclarando la vista y serenándosele el aliento, y dejó de sudar, y pudo, al fin, incorporarse, y con manos inciertas y temblonas se apoderó, afanoso, de la astilla, y, cubriéndola de besos balbucientes, rompió a llorar.

¡Se había salvado!

IV

—¿Cómo te las compusiste, padre, para alcanzar la reliquia? ¿El sacristán del Cristo cedió a tus ruegos y ofrecimientos? ¿Pudiste burlar la vigilancia, y cortar la astilla?—preguntaba Benita a su padre, una hora después del milagro y mientras Pachón dormía tranquilamente—.

Respóndeme, padre. Pareces dormido. ¿Qué te pasa?

—Pásame... pásame... Vuy a decírtelo, Benita mía: olvidéme de la astilla...

—¿Cómo?

—Sí, hija; *esa* que truje ye de la barca de Priorio; cortómela el rapaz para sacarme del apuro. ¿Cómo pudo sanar a mi compadre? No lo entiendo, Benita, no lo entiendo.

—Pues yo sí, padre mío.

—¿Tú?

—¡Claro! No es la astiella de la barca, ye la fe la que le salva.

RECURSO HEROICO

CHASCARRILLO

Para hacerse cargo del rejo material y espiritual que caracteriza a los naturales de Used, en el Reino de Aragón, baste saber que los muchachos juegan al toro, los peones con sendos látigos para fustigar constante y cruelmente a la fierecilla, y el chico que la representa, empuñando una navaja de grandes dimensiones, que clava bonitamente, dondequiera que sea, en el torero que coge.

Pascual, criado en semejante ambiente, era hombre de pelo en pecho; pero la Pilara, su mujer, había logrado acorralarle, convencida de que era él incapaz de ponerle una mano encima.

Harto Pascual de sufrir a Pilara, decidió echar media docena de canas al aire, para lo cual vino a Madrid con unas cuantas pesetas en la faja morada, que, dígase lo que se diga, y se dice todos los días en libros y periódicos mal informados—y escribieron Castelar y Pérez Galdós en historia y novela—; ni es ni fué nunca color del

Pendón de Castilla, ni mucho menos el de las Comunidades: no se encontró hasta ahora documento en que apoyar semejante aserto.

Discurriendo el buen aragonés por la calle de Toledo, no pudo por menos de sonreír, con amargura, recordando su hogar, cuando vió a la puerta de una alpargatería, cercana a la iglesia de San Isidro, grueso haz de varas de fresno, bien mondados los nudos, que lucía, en todo lo alto, un cartelón con el siguiente letrero en buena letra bastarda española: «Abrigos de señora. A dos reales la prenda.»

«—¡Falta le hace uno de éstos a la Pilara!»

Despeado de recorrer la Villa y Corte, de la estación de los Caminos de Hierro del Norte a la basílica de Atocha, y desde los cementerios, allende el puente de Segovia, al Hipódromo de la Castellana; durante una siesta dió Pascual con su cuerpo en la Casa de Fieras del Retiro.

El «rey de los animales», al par que representación tan importante en el escudo de armas nacional, estaba bastante enfermo con un entripado y era indispensable y urgente administrarle lavativas y vomitivos. Pero ¿quién conseguía poner el cascabel a semejante gatazo?

Aunque viejo y febril, el león se debatía furioso, rugiendo espantosamente, dando saltos tremendos y arañando los muros y los barrotes de

las rejas, sin que pudieran aprisionarle dentro de cierta red de alambre, ni acorralarlo en los rincones de la jaula, valiéndose de unos cuantos hierros o palanquetas, atravesados para reducir aquél.

Desgraciadamente, el domador y varios de sus ayudantes, mozos de la Casa de Fieras Municipal, no poseían las condiciones naturales ni los dones emanados de la gracia divina a que alude el apóstol San Pablo, en sus «Epístolas a los Hebreos», cuando dice, refiriéndose a Sansón, David y Daniel: «Por la fe taparon la boca a los leones.» Así es que los hombres iban y venían de un lado a otro, sudando tinta china, que es de todas la mejor—según dicen—, y no sabiendo de qué recurso echar mano.

Entretanto, la fiera se mostraba cada vez más furiosa y desatentada.

Del lado del público que presenciaba semejante escena, hombres y mujeres se arremolinaban interesadísimos, no faltando, como siempre acontece, arbitristas que proponían las soluciones más absurdas.

En primera fila, la cabeza descansando entre los barrotes de la reja que establece un corredor desde las jaulas de las fieras a la plaza-jardín en cuyo centro campea el gran quiosco de los monos; el buen Pascual presenciaba las inútiles ten-

tativas del hombre para rendir la fiereza del hermoso animal. Apoyando el mentón sobre las manos, cruzadas, y éstas encima de gruesa garrota, Pascual rumiaba recuerdos, evocando los del hogar propio y las batallas caseras libradas con la Pilara, siempre victoriosa.

De pronto, nuestro héroe se irguió gritando herido por súbita y felicísima idea, encarándose con el domador y los mozos, mientras señalaba al león indómito:

«—¡Re... contra! ¡Casarle, casarle, y se entregará como un corderico!»

DE CUBA AL CIELO

CUENTO

La mañana era hermosísima.

El sol de España, el de Madrid, más chispero que cuantos nacieron en el barrio de Maravillas, y tesoro inagotable que no pueden disputarnos, a Dios gracias, ni los *yankees* ni los mambises; lo mismo arrancaba destellos en el limpio casco de un soldado de la Escolta Real, centinela a la puerta del cuartel, que vidriosos reflejos en el charco, entre el barro, a ambos lados de los railes del tranvía.

En el paseo donde se alza la estatua del General Cassola comenzaban a reverdecer los más de los árboles; al Manzanares, velado por las brumas, podía tomársele por el Guadalquivir, y los gorriones, que picoteaban en medio del arroyo o se daban el pico en el alero, parecían remedar con sus píos a los ruiseñores que en Mayo enamoran en las frondosas alamedas de la Alhambra.

Repito que era hermosísima la mañana y más alegre que un bautizo.

Iba yo en un tranvía del Barrio de Argüelles hacia el Jardín de Aclimatación, de cara al río, recreándome en las hermosuras que he apuntado y leyendo *El Imparcial* poquito a poco.

En pie, sobre el banco frontero, una niña, rubia, preciosa, muy limpita y modestamente vestida, aunque con mucho gusto, aprovechando las distracciones de su madre, que ya le había reprendido dulcemente más de una vez, se entretenía en despegar del cristal un anuncio del Bazar X.

Casi siempre que yo alzaba los ojos del periódico—y era, como dije, muy a menudo—la niña volvía la cabeza sonriendo.

Era de la edad de mi hija; nos hicimos amigos en seguida.

La madre, con el naturalísimo afán de lucir las gracias de aquel angelito de dos años, después de alisarle el dorado flequillo y de besarla en mitad de la frente, le dijo:

—Este caballero no sabe cómo te llamas...

—*Audodita.*

—¿Aurorita de qué?

La chicuela pronunció un apellido, que no pude entender, en su lengua borrosa.

—Aurorita Bostendiú y Martínez—añadió la madre—. ¿Y dónde está papá, cielo mío?

—En *Puba*—respondió la criatura; y señaló al horizonte con un dedito, que parecía pétalo de rosa abarquillado.

—¡En Cuba!—repitió la madre suspirando.

En aquel momento se paró el tranvía, y yo, volviendo a mi *Imparcial,* me fijé en un telegrama de la guerra, entre otros de los que publicaba el diario.

Era aquél tan lacónico como expresivo.

Un nombre que parecía destacarse del impreso, fijó mi atención: devoré el relato con la vista.

Fué obra de un instante la lectura, y de otro que se me oprimiera el corazón, como si la mano de un gigante me lo estrujase.

El despacho telegráfico narraba la heroica defensa de un fuerte atacado en Cuba por la gentuza que tiene el alma del color del rostro: de betún con brillo y que no lo presta.

El jefe de la guarnición, el Capitán Bostendiú, acribillado a balazos, había muerto como mueren los blancos, los cristianos, los caballeros: el revólver en una mano; en la otra el machete, tinto en sangre; en los labios un ¡viva España!, y el pensamiento en Dios.

El Imparcial no podía decir si para el infortunado Capitán, en aquellos instantes supremos, fué esponja empapada en hiel el recuerdo de la infeliz mujer que se alejaba de mí, acariciando

los bucles de oro de la huérfana, y el recuerdo de Aurorita, que se volvió por última vez repitiendo mientras sonreía feliz e inocente.

—En *Puba*... En *Puba*...

—¡En el cielo!...—murmuré yo, secándome una lágrima con el revés de la mano.

¡Melones a cala, melones!

CHASCARRILLO

—¡Los llevo de la «Huerta de los Santos», más durses que las arropías! ¡Melones, melones a cala!

Así pregonaba, desgañitándose, durante aquella siesta, el grandísimo tuno.

Vaya usted a saber de dónde procedería la fruta, tan cacareada; pero es lo cierto, eso sí, que los melones de la «Huerta de los Santos»—en Lucena de Córdoba—son únicos, como las naranjas de Gibraleón, en la provincia de Huelva, el jamón de Trevélez, Granada, y los boquerones de Málaga. Dulces, jugosísimos, carnosos y enteros, pueden echar roncas con los melones valencianos, con los de Villaconejos y con cuantos se crían famosos, maduran y se venden en toda España. Poco va del que sale bueno de verdad, a la más tierna, perfumada y chorreando almíbar, piña de América.

Al insistente reclamo del pregón, salió a la

puerta de San Francisco, por la sacristía, el señor cura, con su hermana, para mercar una de aquellas exquisiteces.

El melonero sacó de la faja una faca de buen tamaño, la puso sobre el aparejo del burro que, en dos serones, traía la fruta; eligió, con mucha pachorra, un ejemplar; con los pulgares apretó la pieza por ambas puntas, luego bailó el melón en la mano para ponderar el peso, requirió la faca y, apoyando aquél sobre la faja, con la diestra hincó el cuchillo en la verde y crujiente corteza, sacando, por fin, de las entrañas del orondo fruto una jugosa pirámide amarilla, que ofreció al sacerdote, tomándola, pulidamente, por la verde base, con las puntas del pulgar y el índice.

No bien se metió el cura el cacho de melón en la boca y le clavó los dientes, inundándosele aquélla de agua; hizo una mueca terrible y escupió la tajada, como si hubiese sido la esponja de hiel y vinagre que le dieron a Nuestro Señor en la punta de una caña, para que apagase la sed, la gentuza del Calvario.

Entonces el melonero, dirigiéndose impertérrito a la hermana del cura, la increpó de esta suerte:

—¡¡Ceñora, traiga osté una miaja de agua pa el pare: ¿no está osté viendo que sa empalagao con er durse?!!

LITA

CUENTO

Muchas veces ya, en la fuente de *Saltarua,* en la playa—mientras aguardaban la vuelta de las traineras que habían salido *a la sardina*—; en el porche de la iglesia, después de Misa; en la *Plaza de la Constitución,* los domingos, entre baile y baile...; por fin, a veinte varas de la tienda-correos, las mozas, las comadres y algún que otro zagalón de Arbás habían tratado del caso. Y era éste, el cambio radicalísimo que venía operándose en el humor de D. Cleto, jefe de la Cartería y dueño de los ultramarinos, taberna y botica, todo en una pieza, únicos establecimientos en su género del pueblo.

Una mozuela, más avispada y observadora que la generalidad, fijaba el comienzo de las cavilaciones de D. Cleto, poco después de la muerte de su tío el párroco de Contrueces y a raíz de haber tomado aquél posesión de la herencia. Consistió ella en media docena de prados de buena calidad,

en dos tierrezuelas propias para el cultivo del maíz, su poquito de *papel del Gobierno* y una librería tan grande, tan grande, que proporcionó carga muy cumplida para un carro de los mayores, que la trajo hasta Arbás.

Quejábanse las muchachas guapas de que el cartero-ultramarino, víctima de grandes preocupaciones, no las acariciaba ya, como solía antes, al descuido, los brazos desnudos o el hoyito de la barba, so pretexto de quitarles una mota, mientras escurría en la botella de vidrio la medida aceitera de hoja de lata, acostada en el embudo, o hacía un primoroso cucurucho de papel de estraza para envolver arroz o fríjoles negros. Aquellos inocentes escarceos, que pagaba algunas veces el pobre viejo colmando las medidas de cereales y de líquidos; no habían vuelto a repetirse desde que llegó al pueblo la pícara librería. D. Cleto, al que siempre le habían tirado un poco las antigüedades, gastaba, desde aquella fecha, poquísimas palabras, medía lo justo, entregaba las cartas de los novios (soldados en la Península y en Ultramar), sin comentarios maliciosos de ninguna especie, y no había ya rapaz que pudiera alabarse de haber conseguido—como en otros tiempos—un par de triquitraques a cambio de un mandado.

Durante la siesta, en los meses calurosos, no bien despachaba el correo o las medicinas, dejaba

a Micaelita al cuidado del establecimiento y se perdía en las obscuridades de la trastienda para devorar allí un libraco tras otro.

Y vino el invierno, y en los días lluviosos, en que el despacho aminoraba, D. Cleto, sentado junto a la tarima del brasero, dale que le das a la lectura, no levantaba cabeza hasta las oraciones.

* * *

Soy poco aficionado al estudio de la prehistoria o protohistoria, no sé tampoco una sola palabra de geología ni menos de paleontología, y en botánica, me encuentro a la altura de los vendedores ambulantes que, arreando al florido borriquillo, pregonan por las calles de Madrid *el tiesto de claveles dobles*. Por todo lo cual, de la *Gruta de los Diamantes* puedo decir muy poca cosa *físicamente*. Que su entrada se ve cubierta en todo tiempo, aunque sólo en parte, de frondosísimos matorrales. Que, así y todo, no es difícil, como la de otras muchas viviendas primitivas, en las que es preciso entrar a gatas. Que ha servido, quizás desde el Diluvio, y suele servir aún, de encerradero de ganado lanar y cabrío, sobre todo en los meses de calor. Que debe su nombre a las filtraciones de la bóveda, menudas gotas que un rayo de sol, atravesando las zarzas del ingreso, des-

compone en los colores del prisma, por lo que deberían conocerla en el país más propiamente por la *Cueva de las piedras preciosas.* Se compone, como si dijéramos, de sala con dos gabinetes, uno a cada extremo de aquélla. Entrando, se desciende en suave rampa hasta el centro de la habitación mayor, y desde allí, se contempla la puerta, a la altura de una claraboya muy grande.

Las paredes de la sala parecen, a primera vista, de construcción moderna y hasta enlucidas por algunos sitios. Por lo que proporcionaron en todo tiempo materia escriptoria a los gansos del pueblo y al vulgo de los visitantes.

El techo y los muros, llamémoslos así, de los gabinetes, sobre todo del de la derecha entrando, ofrecen superficies quebradísimas: parecen atacados de colosales viruelas confluyentes, entre las que, de trecho en trecho, brotan frescas matas de culantrillo. Por fin, dentro de la cueva huele agradablemente a búcaro mejicano humedecido.

Si no me ocurre más amplia descripción física de la gruta, podría, en cambio, llenar muchos números de *La Nación* de Buenos Aires, pongo por caso, describiendo pérdidas y hallazgos amorosos ocurridos en aquel solitario paraje. Quédese para otro día; consignemos que la gente más desocupada de Arbás, los murmuradores de uno y otro sexo, habían observado que, a medida que Don

Cleto se enfrascaba más y más en la lectura de los librotes de su difunto tío, el párroco de Contrueces, menudeaban también las visitas del cartero-ultramarino a la *Cueva de los Diamantes*.

Nadie, sin embargo, había podido averiguar la causa. Ni *Manano, el tonto del pueblo*, que solía pasarse las horas muertas en la gruta, sabía a qué iba a ella D. Cleto. Bien es verdad que el pobre imbécil aprovechaba las ausencias del ultramarino para rondar su tienda y deleitarse contemplando a Micaelita.

Todo era en ella diminuto, menos la bondad que rebosaba su alma, tan grande, que parecía mentira cómo cupiese en el mezquino estuche.

Al tonto correspondía, sin duda, el privilegio de haber adivinado aquellos tesoros, en los que, no obstante la carnaza de los pesos duros ahorrados por D. Cleto, ningún mocito del pueblo reparó.

Micaelita, con melancólica complacencia, trataba de corresponder a la idolatría de *Manano*, obsequiándole con mil chucherías y vistiéndole, en las cuatro estaciones, con los desechos paternos. Siempre que el tonto recibía un obsequio cualquiera de su amada, dando cuatro brincos como un buche, rebuznaba esta jerga incomprensible:

«—¡Mija, remija, zapalatija, viva mi Lita!»

* * *

Hasta el maestro de escuela, que tenía ojeriza a D. Cleto desde que éste *se metió a sabio,* tuvo que confesar, a regañadientes, que el descubrimiento se galleaba, casi, casi, con el de América.

¡Ahí es nada..., una inscripción de la epigrafía cartaginesa!

Entre los libros del párroco, había encontrado su sobrino un curioso y extenso manuscrito relativo a la dominación ejercida, duranto cuatro siglos, poco más o menos, sobre España *libre, feliz e independiente,* por los *traidores* que se *fingieron amigos para ser señores.*

Don Cleto se engolfó primero en la lectura del infolio y después en la de cuanto libraco podía tener con él relación mediata o inmediata. Estudiaba el alfabeto cartaginés o feniciolítico en la Enciclopedia de Montaner y Simón, cuando una mañana, visitando con un forastero la *Cueva de los Diamantes,* le pareció ver escritos sobre un pedrusco, en lugar muy oculto del *gabinete* de la derecha, caracteres extraños y al parecer semejantísimos a los del abecedario cuyo estudio tanto le entretenía. Volvió después muchas veces solo a la gruta; examinó detenidamente el letrero, cuyos signos parecían trazados con almazarrón; hizo una copia muy fiel, y siguió estudiando, sin comunicar a nadie sus sospechas. Se suscribió después al *Boletín de la Real Academia de la*

Historia, ingresó en la Sociedad de excursionistas de la provincia, y trabó relaciones con dos individuos de la *Comisión de monumentos.* Por fin, cuando hubo examinado con gran detención, comparándolas entre sí, reproducciones gráficas de las conocidas monedas cartaginesas de Malaca (Málaga) y Ebussus (Ibiza), y el facsímile del letrero de la caverna, se decidió a publicar su estupenda invención. No cabía duda: los signos de aquellas piezas numismáticas, que llevan cabezas varoniles cubiertas con un cubilete idéntico al de fieltro blanco con que juegan los payasos en nuestros circos, templo tetrástilo y salvajes de los coros de *La Africana;* eran los mismos caracteres pintados en la piedra de la cueva. D. Cleto no había podido averiguar exactamente la prosodia del idioma semita que hablaba el pueblo al que *España se abrió incautamente;* pero, aceptando la correspondencia del alfabeto púnico con el nuestro, en la piedra se leía *Lita.* ¿Sería el nombre, en cartaginés, del bonito? ¿Sería el nombre de un héroe? Esto ya era harina de otro costal, y para averiguarlo se imponía más detenida molienda.

* * *

A la entrada de la *Cueva de los Diamantes* montaban la guardia de honor e impedían el ingreso a la turbamulta de pescadores y aldeanos

que trillaban los zarzales atropellándose por pasar; el único servidor armado del Municipio y el alguacil del Juez municipal. Dentro, el señor Cura, el Alcalde, el Maestro de escuela y unas cuantas personas más, de calidad en Arbás, rodeaban silenciosos a los dos individuos de la Comisión provincial de Monumentos, amigos de D. Cleto, quienes, provistos, como los demás, de sendas antorchas, asentían por completo a las observaciones del ultramarino relativas a su estupenda invención. El Sr. Anacleto, radiante de felicidad, iba explicando, en tono mesurado, el proceso del descubrimiento, y cada vez que los sabios forasteros le daban la razón, se complacía él en mirar al Maestro de escuela, visiblemente contrariado.

Llegó, por fin, la ocasión de aventurar hipótesis relativas a la lectura del vocablo famoso, y no bien soltó D. Cleto la especie de que allí podía decir *Rapi,* cuando retumbó en la gruta la más estrepitosa carcajada.

En un rincón, hasta entonces inadvertido, estaba, en cuclillas, *Manano,* metiéndose ambos puños en los ijares.

—*¡Rapi, Rapi!...* ¡Jajá... jajá... jajá!... *¡Rapi!*

Y no conseguían hacerle callar. Por fin, enarboló el Alcalde su vara sobre la cabeza del imbécil, gritándole:

—¿Di, animal, por qué te ríes? Habla, o te deslomo.

—*Rapi, Rapi*... ahí no dice.

—¿Pues qué dice, bestia?

—Bestia, no; dice *Lita... Lita...*; ¡si lo sabré yo, que lo he ponío!

—¿Lita?—murmuró D. Cleto, que agonizaba—. ¿Lita?... ¿Y qué quiere decir eso?

—Pus Micaelita, el nombre de la su fija.

Y el tonto, abriéndose paso a coces y empellones, salió disparado de la cueva, dando saltos como un buche, mientras rebuznaba con más furia que nunca.

—¡Mija, remija, zapalatija, viva mi Lita, mi Lita!

Al mísero D. Cleto lo llevaron entre cuatro a la tienda-correos, y meses después realizó el comercio y fué trasladado por la Dirección, con ascenso, a servir en un pueblo lejano.

Ni Job hubiese aguantado en Arbás la cantaleta y vaya sempiterna que chicos y grandes, en su casa y a espaldas del paciente, le daban, coreando a *Manano,* con: *¡Lita, viva mi Lita!*

"MISERERE NOBIS"

CHASCARRILLO

Vivían en el pueblo dos viejas hermanas, las cuales, en sus buenos tiempos, habían sido más alegres que un collar de cascabeles. Hartas de solomillo, se contentaban ahora con cordilla, y metidas a beatas, vivían de una modestísima pensión que el Párroco les pasaba de los fondos destinados a limosnas.

Murió el excelente sacerdote, y su sucesor, dispuesto a llevar a cabo, como todos los Ministros de Hacienda, ¡Dios ponga tiento en sus manos!, reformas y economías; al examinar las cuentas parroquiales, tachó de un plumazo la partida relativa a las mentadas viejas, comunicándoles que ya podían buscarse la vida de otro modo.

Después de discurrir mucho sobre su infortunio, decidieron las infelices acudir al Prelado; pero como no sabían escribir, encomendaron la redacción de la solicitud al sacristán, que era amigo, y que les encargó el mayor secreto, no

fuera a disgustarse el señor Cura por aquel paso, tomándolo a modo de apelación de la sentencia recaída.

El sacristán endilgó la instancia en la forma que sigue: «Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo: El Párroco de este pueblo, que falleció poco ha, era un *agnus Dei,* el de ahora es un *qui tollis,* y como nosotras no estamos ya para *peccata mundi..., miserere nobis.*»

EL INCUNABLE

CUENTO

Cuantas veces paso por delante del armario C, de la Sala II, aunque sea en el mes de diciembre, me parece que la caldeada atmósfera de aquella inolvidable siesta de julio me envuelve y penetra hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.

Tras el limpio cristal de gran estante de caoba maciza, y a la mitad del plúteo tercero, entre dos libros vestidos de antigua y chillona pasta valenciana, se destaca la roja lomera (legítimo tafilete) del *Durandus* impreso por Fust en Maguncia, año de 1459.

¿Cómo ingresó esta joya tipográfica en la Biblioteca? Ni yo he podido averiguarlo, por más que hice, ni viene a cuento hablar de ello.

De lo que estoy tan seguro como de haber nacido, es de la procedencia del ejemplar.

Es el mismo que, hace veinticinco años, «aquella inolvidable siesta de julio» hojeábamos Tere-

silla y yo, en el despacho de su tío, tutor y verdugo D. Martín, quien debe de estar saltando en las calderas de Pedro Botero, sin concluir jamás de convertirse en chicharrón.

No cabe duda: la encuadernación, por las tapas, las guardas y los cortes, característica de los libros de lujo de la época de Carlos III; el tercer tejuelo con la indicación *In membranis;* al verso de la primera guarda, el conocido *ex-libris* del Conde de Mansilla, que lleva sobre la corona ducal del escudo una filacteria con la sentencia latina *Ars longa, vita brevis;* en el folio VI, desgarrada la vitela y cosida con bramante azul; en el XX, una gran picadura o maca de la piel...; y sobre estas señas particulares y otras, al alcance de cualquier bibliógrafo con vista, una que ni el mismísimo D. Bartolomé José Gallardo, si resucitase, sería capaz de relacionar exactamente en la papeleta del *Durandus* objeto de estas referencias y espuela de mis recuerdos más gratos. Es, a saber: ¡la impresión, en carmín, de la yema de los deditos índice y pulgar de Teresilla en el recto y al verso del ángulo inferior de la hoja LVIII!

* * *

Más satisfecho que diputado primerizo en posesión de un acta limpia, llegué, muy entrada la

tarde, a casa de mi novia, llevándole, para que se recreara, enrollado en una caña, a modo de cetro o de antiguo bastón de general, el título de Archivero, Bibliotecario y Anticuario, que acababa de ganarme sin recomendaciones.

Teresilla me recibió, como en aquella ciudad solían hacerlo a los Duques de Medinaceli, cuando iban a posesionarse de sus estados.

La casa, desde el portal a los graneros, parecía barnizada de muñequilla; las flores, en tiestos, vasos, jardineras y esparcidas por los muebles, podían segarse; el surtidor de la fuente, a toda llave, llegaba de cuando en cuando a regar la lona del toldo, en el patio principal; jilgueros, canarios y mirlos, como si obedecieran la orden del día, comunicada por la Reina, entonaron al unísono sus arpegios más elegidos; y hasta Perico, el negrísimo y arisco gatazo granadino, regalo de un Canónigo del Sacro-Monte, bajó al pie mismo de la escalera, detrás de mi novia, haciendo el arco del puente, carretón y con la cola tiesa como poste telegráfico.

Don Martín, siempre aprovechando, interrumpió los cálculos que hacía sobre su voluminoso cuaderno de cuentas corrientes, y alargándome un pitillo del estanco, exclamó con retintín:

—Bien venido, muchacho; ya me dijo tu madre, que con buena nota has ganado el título de ratón

de papeluchos: poca cosa es; pero, en fin, más vale eso que nada. Y a propósito: un primo mío lejano, Beneficiado, ya sabes... el del gato, tuvo hace cuatro meses el mal gusto de morirse. Me debía unos cuartejos y, en pago, me dejó sus libros, que me parece no valen la cuarta parte de la suma que le presté. En uno de ellos, muy grandote, y en latín, he hallado esta nota.—Aquí D. Martín, que era hombre de mucho orden, tiró de un cajón de su mesa de despacho (en el que nos encontrábamos) y, dando en seguida con un papel en forma de volante, que debió de servir de registro al volumen, me lo alargó, añadiendo: —Lee: el primer renglón es de letra del Beneficiado; lo demás, de otra persona, de tu carrera sin duda, a quien mi pariente debió de consultar.

El volante decía:

«*Nota Benissime*», en grandes letras de tinta roja; luego, en caracteres menudillos y nerviosos: «*Sobre el Durandus.*»

«Si el ejemplar lleva la fecha del 6 de octubre de 1459, es de la primera edición; y si, como muchos bibliógrafos pretenden, los salterios del 1457 y 59 están impresos en caracteres de madera, aquél sería *el primer libro estampado con caracteres movibles fundidos,* en el que se encuentra *la fecha y el nombre del impresor.*

»Hay dos clases de ejemplares: unos que se

distinguen por las iniciales, grabadas en madera, que van a la cabeza de cada libro, y que ya se habían empleado por Fust y Schoeffer en los salterios antedichos; y otros porque, en vez de aquéllas, llevan letras pintadas con diversos colores.»

—¿Te has hecho cargo de lo que deseo?—me preguntó el tío de Teresilla con tono impaciente, no bien notó que yo concluía de leer con algún detenimiento la anterior nota bibliográfica.

—Creo que sí. Usted quiere saber lo que vale el libro. ¿No es eso?

—¡Naturalmente!

—Pues, para complacerle, necesito, primero, examinar el volumen muy despacio y ver si reune las circunstancias especificadas en esta nota, y después, escribir a mi maestro, porque no tengo aquí bibliografías ni catálogos donde ver qué precios alcanzaron ejemplares del *Durandus* de la misma edición.

—Pues manos a la obra, que el tiempo es oro. Instálate en ese gabinetillo con Teresa. Ella te dará el tomazo colorado. Mucho juicio, ¿eh?... Ahora dejadme concluir estas cuentas. Cuida tú, muchacha, de que María Antonia no nos haga aguardar como siempre: la cena, a las ocho en punto. No te digo que nos acompañes, porque hoy no vas a dejar sola a tu madre; mañana...

—¿Se puede? Interrumpió en aquel momento

el mulero, colándose de rondón, sin aguardar a que le dieran licencia.

—¿Qué ocurre, Lorenzo?

—Naa, que a la *Generala* la ha dao un dolor que se hace porvo revolcándose en el suelo.

La *Generala* era una magnífica *mula de paso,* cabalgadura de D. Martín, quien la tenía en más estima que Calígula a *Incitatus,* cuando lo nombró Cónsul. El viejo usurero salió disparado tras de Lorenzo, dejándose todas las puertas abiertas y diciéndonos:

—Vuelvo en seguida.

Nos quedamos completamente solos Teresilla y yo.

* * *

De cuantos mezquinos, legítimos e instantáneos placeres ofrece esta broma pesadísima que llamamos vida, no creo que haya ninguno comparable al que experimenta el hombre que comparte las propias aficiones con la mujer amada, y con ella trabaja, o la tiene por público.

Oírla recitar nuestros versos, sin estropearlos; tocar y cantar juntos; tenerla de modelo; verla, en fin, entusiasmarse con nuestros triunfos en la carrera, en el oficio, o en la afición que nos domina; constituye una felicidad casi sobrehumana.

En España, donde no abundan las mujeres muy dadas a las lecturas profanas, bien elegidas, es casi inútil buscarlas con conocimientos suficientes para apreciar el mérito de un libro, sólo por sus condiciones materiales.

Si existen entre nosotros algunas señoras con aquellos gustos y nociones, serán tan contadas como las que no hablen jamás de moños, modistas y franchutas constructoras de sombreros.

Yo, que fuí muy mediano estudiante de Derecho, tuve siempre grandísima afición a libros viejos y modernos, bien impresos o encuadernados. Se puede tener pasión por las flores y no saber una palabra de Botánica.

Mi incipiente bibliomanía me impulsó, primero, a seguir la carrera de Archivero, Bibliotecario y Anticuario, y luego, a iniciar a mi novia en los secretos del oficio.

Teresilla compartió conmigo muy pronto *la chifladura*.

Mucho teníamos que hablar de nuestras cosas aquella tarde, pero mi novia ardía, como yo, en deseos de que examinásemos juntos el famoso incunable. Y no, ciertamente, para satisfacer la codicia de D. Martín y tenerle propicio, sino para recrearnos con aquella joya del arte tipográfico, al que es deudora la Humanidad de más conquistas que cuantas realizaron los capitanes famosos

por mar y tierra, desde Josué a Shafter y del Cónsul Duilio a Dewey.

El gabinetillo donde nos instalamos servía como de desahogo al amplio despacho de D. Martín. Las paredes de aquel retrete o camarín estaban cubiertas de arriba abajo por una viejísima estantería de pino embadurnado de almagre. En sus tablas, perfectamente coleccionados, guardaba el tutor de Teresilla periódicos, revistas, copiadores de cartas, facturas, correspondencia de negocios, botes de tinta ya vacíos, frascos de goma, mazos de balduque y cajas de obleas. En una palabra, la habitacioncita era, a la vez, archivo, depósito de útiles de escritorio y hasta cuarto de aseo, teniendo en cuenta que, en dos rincones fronteros, se veían una aljofaina, en su pie de hierro, con toallero del propio metal, y una mesa de noche, cilíndrica, de rica caoba y bronces.

En el fondo del gabinete, y frente al hueco de la puerta que comunicaba con el despacho—hueco velado por un biombo japonés—había una mesa de nogal muy capaz, sin cajones, de las de hierros dorados con purpurina y en forma de X, que van desde el revés del tablero a los travesaños de las patas. Detrás de la mesa, un viejo sillón frailuno de baqueta, y a los lados dos sillas de Cabra.

Don Martín, empleando un término usado en las

Administraciones de Correos, llamaba a aquélla su *mesa de batalla*, dando a entender que, como hacen en tales Oficinas, se servía del mueble, exclusivamente, para distribuir y clasificar, sobre el ancho y despejado tablero, papeles que guardaba en seguida en los respectivos legajos del archivo.

Sobre la *mesa de batalla* abrimos el *Durandus*. Yo me senté en el frailuno y mi novia se arrodilló en una de las sillas de Cabra, de espaldas al balcón que daba al huerto, y que tenía por cortina un frondosísimo jazmín real.

En sus orientales perfumes se impregnaba la brisa caliginosa que subía del huerto, y así rezumaba tres finas tallas de la Rambla, formadas en el tallero de pino, como bordaba de brillantes líquidos el cuello y el nacimiento del pecho de Teresilla.

Libre éste de la tiranía del corsé, y dibujando sus proporcionadas curvas en una fina chapona de color de rosa, se dilataba y deprimía suavemente, como cabecea la gallardísima balandra anclada en el puerto, a impulsos de la resaca.

Había clavado Teresilla sus desnudos y redondos codos en el tablero y sus pupilas azules en la vitela del incunable, atenta a mis observaciones y haciéndolas ella, a menudo, muy oportunas. De pronto, el mixto de canario y jilguero, que, sin cesar en sus trinos, saltaba del carrizo a la alam-

brera y del columpio al comedero, volcó el bañito de cristal, y como la jaula comenzase a chorrear, salpicando desde el hueco del balcón el lustroso entablado del gabinete, corrió mi novia a remediar el percance.

Aún me recreo, recordándola encaramada en la silla para alcanzar la jaula.

Al bajar, se le enganchó el vestido en un clavo del asiento...

—¡No mires, tonto!—me dijo, poniéndose tan encarnada como las «galas de Francia» que en un tiesto, sin proponérselo, acababa de regar el pájaro.

Teresilla volvió a arrodillarse, trayendo en la boca una de aquellas flores, que parecen refrescar la atmósfera en las ardorosas y tranquilas horas de las siestas andaluzas.

Desde aquel momento, aunque seguimos hojeando el *Durandus,* ni ella ni yo parábamos mientes en los sucesivos primores del incunable.

—Sigue, sigue—me decía a cada instante, mientras con los dientes, menuditos y blancos, iba arrancando pintados pétalos a la «gala de Francia», para mordisquearlos, y, en los labios, encendidos y jugosos, como guindas de Priego a medio madurar, hacerlos luego bolitas con la punta de la lengua.

—Sigue—repetía siempre cuando yo me que-

daba suspenso a medio volver la hoja, mirándome extasiado en sus ojos azules, o contemplando con envidia los triturados despojos de la florecilla.

—Anda, dame esa hojita...

—¡Jesús, qué porquería!—me respondió, sacándose precipitadamente de la boca la última bolita y tirándola al huerto por el balcón—. ¡Cuánto tarda mi tío! Sigue, plomo.

Y como quisiese hacerme volver a la fuerza la hoja LVIII, poniendo las manos en el incunable, imprimió en aquélla, por el recto y por el verso la yema de los dedos, tintos en el carmín de la flor.

Al ver manchado el libro, ambos bibliófilos nos quedamos como si hubiéramos cometido una profanación.

Y fué el caso que el mixto puso sordina y comenzó a cantar muy piano y a compás más lento; que la brisa iba refrenando el vuelo para convertirse en triple esencia de jazmines, y que los brillantes líquidos, apenas brotados en el mórbido cuello de Teresa, rodaban suavemente paralelos hasta perderse debajo de la chapona.

Nos faltaba aire: como madre que sale al portal a recibir al hijo que vuelve de la guerra, nuestras almas se asomaban a los ojos.

Teresilla parecía mareada; inclinó hacia mí su rubia cabecita, que resbaló sobre la palma de la mano, alzando el flequillo y mostrándome de

lleno la frente purísima, y... en ella posé los labios, sin ruido, sin vehemencia, como se besa una reliquia.

—¿Es el primero, eh?—preguntó en aquel instante D. Martín, entrando.

—¿Qué dice usted?—respondí aterrado.

—¡Qué he de decir, bolonio!: que si, en efecto, resulta ese librote «el impreso con caracteres movibles, etc., etc.», como reza la nota...

—¡¡Ah!!—suspiramos, sin podernos contener, Teresilla y yo.

* * *

Treinta años han pasado: puede que ella no se acuerde del santo de mi nombre; pero cuantas veces paso por delante del armario C de la Sala II, aunque sea en el mes de diciembre, me parece que la caldeada atmósfera de aquella inolvidable siesta de julio me envuelve, penetrando hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.

Las tres potencias de un alma... de cántaro

HISTÓRICO

Aragonés más cerrado que bolsa de prestamista, y tan inocentón como un niño de pecho, era Sixto nuestro obligado pasatiempo, mientras fumábamos, en los descansos del modelo.

Admitido en el estudio para limpiarlo por las mañanas, así como las paletas del maestro y de los discípulos, y relegado al recibimiento toda la tarde, menos en los indicados entreactos; Sixto se aburría allí de muerte, como un loro metido en su jaulón. Le *estorbaba lo negro,* y, por consiguiente, no podía echar mano del gran recurso de la lectura.

No sé si alguno de mis condiscípulos se lo aconsejó, o si fué suya la ocurrencia; pero es el caso que con la tenacidad proverbial en los de su tierra se propuso *aprender de letras,* como él decía.

Después de hacernos rogar mucho para oírle,

consentimos, al fin, en enseñarle a leer entre cuatro y por turno.

A los tres meses, día más o menos, de ímprobo trabajo por ambas partes, había llegado Sixto a deletrear, *él solito,* sueltos enteros de *El Imparcial.*

Estaba contentísimo, asegurando que nos debía casi tanto como a su madre, la que, entre paréntesis, murió al echarle al mundo.

Una mañana, al entrar en el estudio, encontramos al pobre aragonés sumamente triste; no había quien le sacase del cuerpo dos palabras seguidas.

Nos pusimos delante del caballete respectivo, comentando mucho el caso, cuando, o la media hora de trabajo, se escucharon grandes sollozos en el recibimiento.

El maestro y los discípulos, paleta *endedada,* corrimos en auxilio de Sixto.

Con la cabeza entre las manos, y los codos sobre un veladorcillo lleno de periódicos e ilustraciones atrasadas, sentado en el banco, el pobre aragonés lloraba con indecible desesperación.

—¿Qué te sucede, mastuerzo?—le gritó el maestro—. Habla..., acaba de reventar.

—¡Ah, señor de mi alma, soy muy desgraciado; lo que a mí me sucede no le pasa a nadie!

—Pues ¿qué te pasa, infeliz?

—¡¡Que se me ha olvidado la lectura..., que ya no sé leer..., que no entiendo ni una letrica de este papel!!

Y, alzando la cabeza, cogió del velador, salpicado de lágrimas, y alargó al maestro, un número de... *The Illustrated London New.*

LA SENSITIVA

CUENTO INFANTIL

—Pues, señor...; pero aguarda: ¿Tú sabes qué cosa es la sensitiva?

—.....

—¿No? Pues mira: es una hierbecita de la familia de las legumbres, que nace y muere todos los años y se cría con mucha abundancia en el Brasil, tierra que está muy lejos y debajo de España. Las verdes y menudas hojas de la sensitiva se parecen bastante a las de acacia. No tiene, sin embargo, como ésta, espinas ni troncos leñosos. Es tierna, modesta, y tan humilde y medrosilla, que si vas a tocarla, se encoge toda y trata de ocultarse, como tú cuando escondes la cabecita bajo el embozo de la cuna, temerosa de la tormenta. ¿Sabes por qué la sensitiva se encoge y repliega sobre el tallo?

—.....

—¿No? Pues escucha: Voy a decírtelo tal y como, cuando yo tenía tus años, me lo refirió un

señor sacerdote tan ancianito y tan bueno como D. Tomás.

Ahora cruza las manos sobre la falda; así. Pon los pies en los palitroques de la silla, mírame cara a cara y no me preguntes hasta que concluya, porque, si no, dejo el cuento para otro día.

Principio.

Por los muchos pecados de todos los hombres malos y de los niños desobedientes, crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo, tal y como le ves a la cabecera de la cama de mamá.

Si al pincharte con un alfiler te duele tanto, ¡¡figúrate lo que padecería Jesús cuando sus verdugos le clavaron en la Cruz!!

El cielo se puso aquella tarde más negro que la ropa que vestimos por la muerte del abuelito. ¿Te acuerdas?

Las piedras, que parecían vivas, rodaban por el suelo con estrépito, sin que nadie las empujase. Perdieron las flores color y perfumes, y los pajarillos volaban aturdidos y con la pluma encrespada.

Las fuentes más pequeñas echaban mucha agua; los arroyos parecían ríos, y los ríos mares.

Jesús tenía muchísima sed, y su Santísima Madre, abrazada a la Cruz, no alcanzaba para darle de beber... sus lágrimas.

Por fin, rodeado y seguido de ángeles y queru-

bines, como la clueca de sus pollitos, el espíritu del Señor voló a la Gloria para reunirse a su Santísimo Padre, y la Virgen María se quedó sola al pie del madero del que pendía muerto el cuerpo del Salvador del Mundo.

Imagínate cuál sería tu pena si, de pronto, te quedases sin padre ni madre, de noche, abandonada en medio del campo, con hambre, con sed y sin sueño, sin comida, sin agua, sin cama y sin que nadie viniera a socorrerte por más que llorases.

¡Qué pena tan grande!, ¿verdad, hija mía?

Pues infinitamente mayor fué la de la Virgen Santísima cuando Jesús abandonó este mundo.

Del fondo del Sagrado Corazón de María se desprendieron entonces dos hermosísimas lágrimas, más cristalinas que todas las gotas de rocío que al amanecer tiemblan sobre las flores, y más relucientes que todos los diamantes que brillan en las coronas de los reyes.

Y aquellas dos lágrimas, que alumbraban como divinas luciérnagas las negruras del mónte Calvario, rodaron por las mejillas de María Santísima y fueron a caer sobre una sensitiva que crecía al pie de la Cruz.

La hierbecita se apresuró a plegar las hojas, avara de ocultar tan gran tesoro.

Desde entonces, temerosa si empre de que los

hombres se lo roben, cuantas veces una mano cualquiera va a tocar las hojas de la sensitiva, se encoge, velando a las miradas de los mortales las lágrimas de la Virgen y...

—.....

—...Me interrumpiste, y colorín, colorado.

LA MANO BLANCA

CUENTO

I

Cuatro veces, por lo menos, todos los días, y durante un mes largo, pasaba yo por delante de la casa número 9, calle de Mercaderes, en el pueblecito de Santestiaga, partido judicial de Pamplona, y siempre me paraba a contemplar, embelesado, aquella fachada, derroche de color, de luz y de alegría, llena para mí de misterios, de indefinible encanto.

Arriba, asombrado por ancho alero, a dos aguas y muy saliente, el viejo corredor o balcón de gruesos balaustres de castaño, torneados, apoyándose sobre grandes zapatas, o puntas de vigas, labradas toscamente, como el barandal de todo el ancho de la fachada. Por entre el maderamen, muy obscuro, semejando hierro oxidado, se desbordaban a modo de cascada, colgaban y se mecían al menor airecillo, como repostero de flores, frondosas matas

de geranios rojos, blancos y de color de rosa, sin que fuera posible adivinar siquiera, a través de aquellas galas, los tiestos, cajones o latas de conservas aprovechadas, en donde, arraigando, se mantenían siempre frescas, aun en los días más calurosos. Más abajo y en el centro del muro, enjalbegado, a trozos, groseramente, campeaba un escudo «partido», en el que no se acertaba a distinguir la indicación del «campo». Representaba, en el cuartel derecho, un corazoncito y dos medias lunas; en el izquierdo, la cruz de San Juan. El casco corona de estas armas miraba también hacia aquel lado, y el «lambrequín» que las enmarcaba, un tanto churrigueresco, era aún más rudo en su labor que el resto del blasón. A ambos lados del mismo, equidistantes, se abrían sendas ventanas, bien proporcionadas, con postigos interiores constantemente entornados, y desde más de tres cuartas partes de estos huecos caían otros dos brazados de geranios, semejantes a los del corredor, alternando con las plantas que llaman «llagas de Cristo» en Andalucía, rojas y de color salmón sus muchas flores. Por éstas y por las otras, diríase que, abarrotada la casa, no cabían en ella y se desbordaban hacia la calle, en busca de sol y de aire, si no fuese por una ventana del piso bajo, a la derecha de la puerta. Era ésta de arco bajo, ligerísimamente apuntado, y se mostraba como

hundida en la acera: en pequeño, con desproporción análoga al ingreso, por la calle de Alcalá, del Casino de Madrid. Al lado izquierdo de aquel portón, también cerrado de ordinario, se abría una saetera. En el derecho, la ventana que acabo de mentar, con marco de moldura granítica estilo del Renacimiento, muy carcomida, y de gruesos hierros, a través de los cuales, delante de las maderas, no abiertas quizá hacía bastantes años, asomaban varias ramas de castaño, con hojas y varas muy secas, que contrastaban fuertemente con la flora de arriba. A través del tosquísimo revoque, no de otra suerte que tela que muestra la trama, por vieja o estropeada, el muro, aquí y allá, enseñaba la piedra y la mezcla que unía los sillares. Sobre los trozos encalados a la altura del escudo se veían muchas salpicaduras que parecían producidas por una pelota embarrada.

A las horas de sol, y de noche, a la luz de la bombilla eléctrica del alumbrado municipal que desde un pescante de hierro lucía sobre la casa; cuando diluviaba, al obscurecer, al alba, a todas horas; el conjunto de aquellas piedras, del maderamen curtido por la intemperie, de las flores, a brazados, del escudo, de los musgos del alero..., de las ramas secas, creedme, ¡era hermosísimo! Si cualquier pintor escenográfico acertase a reproducir la fachada de la misteriosa casa número 9 de

calle de Mercaderes, en Santestiaga, conseguiría un éxito ruidoso. ¡Quién supiera pintar! Porque aquello no puede reproducirse fotográficamente. Como la calle es estrecha y la casa muy alta, el pobre edificio se abarca tan de abajo arriba, que, visto de frente, del balcón corrido no se vislumbra si no es el vigamen y la cortina de flores debajo del alero. Conforme se va hacia «la plaza» —frontón o juego de pelota—, vista la casa de costado, por aquello de que en todo, sobre la tierra, la poesía se mezcla con la prosa; se descubren, colgando en lo más alto de la pared del corredor, ristras de cebollas muy orondas. La casa, que debía de haber sufrido innumerables reparaciones y reformas, conservaba en el costado derecho un ventanillo ojivo, recuerdo tal vez de aquellos tiempos de dimes y diretes entre el Rey Católico Don Fernando V y los de Navarra D. Juan de Albret y Doña Catalina de Foix, tiempos sobre los cuales acababa de publicar un libro de más de cuatrocientas páginas D. Víctor Pradera, en el que ponía como rodilla de fogonero a los «nacionalistas» de tan noble región y antigua monarquía.

Indudable me parece que para un artista, para el público mismo, si se las presentasen en la escena encaradas, elegía, desde luego, por su belleza—prescindiendo momentáneamente de los alquileres—la casita de Santestiaga por encima de

la vasta manzana yanqui recién alzada en San Sebastián, en la Avenida de la Libertad, con fachadas a otras tres calles.

II

Acababa yo de leer en las *Obras completas* de D. Juan Valera que «hay una comedia de Tirso, *La celosa de sí misma*, donde el galán se enamora de la mano desnuda que ve a una dama tapada», cuando vi también por vez primera, entre los geranios «la mano blanca».

Aunque el fuego prende más y mejor en la paja que en el alcacer, en la yesca y en los sarmientos hacinados junto al hogar; a mis noviembres, y con los kilogramos de esta averiada humanidad, sólo es lícito prendarse del amor mismo, como recuerdo o como ensueño del que iluminó con el sol de mediodía nuestra juventud, o del que vemos pasar ahora en automóvil al obscurecer, fuera ya de nuestro alcance e imposible, ni a título de curiosidad, siempre impertinente y ridícula.

Pero ello es que, por el color y la forma, me impresionó desde luego hondamente aquella mano. Se parecía a las que, moldeadas en yeso, figuran entre el material de enseñanza de las clases de dibujo...

«Que de cuajada leche, por el amor formada, parecía llena de cavidades primorosas donde el mismo deleite se escondía.» Como también escribió D. Juan Valera.

De todas las partes de la mujer, es la mano la más característica, la que establece jerarquías. Una fregona «entrega la carta» con la mano, aunque esté disfrazada de princesa y le caigan bien las galas. Una dama lo acreditará siempre, por fea que sea, con tal que tenga manos finas, limpias y bien cuidadas.

Por algo «se pide a la mujer por su mano».

La que asomaba entre las flores del número 9 de la calle de Mercaderes en cuanto yo me detenía enfrente de la casa, llegó a ser para mí como una dulce pesadilla.

La vivienda lo decía muy claro: era en la actualidad, no obstante el escudo, habitación de modestos labradores. Por la puerta principal se entraba directamente en un establo. Las ventanas, siempre entornadas, denotaban que las personas, con los animales de labranza, venían a la casa sólo para dormir. En ella, por su aspecto externo, no parecía tampoco que pudiera alojarse durante el verano ninguna familia acomodada, de las forasteras que suelen pasarlo en Santestiaga.

¿Quién, pues, cultivaba aquellas flores con tan solícito esmero? ¿A quién pertenecía aquella mano

aristocrática, aterciopelada como las diamelas de Málaga, con uñas cuidadísimas, con dedos delgados, pero mórbidos, por los que dijérase que no circulaba la sangre; mano formada para volver las hojas de rico códice medieval; más que para acariciar, para dejarse besar como un relicario?

Alejarme, calle arriba o calle abajo, y desaparecer entre los geranios, era todo uno. ¿Se comprende ahora por qué he comenzado el relato de este verídico episodio diciendo que la casa número 9 «estaba llena para mí de misterios, de indefinible encanto»?

Sé que vais a decirme: «Hombre, nada más fácil y natural que haber preguntado por la incógnita a cualquier vecino, al párroco, al alcalde, a la dueña de la casa donde usted vivía.»

Es cierto; pero no lo es menos que, bien avenido con mis imaginaciones, recreándome en ellas, temía mucho que la respuesta las hiciese añicos de golpe. Las prefería a la realidad, no sé por qué, con el tesón del convencimiento.

Entre «la mano blanca» y mis ojos se había establecido una correspondencia diaria. Me espiaba, aguardándome fijamente, cuando yo iba y venía para comer o cenar en el Casino. No me cabe duda: agradecida, pagaba mi contemplación.

Jamás durante aquélla se abrió puerta ni ventana de la casa que la distrajera o interrumpiese.

«La mano blanca» iba y venía de un lado a otro, pausada y rítmicamente, como péndulo de reloj; cual si batiese los geranios, ni más ni menos que espejuelo para cazar mi atención tenaz.

Cuando alguna, rarísima vez, pasaba yo por la calle de Mercaderes a otras horas que las habituales para mis comidas, a la ida y a la vuelta, «la mano blanca» no se dejaba ver, y yo la echaba de menos, reclamándola como cosa que se me debía.

III

Era domingo, y tocaban a Misa de ocho en la parroquia; después de oírla, pensaba yo salir de Santestiaga, dando por terminado el veraneo con las primeras lluvias otoñales. Volvía del Casino de pagar mis cuentas, cuando, al pasar la última vez por delante del número 9, veo el portón entreabierto y «la mano blanca» cogida de una de sus hojas. El corazón me dió un vuelco y me refugié, como huído, enfrente, en uno de aquellos pasadizos que hay entre casa y casa, aislándolas, como en la antigua Roma, espacios que llaman en Navarra «ixadi» o «ixadia», pero cuya verdadera denominación parece ser «arteka» o «artekari».

Desde luego me sorprendió extraordinariamente la poquísima altura a la que, sobre el portón, se posaba, como si fuese de una niña, aquella mano tan de mujer... Y el portón se abrió de par en par, y me pareció como si se descorriese un velo que cubriera el cuadro de *Las Meninas*, de Velázquez, en su primer término. Con verdadera angustia, vi que «la mano blanca»—con la que se acomodaba la mantilla—pertenecía a una pobre enana con cara de vieja, anchísimas caderas y robustas piernas, muy compuesta y aseada, que tomó hacia la parroquia, calle arriba, con contoneos de criba en movimiento.

De calórico radiante.

CHASCARRILLO

Inundaba cielos y tierra, de luz y fuego, el que almibara los chumbos en la falda de Gibralfaro, pinta la naranja de Gibraleón, hace llorar a la talla de Andújar, hincha el racimo jerezano, enloquece de alegría a la cigarra en las horas sofocantes de la siesta, y perfuma en los arriates la flor del pensamiento. El que convierte en diamante el vidrio tirado a la basura, y lo mismo dora el fangoso charco o el regato de alpechín, que la bandera-veleta del Giraldillo, las llaves de San Pedro en el hastial de la Catedral de Jaén, las plumas en el casco de «el arcángel dorado que corona de Córdoba la torre», los muros en la de la Vela y el mirador de Lindaraja.

¡Qué poeta será capaz jamás de arrancar de la guitarra notas que expresen y hagan sentir la mitad siquiera de todo cuanto engendra, colorea, perfuma y achicharra el magnífico, el omnipotente sol de Andalucía! Dos compases no más en el

preludio de un canto de alabanza al rey de los astros, tal y como fulgura en mi patria, serían los trinos de la alondra que en Almería remonta el vuelo desde los surcos cuando tocan en Santo Domingo a Misa de alba, o los gorjeos del ruiseñor a la caída de la tarde en las umbrías de la Alhambra.

Repito que *el rubio* apretaba de verdad aquel mediodía en Málaga o en Cádiz, que no sé a punto fijo dónde se planteó el problema y fué resuelto de plano.

¿Cómo? Ahí va ello.

Al asomarse a la muralla el Capitán de Barbastro D. Julio Ruiz y López, dió un tropezón, buscó apoyo instintivamente y fué a poner la mano abierta sobre la granada que coronaba la pila.

Estaba aquélla nada más que tibia, con ser la herida más directamente por aquel sol de justicia. Palpó Ruiz las otras, y achicharraban.

El Capitán de Barbastro se puso a cavilar.

Se acercaba la hora de comer para la guarnición del castillo, y fueron reuniéndose los oficiales, mientras que los rancheros daban también la última mano al humeante contenido de las ollas insondables.

—¿En qué piensa usted ahí, amigo Ruiz, exponiéndose a que se le derritan los sesos?—pre-

guntó al Capitán el Comandante de Artillería Don Fadrique de Avila y Osorio.

—Pues trataba de explicarme por qué la granada vértice de esta pila está tibia, siendo la que recoge más directamente los rayos del sol, y las que la sirven de base achicharran. Tóquelas usted, y verá.

—En efecto...; es curioso, y queda planteado un problema de calórico; ¿no es esto?

—Justamente; pero yo no acierto a resolverlo. ¿Y usted, mi Comandante?

—Yo me atrevo a discurrir así: si bien es cierto que esta granada, cúspide de la pila, es la que, al parecer, recibe más rayos solares, también lo es que, por su posición, está obligada a transmitir inmediatamente el calor que recoge, dividiéndolo entre las otras que están en contacto inmediato con ella; y como el vértice, al propio tiempo, se refresca más con el aire por el aislamiento, resulta, hecho el cálculo de la absorción e irradiación del calórico, que la granada que corona el montón o pirámide debe mantenerse más fría que las otras.

—No está mal bordado...

—Pero no convence, ¿eh?

—Confieso que me quedan ciertas dudas. Pero aquí viene nuestro jefe común, el Teniente Coronel de Ingenieros D. Tomás Zambrano de los Cobos...

—¿...?

—Señores, yo tengo más hambre que un licenciado de la cárcel de Cabra, y no estoy para problemas... ¡Qué sé yo! La tierra es hoy un horno alfarero en plena combustión. La base de la pila, más lejos de la atmósfera circulante en la cúspide, recibe el calórico que irradian las granadas de arriba y el del terreno, y... ¿pero no comemos, señor?...

En esto, el Teniente Coronel Zambrano, comandante de la fortaleza, se fijó en un ranchero que iba y venía acarreando cubos de agua desde el aljibe a la cocina.

El soldado se había detenido, dejando su carga en el suelo, y miraba de reojo con marcada malicia hacia el grupo de oficiales que rodeaba la pila de granadas.

—Miren ustedes: tal vez ése pueda sacarnos de dudas.

—Oye, muchacho—dijo el Teniente Coronel, dirigiéndose al ranchero, que se cuadró, llevándose la mano a la gorra de cuartel—: ¿Sabes tú por qué esta granada de lo alto, con darle el sol más que a las otras de la pila, se toca y está más fría?

—Cí, ceñón.

—¿Que lo sabes?

—Cí, ceñón, que lo cé.

—¡Hombre, tiene gracia! Van a ver ustedes cómo son inútiles las Academias de Toledo, de Segovia y de Guadalajara.

—Pues, si lo sabes, di: ¿Por qué está más fría?

—Pus, denantes pacé yo por ahí, mi Teniente Coronel, y vi una lagartijiya que zacaba la cabeza por debajo de la graná, y fuí a coger la lagartijiya y me quemé con la graná, que jechaba lumbre, y la gorví del otro lao; y, a la cuenta, como la gorví del otro lao, digo yo que por ezo sa brá enfriao y estará más fría.

PICIO

CUENTO

I

Cuentan que, cuando el Capellán de la Inclusa le bautizó, hubo de dudar por unos momentos si se trataba de una cucaracha o de una criatura. Pocos meses después, las Hermanas y las amas, en el benéfico establecimiento, hacían callar a los otros chiquillos amenazándoles con llevarlos junto a *Picio*.

No ha podido averiguarse quién le puso el mote, antes de que le confirmaran, a los siete años. Era, a más de feo con coraje, sin gracia y torpe de entendimiento y de manos. Así creció, tan despreciado como mata de jaramago nacida entre escombros.

La vieja santera de Nuestro Padre Jesús, la que también cuidaba de las camillas y de los ataúdes de la Hermandad de la Caridad, sacó a *Picio* de la cuna-hospital para que la ayudase en

sus tristes menesteres; hasta que a la mujer le llegó la hora de salir de la sacristía-funeraria con las piernas hacia delante, en sentido horizontal.

De allí pasó *Picio* a ser aprendiz de herrador, y a recibir a diario tantos golpes como martillazos daba aquél en la bigornia.

Entró en quintas sin haberle arrancado a la pava una sola pluma. ¿Qué muchacha iba a hacer caso a aquel pobrete, que lo era por arriba, por abajo, por delante y por detrás?

Cuando *Picio* fué a tallarse con los demás quintos de su pueblo, el sargento soltó el trapo: vamos, que se le cayó de las manos un pañolón de hierbas con que se limpiaba el sudor, al ver al mozo debajo del aparato. Por poquito no llega, y se libra. Pero él se resignó con su mala sombra; venía tan acostumbrado a vivir con ella, como cada uno de nosotros está ya hecho a proyectar la suya cuando va por el sol.

Antes de salir para Melilla, fué el único cazador que no anduvo noches pasadas del brazo de la novia, paseando por las calles de esta Villa y Corte, o tomando cuatro copas de despedida con los amigos.

Servía en *Barbastro* o en *Madrid*—no estoy seguro—en uno de estos dos batallones que estaban de guarnición en Málaga en los días de *La*

Gloriosa, mandado entonces el primero por el que luego fué General Salamanca; cazadores vestidos, por excepción, de azul y verde, con sombreros calabreses, calzonas como los carreros militares y polainas de estezado. Solía darse a estos soldados hasta vino de Champaña una vez por semana, para ensayar minutas de alimentación militar a los precios del rancho. Hacían gimnasia escalando con puñales el puente de Tetuán, sobre el Guadalmedina, y cantaban, el año 70, días antes de tomar Caballero de Rodas la ciudad:

Si te preguntan: ¿Quién vive?,
responde con arrogancia:
Cazadores de *B.* o *M.*,
que van por su Reina a Francia.

¿Y a qué viene todo esto? ¡Ah, sí! Ustedes perdonen: me despisté, deslumbrado por los recuerdos de mi tierra y de mi juventud, que están un poco lejos. Iba a decir que *Picio,* soldado de uno de estos dos batallones, estaba de asistente del Capitán***, y que, en la casa, la cocinera y la doncella descargaban su obligación en el muchacho, burlándose de él. La capitana, excelente señora, pero de genio fuerte y vivo, rabiaba mucho con las torpezas del soldado; y el Capitán no lo enviaba otra vez a las filas, en gracia a la muchísima que *Picio* le hacía a Quinito, único, mo-

nísimo y muy mimado hijo de la joven, rica y dichosa pareja.

El infeliz inclusero había encontrado, por fin, un ser humano a quien acariciar y que le diese calor. Y con Quinito no era *Picio* desmañado, sino afortunadísimo y oportuno; desde imitarle un cerdo con un limón, cuatro granos de mostaza y otros tantos mondadientes, hasta tenerle entretenido las horas muertas contándole cuentos, brotados de aquella mollera, que, para todos los demás que no fuesen el niño, era como panal vacío o mazorca desgranada. *Picio,* humildísimo y no rencoroso, tenía gran delicadeza de sentimientos y alguna que otra idea original.

Verdad que él no había podido remediar el ser feo, cunero, pobre y *esaborío:* perdóneme la Academia si suprimo la *d.* Pero ¿por qué habían de tratarle los demás como si fuese bien parecido, hijo de familia conocida, con un duro en la faltriquera para convidar a los amigos, y con *buenos golpes,* siquiera una vez al mes? Así discurría, consolándose.

Por fin, que a *Picio* le sobraba con el cariño de Quinito; y cuando le traía y le llevaba al colegio de las *Damas Negras,* iba el asistente más orgulloso que los antiguos de Sevilla presidiendo la procesión del Corpus.

II

De madrugada despedían al Capitán *** su mujer y Quinito. Un momento antes de arrancar el tren entre vivas atronadores, el niño se cogió del cuello del asistente, y, después de darle media docena de sonoros besos, le dijo casi al oído:

—*Picio,* ¿volverás con papá, verdad? ¿No le dejarás nunca solo entre los moros, verdad?

—Descuida, rico—respondió el soldado secándose con el revés de la mano dos lagrimones, así como si se arrancase otras tantas cantáridas—; descuida, rico.

La capitana, que había escuchado el último encargo de su hijo, premió la sincera promesa de *Picio* con una intensa mirada de sus ojos, anegados, y, dándole con sus aristocráticas manos unos golpecitos cariñosos en la hombrera de rayadillo, le dijo:

—Adiós, *Picio.* ¿Llevas el escapulario?

El cunero sintió un chispazo de amor de madre; le pareció que mayo se le metía dentro del cuerpo.

—Aquí va, señora; Dios se lo pague, y hasta la vuelta de mi Capitán, que vendrá con las estrellas más abajo.

Sonó la corneta; después, un viva a España for-

midable; y luego, entre suspiros, aplausos, gemir de madres y esposas, y silbar de la locomotora, envuelta en nubes de tibio y blanco vapor, resbaló el tren majestuosamente hacia la tierra y el mar de D. Antonio Cánovas del Castillo y de Moreno Carbonero, de los boquerones, de la caña dulce y de las mocitas victorianas. ¡Olé por ellas!

III

Anochece; el cielo, sin una nube; la tierra despide aliento de horno alfarero recién apagado; el humo y el polvo, hermanos, como hijos de la destrucción, se confunden con hambre. El estampido de ametralladoras, cañones y maüssers responde al aullar de los rifeños, que avanzan desatentados disparando y blandiendo la gumía, y al gemir agónico de los que, en ambos campos, el cristiano y el moro, vienen al suelo sentando sus manos crispadas sobre el cardo silvestre. Mézclanse oraciones y blasfemias al rechinar de los dientes; y la madrastra tierra, avara e ingrata, celebra una orgía bebiendo con ansia, como beodo que ya no distingue el *Moriles* del peleón, raudales de sangre generosa y de sangre maldita.

Picio, sonámbulo, dispara sin cesar, y no pierde de vista al Capitán. De pronto le ve tambalear-

se: una bala le partió la rótula izquierda, y cae, soltando el sable de la mano. La baja del jefe desmoraliza en un momento a su tropa, y dos filas retroceden saltando por encima del herido, que trata en vano de incorporarse sobre la rodilla derecha, empuñando el revólver.

Picio salta también sobre el capitán, pero hacia adelante, cubriéndole con su cuerpo. No le queda un solo cartucho, y la ola rifeña se viene encima por momentos.

—¡Aquí, compañeros!... ¿Vamos a dejarlo solo?... ¿Qué se dirá de nosotros?—grita el fiel asistente con angustias de muerte.

Arroja el maüser a retaguardia, y apoderándose del sable del Capitán, que acaba de perder el sentido, lo esgrime animoso, dando vivas a España. Luego avanza unos pasos, sin dejar de arengar a los cazadores, que se rehacen pronto, mientras les llegan refuerzos; después se ve rodeado de rifeños frenéticos, que le toman por el jefe de nuestra tropa. *Picio* se bate con la misma serenidad que si tirase un asalto en la sala de armas, en medio de un diluvio de balas y de tajos, sin apartarse un momento del cuerpo inanimado del Capitán.

Espanta ver al hospiciano, ahumado, sudoroso, cubierto de polvo y de sangre. Está sublimemente horrendo. Por fin, rueda acribillado cerca del

Capitán, mientras los cazadores cargan a la bayoneta sobre los rifeños.

IV

Guarecida en las chumberas, la chicharra, al cesar el fragor del combate, reanuda entusiasmada su monótono *riqui riqui,* en alabanza del estío, y media docena de grillos cebolleros le hacen coro, asomando por las grietas de los rastrojos como yesca.

No se escuchan otros ruidos en el campo.

La luna asoma entonces, como si quisiera, piadosa, alumbrar el tránsito de *Picio*. El infeliz, en un esfuerzo sobrehumano, reúne los pocos alientos que le quedan, y pugna por incorporarse. Se escuchan pasos acompasados. ¿Será el enemigo? ¿Vendrá a llevarse al Capitán, que ya vuelve en sí?

Picio balbucea un «¿quién vive?» angustioso, y con los ojos extraviados, mira en derredor, pensando todavía en defender a su Jefe, aunque sea con las uñas.

Muy cerca ya del grupo que forman los heridos, corona a sus espaldas la cresta de un barranco un pelotón de los nuestros que viene recorriendo el campo de batalla.

La faz cadavérica de *Picio,* negra, horrible, se alumbra de un júbilo celestial.

El Capitán se ha salvado, aunque el asistente no volverá a ver a Quinito, su único cariño en este mundo. ¡No ha sido posible cumplir del todo con el encargo del chico!

El frío de la muerte inunda las venas del héroe, que, con los dedos rígidos, quiere desabotonarse la guerrera. El Capitán, adivinando el intento de su salvador, se arrastra hacia él y le ayuda.

—*Picio,* hermano mío, valiente, ¿qué quieres?... Pídeme, vive, vive para que yo te bendiga siempre.

El mártir mueve la cabeza de un lado a otro, señala hacia los camilleros que se acercan, besa fervorosamente el escapulario que le dió la capitana y que acaba de sacar del pecho, arroja un caño de sangre por la boca, y vuelve a caer pesadamente, esta vez para no levantarse más, balbuceando:

—¡Qui... ni... to...!

La luna brilla en todo su esplendor, y los clarines, en el campamento, despiden al noble espíritu de *Picio,* que vuela hacia las regiones de la luz eterna.

V

Todas las noches, en un precioso hotelito del Limonar, en el que convalecía el Capitán ***, traído a Málaga, la madre de Quinito, al acostarle, rezaba con él un Padrenuestro por el alma de *Picio*.

Bien está; el agradecimiento es virtud de los bien nacidos; pero yo creo que el hospiciano héroe no había menester de oraciones. Después de conquistar la palma de la gloria sobre la tierra africana, debió entrar también en la eterna por las puertas abiertas de par en par a los pobres de espíritu, a los limpios de corazón y a los que padecen persecuciones de la justicia y de la injusticia humanas.

Los tres Emperadores y el campesino

CHASCARRILLO

Se terminaba la batida en la linde del bosque; los tres Soberanos, puestos de acuerdo, se habían hecho los perdidizos y concluyeron por perderse.

La noche se entraba y era preciso volver al castillo.

Acertó a pasar un campesino, guiando un mal carricoche de cuatro asientos, y en él se acomodaron los Emperadores; el de Austria junto al labriego.

Poco camino habían corrido, cuando el aldeano, a quien chocó desde luego la buena ropa de los desconocidos, preguntó por lo bajo al Emperador de Austria-Hungría.

—¿Dígame, señor, quién es ese joven de la barba que viene sentado detrás de mí?

—El Zar de Rusia—respondió tranquilamente el Monarca austriaco.

—El Zar de Rusia, ¿eh?... Arre, caballito, arre,

por el Zar de Rusia...—replicó el campesino con socarronería.

A los diez minutos:

—¿Y el caballero de los bigotes que se sienta detrás de usted?

—El Emperador de Alemania.

—¿De A... le... ma... ni... a? ¡Vaya, señor... de Alemania! Arre, caballito, por el Emperador de Alemania, arre, arre.

—¿Y usted quién es, caballero, si no es mucha curiosidad?

—El Emperador de Austria.

—¡Bueno está! Pues, arre caballito, por los tres Emperadores más grandes de Europa.

—¿Y tú quien eres?—díjole entonces al rústico Su Majestad Apostólica.

—¿Yo?... ¡¡el Papa!!—replicó el labriego, muy satisfecho de devolver la broma a aquel señor anciano tan guasón.

El cutis del diablo.

CUENTO

Saliendo del Viaducto, conforme vamos de Palacio a San Francisco el Grande, se encuentra, a la derecha, la calle de la Morería; y a la misma mano cuelga de aquélla el despeñadero, con escalones empedrados de lajas, que un chusco bautizó con el nombre de *Cuesta de los Ciegos*.

Al principio de ella, y del siglo XIX, se veía una casucha inclinada hacia el río, aferrándose en sus cimientos como pollo de vencejo que resbala en el nido y se trinca al borde con las garras. Tal edificio era nada menos que la morada de la señora Vulfina, beata, compañera, discípula y corresponsal, en el ramo de la brujería, de aquella otra famosa Dolores, de Sevilla, inventora de un filtro por cuya virtud hombres y mujeres ponían huevos frescos.

Vulfina, cuando la presento, desempeñaba la portería de la casucha, vistiendo aún luto por el señor Indalecio, zapatero remendón, que fué su

marido, y conservaba la tienda y la parroquia del difunto, si aquel nombre merece el hueco de una empecatada escalera. De servir a la segunda se encargó el *Chaira,* que era un poco más que aprendiz y algo menos que oficial.

Nuestro mozo arañaba los quince abriles, aunque por lo pequeñillo y escuchimizado representaba apenas diez. Tenía, no obstante, *el alma en su almario,* así para los menesteres del arte de San Crispín como para navegar sin práctico en el charco de la vida y seguir a todas horas, como buen podenco, el rastro de la señora Vulfina.

Por lo que hace a ésta, dió quince, raya y el saque a Erito, Circe, Medea, Canidia, la Camacha de Montilla, la Cañizares y a todas las otras ilustrísimas damas que cabalgaron en escobones por los aires, y las dejó tamañitas con la invención de un maravilloso ungüento confeccionado con mugre de confesionario. Un escrúpulo de la diabólica pomada, combinado con la intención, bastaba para ablandar las entrañas de un prestamista de oficio, rebozar en mieles de condescendencia y caridad la lengua más viperina, y curar radical e instantáneamente del vicio a jugadores, borrachos y políticos. A muchas otras cosas estupendas, como se verá, alcanzaba el poder del específico, administrado en cualquier forma y pocas veces con buen fin. En lo que falló siempre su

inmenso valer fué al tratarse de mudar, ¿qué digo?, de atenuar siquiera la condición de un cursi.

Mucho trabajo costaba a la señora Vulfina reunir la primera materia para la confección de su droga. Mañana hubo en la que, desde el alba al mediodía, se confesó la bruja treinta veces en distintas iglesias, capillas y oratorios, a fin de juntar un quinto de adarme de la susodicha substancia.

Con su ungüento logró Vulfina desacreditar, entre las de su profesión, la clásica agua verdinegra de los sapos, simple, como es sabido, que prefirieron hasta aquella fecha brujas y hechiceras, como base para la preparación de sus menjurjes. ¿Qué mucho, pues, si por aquel entonces, entre las del gremio de volar y otros excesos, se citaba y consideraba a la hechicera de nuestra historia como se mienta hoy, tratándose de elixires dentífricos, al Doctor Pierre, de la Facultad de Medicina de París?

Y con ser así, estaba escrito que el amor rabioso que el *Chaira* sentía por su maestra fuese la perdición de ésta en la gracia o mala sombra del Monarca del Averno. Ya la gula del chaval había estado a punto de dar con la bruja en las cárceles del Santo Tribunal de la Fe o de la Inquisición, lo que ocurrió de esta manera:

Dicho queda que la señora Vulfina llevaba en Madrid la representación exclusiva de la Beata Dolores, de Sevilla, para explotar la producción de huevos frescos, mediante el discretísimo y misterioso empleo o consumo homeopático de la bebida inventada por la bruja andaluza. La Señora Vulfina, muy de tarde en tarde, y por conducto de un velonero lucentino, recibía una limeta del elixir ponedor, que con mil precauciones guardaba en el fondo de la tinaja del agua, herméticamente cerrada aquélla, y sujeta con una cinta al asa de una plancha para que el vidrio no flotase.

El *Chaira* atisbó un día a su maestra mojando los labios en el cuello del frasco, y la vió luego zambullirlo. «Cosa exquisita debe de ser el licor» —pensó el zapaterín, sin relacionarlo, por supuesto, con la postura de huevos frescos, que no había podido averiguar dónde se los proporcionaba la bruja en todo tiempo para revenderlos.

Un domingo, en ausencia de Vulfina, el *Chaira* pescó la limeta, a la sazón más que mediada; tomó un buchecito y dió de beber otro, sin soltar el vidrio, al demandadero de las monjas de la Encarnación, que solía venir a casa de la hechicera precisamente a comprar huevos frescos.

Apenas cayeron en los estómagos aquellas cuatro gotas del elixir ponedor, los golosos sintieron como si les hubieran metido por la boca

sendos molinillos de chocolatera hasta las tripas. Encomendábase el demandadero a todos los santos de la Letanía, y echaba por la boca el *Chaira* sapos como cocodrilos y culebras de cascabel y cencerro—tales eran los retortijones—cuando sobrevino la Señora Vulfina. Hecha cargo al instante del suceso, a puntapiés y bofetadas acorraló a los intoxicados en el fondo de la carbonera donde estaba la tinaja; cerró tras sí con llave, y los conjuró a salir inmediatamente del aprieto como pudiesen.

No era la bruja cortada por el patrón de las que figuran en cuentos y consejas, no; la zapatera, ni vieja ni amojamada, aunque ya un tanto madura, más parecía obra de torno que de azuela. Tenía colores de salud y de pocos años; mata de pelo negro; dientes sin mellas, menudos y blancos; carmín natural en los labios; chispas de brasero recién encendido en los ojos, verdes y no muy grandes, con la más graciosa y respingada de las naricillas.

La pasión del *Chaira* no ha de parecer, por tanto, absurda, habida cuenta de aquellas y de otras más ocultas gracias de la zapatera que su oficial adivinaba. Y aún parecía ésta más tentadora aquel domingo, con el ajetreo de acorralar con gran furia en la carbonera al demandadero y al mocito a moquetes y puntillones.

Estos, con haber saboreado apenas el licor, se habían excedido. La virtud del elixir era grande y su consumo tenía que ser homeopático. Vulfina, aterrada, adivinando el abuso y apreciando los síntomas de aquellos cólicos, que parecían misereres, creyó que los atrevidos iban a poner doscientos huevos por barba, o dos del tamaño de los de avestruz. Los desventurados, revolcándose por los rincones con ansia de agonía, dando desesperados alaridos, sudando gotas tamañas como garbanzos de los buenos de Alfarnate, llorando y echando espumarajos por la boca, pusieron, al fin... ¡tres pollos cada uno!, ¡piando y todo!

II

Corría aquella noche un remusguillo poco agradable, aunque durante el día, en el Campo del Moro, los mirlos habían saltado de rama en rama silbando granujamente; los vilanos de la Casa de Campo se columpiaron en la brisa vespertina a gran altura sobre el Manzanares, y las acacias de la plaza de Oriente nevaron las flores de sus perfumados penachos: signos de que la primavera reinaba en este hermoso rincón del mundo.

Daba la una y media, cuando Vulfina concluyó de emperejilarse a la luz de un velón, encendidos los cuatro mecheros.

Pidió la hechicera opinión a un espejillo mezquino, que la dió favorable; abrió con mucho tiento la puerta de la sala baja y salió al zaguán, que estaba más obscuro que el problema de nuestro papel en Marruecos. Sonaron entonces las dos. La bruja sacó de la faltriquera una caja diminuta llena de grageas del famoso ungüento, y, cogiendo una, la deshizo en las palmas de las manos, frotándolas, y, alzándose luego las faldas y remangándose el mantón, dióse unas friegas en muslos y brazos, del codo al mollero y de las rodillas a las ingles, mientras murmuraba en tono devoto y apasionado:

—*¡Volar invisible hasta mi Señor!*

No bien concluyó de formular este misterioso conjuro, cuando, filtrándose a través del portón, salió la zapatera disparada por los aires con tanta o más velocidad que el sapientísimo Abaris, príncipe hiperbóreo contemporáneo de David, caminaba montado en una flecha. Sin molestarle el fresco, hendía la atmósfera por encima del río, de los pinares de El Pardo y de la carretera de Francia; tan entusiasmada, que no advirtió que cogiéndole la cola iba un paje o mayordomo de semana.

El *Chaira* no había escarmentado. Celando noche y día a su dueña, consiguió robarle un par de grageas del ungüento. Los celos tienen a veces

casi tanto poder como la fe. El aprendiz averiguó que su maestra volaba, por lo menos, una vez a la semana después de medianoche. La vió frotarse, poniéndosele a él los dientes de un palmo, y formular su conjuro, e hizo lo que ella, repitiendo a modo de glosa:

—*¡Volar invisible con esta Señora!*

En pocos minutos Vulfina y el *Chaira* recorrieron por el aire los veintiséis kilómetros que, por tierra, dista de Madrid la Venta de Pesadilla, y descendieron majestuosamente en medio de un frondoso encinar.

Si yo no temiese resultar plomizo, describiría aquí al por menor, como cualquier *Montecristo*, la fiesta diabólica a que concurría, en aquella frescachona noche de mayo, nuestra heroína, y en la que su dependiente se coló de matute.

Parecía la infernal recepción, en punto a elegancias, ni más ni menos que uno de aquellos concurridísimos bailes de beneficencia que se dieron en el Conservatorio de Música y Declamación por los años de mil ochocientos setenta y tantos; sólo que la fiesta de que trato, así por celebrarse en un encinar a la luna de Madrid, como por los mantones de las señoras, tenía más carácter de verbena.

Se hizo en ella gran consumo de leche amerengada, con mucha canela en polvo; de licores de

rosa y perfecto amor; bizcotelas y chocolate, que de todo tenía, hasta cacao, según la fórmula del Doctor Grégoire. Se bailó de lo lindo, y muy agarradas las parejas, a tiro de palillo de dientes, y conviene hacer constar que no tocaban los danzantes con los pies en el suelo: dijérase que flotaban en el aire.

La fiesta comenzó con una «virginia» a compás de carga de caballería, en lugar del rigodón de honor, hoy de rúbrica en los bailes grandes de la sociedad más empingorotada. Después hubo muchas polcas íntimas, habaneras y galopes infernales. Durante todo este holgorio, el *Chaira*, maravillado e invisible, descansaba al pie de una encina sin perder pormenor, viendo cómo el rey de las tinieblas brincaba con las brujas, lo mismo que un cabrito, tirándoles pellizcos, y con cuánta alegría se atiborraban éstas de líquidos y sólidos, metiendo mucho ruido.

Media hora antes de que comenzase a alborear, Luzbel se llevó los dedos a la boca, como el Mefistófeles de Arrigo Boito, y a su silbido cesó inmediatamente la algazara. Los convidados se replegaron en un momento, con separación de sexos; primero, las señoras brujas; después, los señores hechiceros. Lucifer se encaramó de un salto sobre el tronco de una encina desmochada que allí se parecía a modo de tajo de verdugo o

carnicero. Dos servidores íntimos le alzaron los faldones del frac color de pasa, y comenzó el besanalgas, epílogo de aquel solemne aquelarre.

El *Chaira,* de un salto también, volvió a trincarse de la cola de su zapatera, que formaba, entre las brujas, de las últimas.

Iban éstas besando con gran devoción, y el diablo las despedía zalamero, diciendo: «*¡A mí,* Fulana! *¡A mí,* Cetana!» (en lugar de: *A Dios).* «*¡A ti,* señor!»—respondía cada una de las brujas, y luego salía disparada por los aires.

Tocó el turno a Vulfina, y fué sonoro su beso como ninguno; pero, al mismo tiempo, el *Chaira,* que llevaba empalmada una lezna de marca mayor, rápido como el pensamiento, la hundió tres veces en la faz posterior del diablo. Volvióse Lucifer solemnemente, arrollando a sus dos caudatarios.

—¿Fuiste tú, mi Vulfina, quien besó la última?—dijo, empuñando la perilla y frunciendo el entrecejo.

—¡Yo fuí, señor!—contestó la bruja, alborozada, suponiendo que al diablo le había hecho gracia el besito.

—Pues, hija, has debido afeitarte antes de venir al baile; te apunta ya el bozo de la vejez, y ¡has tenido la irreverencia de hacerme cosquillas!

—¡María Santísima, y qué cutis tiene este tío!—gritó el *Chaira* sin poder contenerse.

Y la recepción se disolvió como bandada de gorriones sobre la que disparan un trabucazo.

Las conclusiones del "tío Cencias"

CHASCARRILLO

Era conocido, como ustedes ven, por idéntico mote al del suegro de Antoñona, la doméstica de *Pepita Jiménez*, y por su mucha, muchísima gramática parda y filosofía barata al alcance de la mano. Andaba, en cambio, muy mal de cuartos aquel año.

Constituían la única hacienda permanente del *Tío Cencias* unas tierrecillas de pan llevar, que no dieron últimamente trigo ni para media docena de bizcochos de soletilla. Así las cosas, nuestro hombre se vió precisado a echarse a la calle para pedir unas cuantas pesetas sobre aquellas fincas.

Su familia se componía de mujer e hija: dos realísimas mozas pidiendo guerra. Al primer amigo a quien acudió se le habían plagado de langosta las hazas del ruedo y no le era posible distraer ni seis reales de los apartados para subvenir a las necesidades más apremiantes.

El segundo a cuya puerta llamó nuestro filósofo, no tenía más dinero disponible que el preciso para abonar unas letras al cobro inmediato.

El tercer conocido estaba frito por las exigencias del estudiante que cursaba en Granada el tercer año de la carrera de *pucherólogo*. Así llamaban en aquella Universidad a los alumnos de la Facultad de Farmacia.

El cuarto, «el cuarto honrar padre y madre...» Vamos, que *Cencias* no pudo hacerse de un botón, y volvió a su casa muy descorazonado y mohino.

La desgracia suele presentarse como los Civiles: por parejas. Al atravesar los umbrales del hogar—después de la tan infructuosa expedición—el *Tío Cencias* se enteró, con negra amargura, de que aquél se había apagado y daba humazo: quiero decir que se informó de cómo su mujer acababa de escaparse con un inglés.

Durante tres o cuatro días, muerto de hambre, el pobre viudo *in partibus* hizo mil y tantas cariñosísimas y discretas reflexiones a su hija única, recomendándole una conducta muy distinta a la seguida por la madre; y, como no habían de vivir según cree la gente que se mantienen los camaleones, salió de nuevo a la calle para probar fortuna. Con la muchacha no había que contar. Incapaz de ganar, trabajando, dos reales de vellón, se pasaba la vida en la ventana.

He olvidado decir que el *Tío Cencias* era natural y vecino de la ciudad de Loja, a donde habían llevado, por aquellos días, cadáver a su paisano el Excelentísimo Señor Don Ramón María Narváez, Duque de Valencia.

Recorriendo por segunda vez las estaciones, nuestro hombre no fué más afortunado que antes, y al volver al triste domicilio se encontró—digo, dejó de encontrar—a su hija, informándose, por las vecinas, de que la muchacha había tomado las de Villadiego con un francés.

Estaba visto: las mujeres de aquella casa y familia se pirraban por los hombres de fronteras para allá.

Sentado en el rincón más obscuro de la sala de billar de cierto cafetín con pretensiones de casino, el infortunado *Tío Cencias* mascaba la colilla apestosa de uno de aquellos infames cigarros puros llamados *coraceros* en los días de esta verídica historia.

Los jugadores *a palos,* y otros parroquianos que, como *Cencias,* «tomaban algo» en la sala de billar, acomodados en mesitas volantes; sostenían animada charla a propósito del difunto General Narváez y de la liviandad de las grandezas humanas. *Cencias,* apesadumbradísimo porque venía manteniéndose ya del sablazo al por menor, no despegaba los labios, escuchando in-

diferente el diluvio de vulgarísimas consideraciones que hacían los puntos de taco en mano y los simples consumidores que no jugaban.

Cuando el tema resultaba ya agotado, uno de aquéllos—mientras daba tiza—se dirigió bruscamente a *Cencias* y hubo de interpelarle a quema ropa y con mucha socarronería, de esta suerte:

—Y usted, maestro, ¿qué dice de estas cosas? Vamos a ver.

—¿Yo?—respondió con muchísima calma el filósofo, como si destilase su discurso gota a gota—. ¿Yo?... ¡Que no semos na! ¡Que naide da na! ¡Y que toas las mujeres son como aquella que se queó con el capote del Casto José entre las manos!

El santo del sobrado

CHASCARRILLO

Diez años pasaron sin que cayese una gota de agua en el pueblo ni en todo su término municipal. Dijérase que un nuevo Elías lo había pedido fervorosamente, como aquél lo hizo, refiriéndose a la tierra de Israel. Apenas si en los pozos más abundantes quedaba el contenido de un cántaro para apagar la sed de los hombres y los animales. Huertos no quedó uno, ni flores que en tiestos y latas viejas cultivaban las mujeres. Las ranas emigraron, tiempo hacía, de dos miserables lagunas del ejido, y hasta la pila del agua bendita, en la parroquia, estaba seca. El aguardiente era la única sin agotar y de consumo constante.

Los naturales del pueblo, al que confirmaremos con el de Villarrojiza, para ocultar su nombre verdadero y no ofender a los vecinos, ya que no se puede referir de ellos méritos ni virtudes; no cumplían, poco ni mucho, con la Iglesia, sin excepción de sexos.

El Alcalde apenas si saludaba al Cura desde lejos. Pero, amigo, si, como dijo San Agustín, no recuerdo cuándo ni dónde: «Desdichado del hombre que sólo teme a la muerte cuando truena»—antes y después es sabido que llueve casi siempre—tanto o más infeliz resulta aquel que ve perderse irremisiblemente su hacienda y venir la muerte por el hambre porque las nubes emigraron para siempre y la tierra se convirtió en una inmensa sábana de yesca, en la que vive y prospera únicamente el cardo silvestre y canta la cigarra entre los terrones calcinados.

Perdida toda esperanza, el Alcalde, de común acuerdo con el Boticario y el Maestro de Escuela, decidió parlamentar con el Cura. Se hicieron rogativas, la gente volvió, o fué, a la iglesia, y el Párroco, con elocuencia verdaderamente conmovedora, pidió al Todopoderoso y a la Virgen Santísima que se apiadasen de Villarrojiza, enviándole ¡¡agua, agua, agua!!

Y fué predicar en desierto.

Lamentábase el Cura con el sacristán de aquel inmenso infortunio, cuando hubo de acordarse el segundo de que en el sobrado, inmediato al campanario, cubierto de un alba de telas de araña, sin narices y descascarillado, así en la fisonomía como en la ropa, yacía arrinconado un Santo cuyo nombre jamás pudo averiguarse. ¿Qué se

perdía con sacarle en procesión? Tal vez hiciese el milagro. Después de todo, aquella gente sin fe no tenía devoción a ningún otro bienaventurado, ni el pueblo, por desgracia, patronos en el Cielo.

Asintió el Párroco, y el sacristán, que tenía sus pujos artístico-esculturales, limpió y adobó la imagen del Santo desconocido, según Dios le dió a entender, dejándolo como nuevo.

Autoridades y mayores contribuyentes echaron un guante, con cuya recaudación se dispuso, por fin, sacar al Santo procesionalmente, con mucha cera ardiendo y asistencia de todos los vecinos útiles, hembras y machos.

Y fué el caso que, no bien asomaron las andas del Santo por la puerta de la iglesia, pareció que los cielos se abrían de par en par y, con truenos y relámpagos formidables, comenzaron a caer ríos caudalosos sobre Villarrojiza. Su única calle, a la vez carretera, y las míseras callejuelas que en ella desembocaban, en pocos minutos se trocaron en canales que arrastraban toda suerte de enseres. Gallinas y gatos iban corriente abajo, encaramados sobre los muebles flotantes. Los cerdos nadaban con el rabo tieso y las orejas despegadas de la cabeza; aullaban los perros desesperadamente, y relinchos, rebuznos y mugidos de las bestias, que no conseguían romper las

cuerdas que las ataban en cuadras y establos, componían el más formidable desconcierto. Las casas se hundían, y los habitantes, como pollos bajo las alas de la clueca, iban refugiándose en la iglesia, cuya torre echó las campanas a vuelo, pidiendo socorro a los pueblos inmediatos.

Fué aquello el fin del mundo para la infortunada Villarrojiza.

Pero, como todo aquí abajo pasa, el cielo fué serenándose, la gente, poco a poco, se acogió a sus hogares maltrechos, por haber vuelto las calles a ser transitables, relativamente, y los animales que quedaron vivos—pocos, eso sí—se tranquilizaron, aunque no del todo.

En medio de la iglesia, el Cura y el sacristán, solos en su solo cabo, junto a las andas del Santo desconocido, que no había llegado a transponer el atrio del templo, se miraron cara a cara durante unos minutos, y luego a la imagen.

—Don Anselmo, ¿qué me dice usted de lo que ha pasado por culpa de «éste»?—Y el sacristán apuntaba al Santo con el dedo gordo, por encima del hombro, sacudiéndose el mochuelo, pues que suya había sido la idea de la procesión.

—Dígote, Benito—respondió el buen Párroco, rascándose la coronilla con el bonete—, que cargues con el... bienaventurado en seguida y des de nuevo con él en el sobrado, que cuando allí lo

arrinconaron, por algo sería; ¡ya tú has visto cómo las gasta!

Aún estaban en el aire estas palabras, cuando apareció en la nave el padre del sacristán, viejo, encorvado, hecho, por los años, un ovillo, que dijo gangosamente:

—¡Natural!... Es que ustés no saben que esa imagen es lo que queda de cuando se incendió el paso de la *Cena*... Aún no era usted ecónomo, Don Domingo... Y tú, Froilán, hijo, no eras ni monago... Fué un fuego muy temeroso... Y, ya digo, quedó éso, na más...

—¿Y qué?—atajó don Domingo.

—¿Cómo qué?... ¡Que es Judas!...

TRINIDAD

CUENTO

I

Mucho antes de que un ingenioso sabio francés—según cuenta *Her Ber* en *El Imparcial*—«resolviese el problema de la salud universal, por haber llegado a conseguir el *microbio superior*»; el doctor Pérez Tuñón se había quemado las pestañas hasta la raíz estudiando, por otros caminos, la realización del milagro.

«El francés—que oculta su nombre por modestia—asegura que, desde hace años, viene cultivando los bacilos de todas las enfermedades» (¡cultivar es!) «en el Jardín Zoológico-Bacteriológico de París. Que los microbios son canibalescos, y por esta causa los unos se comen a los otros de su especie, hasta que, merced a estos banquetes» nuestro sabio vecino «ha llegado a conseguir el microbio que contiene en sí mismo los gérmenes esenciales de todos los males conocidos. Así es que inoculándose aquél, la humanidad quedará libre de las dolencias que la destruyen».

¿Qué nos importan ya la filoxera, las cesantías, las contribuciones y los regeneradores de cartel? Verdad es que, por virtud y gracia del *microbio superior*, las suegras, los ingleses y las ayas van a ser eternos, como algunas otras calamidades caseras y públicas...

Pero hablemos en serio, volviendo a mi historia.

Pérez Tuñón tenía sus más y sus menos de teósofo, y daba por demostrado «que la vida terrestre no es un bien en sí misma». Esta verdad, no obstante, no se oponía—según él—a que procuremos pasarlo lo menos mal posible, mientras dure la broma pesada de esta existencia, restándole fuerzas al dolor, monarca absoluto y el más poderoso de cuantos reinan y gobiernan en nuestro planeta.

Mens sana in corpore sano, repetía Tuñón con Juvenal. «A los médicos nos toca cuidar del tiesto. Cuando la masa con que se modeló está bien trabada, fué buena la cochura en el horno, la maceta está llena de mantillo, se labra y se riega a sus horas, por los poros y por el agujero del fondo escupe todo cuanto no le hace falta, y se baña en el aire y en el sol; la semilla o el esqueje plantados en el tiesto brotan lozanos y vigorosos, convirtiéndose más tarde o más temprano en hojas, en flores, en perfumes y en frutos.

Pues esto, ni más ni menos, acontece con el cuerpo y con el alma.

Sakya Muni enseñó que la ignorancia produce el deseo, que el deseo no satisfecho es causa de la reencarnación, y la reencarnación causa del sufrimiento. Para evitar el sufrimiento... Aquí interrumpía siempre Pérez Tuñón la sorites establecida en *Las creencias fundamentales del Budhismo*—publicadas por Arthur Arnould—y exclamaba:

«—Para evitar, pues, el sufrimiento, no hay sino sofocar el apetito, y lo demás son pamplinas para los canarios.

»Tampoco me convencen los bacteriólogos, porque nadie me ha probado aún si el número infinito de gusarapos, más o menos visibles y hasta el día descubiertos, son causa o efecto de los fenómenos morbosos.

»La sangre es la savia del hombre: de la pureza y de la energía de aquélla depende la salud y la ruina absoluta del dolor. Todo el mundo sabe qué cosa es el licor de la vida que circula por las venas y por las arterias de los animales vertebrados.

»La sangre humana se compone de agua, albúmina, fibrina, de un principio colorante y de diversas sales. Se distinguen dos partes principalísimas en la sangre, líquida la una, y que reci-

be el nombre de plasma, y formada la otra de corpúsculos o glóbulos que nadan en aquél.

»En el suero, líquido viscoso, de color verde amarillento, insípido y que se separa de la sangre coagulada, se contienen en disolución materias orgánicas e inorgánicas. Mucho se ha escrito a propósito de los glóbulos rojos y de los blancos; mucho sobre la sangre arterial y venosa. Las aplicaciones industriales y alimenticias del maravilloso licor—flúido o solidificado—dieron también trabajo a las imprentas, ya tratándose, por ejemplo, del arte de fabricar morcillas, ya de la divulgación de importantes recetas, como es la del azul Prusia. Lo que no se ha estudiado tanto—salvo contadas excepciones, entre ellas, la invención de las *plasmaínas* de Wurtz—es el suero, y menos aún las materias, que antes indiqué, en él contenidas. En una de ellas—que se desconoció por completo hasta que fué analizada por «este cura»—se encuentra, como la perla en su concha, nada menos que el verdugo del dolor humano, la regeneración de la sangre, y con ella el mágico y portentoso elixir que alargará la vida; pero ¿cómo?...: purgada de enfermedades crónicas, al punto de que el mortal volverá a la tierra de donde salió, aunque cargado de años, tan cómodamente como los pasajeros de un magnífico transatlántico navegando con mar bella.»

Así discurría Pérez Tuñón, sin alzar más que una punta del tupido velo tras el que ocultaba su peregrina invención. Concediendo mucha importancia a la higiene pública y privada, prefería, no obstante, realizar sus experimentos *in anima vili* con individuos de ambos sexos, de mala vida y costumbres, cuanto más viejos mejor. Como una noche le estrechásemos mucho en la tertulia del café, donde acostumbraba a explanar sus teorías, cuando estábamos de humor de escucharle; satisfizo nuestra curiosidad en estos términos:

—Ya dije a ustedes que en el suero de la sangre—procuro hablar en términos vulgares para que todos me entiendan, ¿eh?...—

—Muchas gracias, doctor...; adelante.

—...que en el suero de la sangre humana existe, en pequeñas dosis, apreciables, sin embargo, con el auxilio de una lente ordinaria, cierta materia—que, Dios sobre todo, llevará mi nombre, si hay justicia en el mundo—futura base de mi elixir, del que ya tienen ustedes algunas noticias.

—Tenemos, pues, la *perituñona;* yo la bautizo así—interrumpió un autor cómico que asistía a la reunión.

—...Tenemos... que la *perituñona*—continuó el doctor, sonriendo satisfecho—según mis reiteradas y minuciosas observaciones, se desarrolla extraordinariamente en la sangre de los indivi-

duos de ambos sexos que llevan una vida airada, a medida que se alejan de la primera juventud. De donde concluyo que, para la composición de mi elixir, he de buscar *perituñonas* de sangre de perdidos, por ser, según infiero, las que encierran más potencialidad. Lo malo es que, hasta el presente, di con poquísimos viciosos de veras que pasasen de sesenta años.

»Acabo, sin embargo, de tener noticia de un caso verdaderamente maravilloso. El individuo vive en Soria, y allá me voy mañana mismo con la esperanza de que se deje sangrar. Por supuesto, que, si no lo consiente, lo sangro a la fuerza. Es indispensable que me proporcione firme y ancha base en que cimentar todo mi sistema regenerador, y también rica primera materia para la fabricación del primer frasquito de elixir.»

II

Don Trinidad García del Busto, relator del Supremo, jubilado hacía años, acababa de cumplir noventa y dos. Con ser hombre de posibles, se había plantado en la capa, sin transigir con las pieles; no usaba tampoco zapatos de orillo, ni más calefacción, dentro de casa, que el brasero muy pasado; y aun así solía sofocarse, de lejos, en diciembre. Tenía el antiguo relator pies, ma-

nos y cutis de damisela, y el pelo y las patillas, muy poblados, blancos como algodón en rama, pero brillantes lo mismo que hebras de amianto. Leía *La Correspondencia de España* y la *Gaceta* sin espejuelos y daba diariamente un paseo a pie de tres horas arreo.

Era pequeñito, muy alegre, blando de corazón y sumamente cortés. No tenía familia, ni más servidores que un matrimonio anciano. Don Trinidad no había pasado siquiera por la calle de la Pasa, y al celibato atribuía pasarlo tan ricamente de salud, paz y abundancia.

—¿Qué mé querrá este señor doctor madrileño? Sin duda, viene a que yo le preste algún servicio; porque, gracias a Dios, los que él, por su carrera, puede ofrecerme, no me hacen falta para nada. En fin, diga usted a ese caballero que tenga la bondad de tomar asiento en mi despacho, que voy en seguidita.

Y don Trinidad, después de remirarla, se metió en un bolsillo del levitín la tarjeta del

> Doctor Pérez Cuñón
> Especialista en enfermedades del aparato circulatorio.
> MADRID.—Pez, 17, 2.°

Comenzó el médico, nuestro amigo, pidiendo al relator mil excusas por presentarse sin recomen-

daciones ni anuncio previo. Disertó luego, brevemente, a propósito de los diarios y admirables progresos de la terapéutica. Discurrió en seguida acerca del deber que todos tenemos de arrimar nuestra piedrecita a la obra del progreso humano, concluyendo, por fin, la plática—que a Don Trinidad le parecía en sánscrito—asegurándole que, si no mentían las informaciones, el relator podía hacerse benemérito de la humanidad, asociándosele para dar juntos, contando de antemano con la victoria, la más estupenda de las batallas.

Aquí, como Pérez Tuñón se detuviese para tomar resuello, García del Busto aprovechó el paréntesis, exclamando con mucha dulzura:

—Me permito advertir a usted, señor doctor, que yo fuí siempre muy pacífico, mucho.

—¡Bromista!... Como casi todos los temperamentos...

—No, señor, no; es la pura verdad.

—Vamos, que no puedo creerlo: bueno que no haya sido usted camorrista; pero cuando se tiene una hoja de servicios como la suya y se ofrecieron durante muchos años, de día y de noche, toda suerte de sacrificios y de ofrendas en los altares de Venus y de Baco y...

—Han informado a usted mal, caballero—interrumpió Don Trinidad, poniéndose muy serio—En mi juventud me gustaron un poquito las fal-

das, y algo el vinillo dulce. ¿Cómo negarlo? Pero de eso a ser mujeriego... más aún, dado por completo, como usted supone, al vicio de la torpeza y al de la embriaguez!!...

—Usted disimule, considerando que es el médico quien habló y que no viene a tener el gusto de visitarle, desde Madrid, por fútil curiosidad, sino para confirmar importantes noticias. Imagínese usted que se trata nada menos que de resolver el problema de la salud universal, del que yo considero como factores importantísimos su temperamento y la vida que ha llevado usted... y lleva. Sobre ellos, pues, ha de versar, si me lo permite, un breve interrogatorio.

—Puede usted preguntarme cuanto quiera acerca de tales puntos: yo no tengo secretos, y como también procuro no ser muy egoísta a mis años, si se trata del bien ajeno, dispuesto me tiene usted a colaborar en su obra.

—Mil y mil gracias. Comienzo, pues. Usted disfruta de lo que se llama una salud de bronce, ¿no es cierto?

—De diamante de roca antigua, sí, señor. A Dios gracias, desde que nací no he tomado ni una purga ni me tomaron el pulso.

—¿Y cumplió usted...?

—Noventa y dos años, hace tres meses y diez días.

—¡Bravísimo!... ¿Soltero siempre, verdad?

—Toda la vida.

—¿Y la mayor y mejor parte de ella a todas horas tras las hijas de Eva, sin distinción de pelos ni pupilas, y ahogando penas en el zumo de las cepas blanco y tinto?...

—¡Dale!... Ya dije a usted que se equivoca.

—Pero, señor, su juventud, ¿no fué una juerga continua, como ahora se dice?

—¡Qué había de ser!

—Es para volverse loco. ¿Usted no se llama Don Trinidad García?

—Del Busto, para servir a Dios y a usted.

—Muchas gracias. ¿Usted no vivió en Sevilla, hasta hace poco, echando siempre sus canitas al aire?... ¡Pero usted se aflige!... Sin duda, mezclado con estos alegres recuerdos, tuve la inoportunidad, inconscientemente, de desvelar algún otro muy triste.

—Muy triste, sí, señor; aunque la infeliz deshonró a la familia y me costó muchos napoleones, siempre que me acuerdo de mi prima se me saltan las lágrimas.

—¿Su prima?

—Sí, la pobre Trinidad García y Méndez, que es a la que usted debe de referirse, confundiéndola conmigo, por la identidad de nuestros nombres.

—¿Cómo?

—Que ella fué quien oficiaba de continuo en... los altares que usted dice.

—Y así y todo, cuenta—como usted—muchos años de vida, ¿no es verdad?

—¡Ca!, no señor; la desventurada murió muy joven en un hospital. ¡Ya ve usted, la vida que llevaba no era para menos!

Tan atolondrado salió Pérez Tuñón del despacho del relator, que, en vez de tomar el sombrero de la mesa de la antesala, cogió por la cola un faisán disecado que en ella había.

MORALEJA

Desconfíese siempre de los doctores que, como Pérez Tuñón, ofrecen panaceas regeneradoras, porque, a la postre, dan micos del tamaño de los orangutanes.

Cierto médico florentino pregonó, durante algún tiempo, por calles y plazuelas, en Madrid y en provincias, la Paradisina, regenerador universal, en descrédito de un colega operador muy acreditado..., y el tiempo y el análisis popular han demostrado plenamente que el específico era y es *camelodina*, y aguaducho la farmacia donde lo preparaban.

LA CAIDA DE LA TARDE

¿CHASCARRILLO O SUCEDIDO?

Edmundo de Amicis estaba en lo cierto: *Ci vuol un colpo d' occhio sicuro, un braccio di bronzo e un cuore intrepido; non sempre ci riescono; anzi non ci riescono il piu delle volte, e il toro pianta le corna nella pancia del cavallo, e il «picador» cade a terra.*

A Puerto, que sentía cómo crece la hierba, no le hubiera enturbiado la vista una docena de botellas del *salus infirmorum* de Valderrama. El brazo del famoso piquero parecía gruesa y retorcida raíz de almez, flexible como fleje de acero bien templado. ¿Corazón?... Cantando un polo y punteando la guitarra, hubiese ido derechamente a tomar una barricada defendida por cuatro piezas de tiro rápido. Pero, amigo, cuando a un hombre se le viene encima la catedral de Toledo con cuernos, *cade a terra; cade come colpito da un fulmine...*, como cayó Puerto, dando de latiguillo, sobre la arena, tal batacazo, que pareció conmoverse el ruedo desde la circunferencia al centro.

Ocurrió el caso en la Plaza de Toros de Sevilla, que no tiene igual en el mundo entero. La Giralda presenciaba, como siempre, la fiesta asomándose por una quiebra de los palcos. Hasta en el tejado había público. En las demás localidades, con número y sin él, color, perfumes, alegría y gracia parecían inundaciones. El de los jazmines moriscos se confundía aquella tarde, en los tendidos, con el salino olor de las *bocas de la Isla;* de la Isla de San Fernando. Las carcajadas argentinas de las mocitas de Triana y de la Macarena, ¡Dios las bendiga!, coreaban los bufidos del Miura que se corría—más negro que la miseria y la orfandad cogidas de la mano—y fajas, pañolitos de talle de mil colores, claveles en el pelo, labios de corazón de granada madura y abanicos de calaña pintarrajeados, moviéndose de un lado a otro bajo aquel sol capaz de dorar una mina de carbón de piedra; parecían ni más ni menos que campo de mies madura, esmaltado aquí y allá de amapolas, jaramagos y margaritas, que mueve y balancea el aire juguetón.

El insulto se mezclaba con el requiebro, el chiste de la tierra con exclamaciones en lenguas extranjeras; el agua de Comares, con panal y aguardiente, se precipitaba por los gañotes, como la manzanilla de Sanlúcar de Barrameda... ¡Bonita estaba la plaza de verdad, y fué mucha caída la de Puerto!

A los alaridos del público se despabiló un borracho, interpelando al picador: «¿Quié usté repetí la zuerte, que con er porvo no le he visto?» Durante unos minutos no pudo distinguirse, en efecto, bajo la polvareda y entre los reflejos centelleantes de la sangre, las lentejuelas del traje de luces y la sedosa, negrísima montaña del toro—que quería aventar a fuerza de derrotes al jinete y al penco—a ninguno de los tres aislada y completamente.

Acudieron solícitos los peones a salvar a Puerto, consiguiendo difícilmente alejar al Miura, que chorreaba sangre propia y ajena, y los monos-sabios pudieron, al fin, retirar al picador del ruedo, llevándole entre cuatro, sin sentido, como un costal, lívido.

No lograban en la enfermería hacerle volver en sí aplicándole, uno tras otro, todos los recursos y medicamentos usuales en tales casos. Por fin, un amigo íntimo de Puerto se atrevió a pedir aguardiente para mojarle los labios, y por ella salió a escape el granuja que servía de monaguillo en la Capilla de los Toreros. Dicho se está que el Cura de la Plaza había acudido a prestar los últimos auxilios. Como la corrida iba más que mediada ya, escaseaban mucho comestibles y bebidas.

Después de bastante corretear en balde, topó

el muchacho con cierto aguador amigo, que se retiraba, y le dió de caridad las escurriduras de la botella de aguardiente; apenas la tercera parte de una copa. Pero como el monago no era de los que se ahogan en un charco, salió del paso rellenándolo con espíritu de vino del frasco prevenido en la enfermería para alimento de un infiernillo.

Con mucho tiento, incorporaron a Puerto en la camilla, le abrieron la boca y, arrimando la copa, fueron vertiendo gotas del contenido.

Como revive la luz del candil puesto en contacto con la piquera de la alcuza, así fué el picador recobrando el sentido a medida que ingería aquel veneno.

Luego sacó la lengua, relamiéndose los labios pausadamente; medio abrió los ojos, puestos en blanco; movió la cabeza de un lado a otro, y murmuró, por último, con verdadera delectación, después de sorber el resto de la copa:

—¡Superior, superior!

Las cuentas de San Pedro

CUENTO PARA CHICOS Y GRANDES

La del amanecer sería en el mundo, porque en el Cielo no hay horas, cuando San Pedro, después de dar dos vueltas a la llave de la puerta de oro y rubíes que cierra la entrada del Paraíso, se encaminó en derechura al despacho del Señor.

Muy caviloso debía de ir el Santo Portero, cuando apenas contestaba a los saludos respetuosos que al pasar le dirigían ángeles, serafines y bienaventurados.

Anda que te anda, y sonando el llavero con la mano izquierda, con la derecha tan pronto se acariciaba la luenga y nevada barba, como la calva espaciosa y reluciente; indicios todos de grandes preocupaciones.

—Nada, es necesario—pensaba—que Su Divina Majestad me dé nueva pauta para ajustar la cuenta a los mortales; de otra suerte, no vamos a tener sitio en donde alojar a tanta gente.

Así, dándo e vueltas a esta idea fija, el Príncipe de los Apóstoles se dejó atrás los diez mi-

llones de leguas que hay en el Cielo desde la portería al despacho.

El Señor, desde un inmenso terrado, contemplaba el mundo, que, visto a tanta altura, parecía un trompo dando vueltas en medio de una gran plaza.

Cuando el Creador sonreía, satisfecho de su obra, el universo se iluminaba, como si a un tiempo encendiesen infinitas luces de bengala.

Cuando suspiraba dulcemente, el huracán embravecido conmovía cielos y tierra, y los mares—formados con la única lágrima que vertió el Señor por la culpa del primer hombre—se encrespaban furiosos, semejando inaccesibles montañas de blanca espuma.

—¿Qué te trae por aquí, buen Pedro?—dijo Dios, fijándose en su Portero, que, arrodillado sobre una nubecilla de color de rosa, extático le contemplaba.

—Señor, un asunto de importancia.

—Habla.

—Como Vuestra Divina Majestad dispuso, tres son las virtudes que principalmente abren al hombre las puertas de esta mansión de delicias. La Fe (confianza en vuestra infinita sabiduría), la Esperanza (confianza en vuestra justicia y misericordia), y la Caridad (fuente inagotable de vuestro amor), que brotó en la cima del Cal-

vario, y que amenaza inundar estos nuestros reinos con gentes que, si «no creen mucho», en cambio «esperan demasiado».

—Explícate, Pedro, porque, si bien alcanzo a dónde vas a parar, veo que no entiendes gran cosa de «partida doble».

—Me explicaré, Señor. Vuestra Divina Majestad, al conceder a un corto número de criaturas el disfrute de la riqueza, determinó que fuesen a manera de administradores de los pobretes, que son los más; y dijo a los ricos: «Lo que deis en mi nombre, pagado os será en el Reino de los Cielos.» ¿No es cierto, Señor?

—Certísimo, Pedro.

—Pues bien: sucede, que muchos ricos (que no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena, y, sin embargo, confían en vuestra infinita misericordia) dan limosna, así a los verdaderos, como a los fingidos pobres que se les acercan diciendo la frase de ritual: «¡Una limosnita por amor de Dios!»

Las más de las veces, estos ricos socorren al pobre por quitárselo de encima, por vanidad, por costumbre..., pocas veces por Vos. El pobre fingido o el verdadero, responde siempre: «Dios se lo pague», «Dios le dé salud y se lo aumente de gloria»; lo que es muy cómodo para aquellos que cargan siempre en cuenta a Vuestra Majestad la limosna que reciben y no suelen agradecer.

—Y ¿cuál es la consecuencia que tú sacas de todo ello?

—Esta, Señor: hombres, mujeres y niños ricos, de vida poco ejemplar, por tal sistema, logran recibir los Sacramentos y su entrada en el Cielo con los muchos «Dios se le pague» que Vuestra Majestad me ordena abonarles en cuenta, perdonándoles así grandes pecados, con todo lo cual se llenan estos Reinos de gentecilla purificada, sí, pero de poco más o menos, y va a llegar un día en que no podamos rebullirnos aquí arriba.

—Mira, Pedro—respondió el Señor afablemente—eso tiene fácil remedio. Si bien no te falta razón en lo que dices, sucede también a menudo que el rico, en vez de socorrer al pobre, le despide con un «Dios le ampare, hermano», «Perdone por Dios..., no llevo suelto»... y así por el estilo. Pues bien: estas partidas, que deben formar el «Haber» del que pide, hay que rebajarlas en la cuenta del que no da. Más claro: desde hoy, por cada «Perdone usted por Dios, hermano» que diga un rico, le rebajas en su cuenta seis «Dios se lo pague» de los que le dieron los pobres, y verás cómo así todo se arregla. Y ahora déjame; quiero visitar a mi Santa Madre.

San Pedro besó los pies del Señor, y se volvió muy contento a la portería.

Acababa de sentarse delante de su escritorio,

sobre el que tiene siempre abierto el libro de «Cuentas corrientes», en el que figura la de cada mortal por acciones buenas y malas; cuando llamaron a la puerta de oro y rubíes.

—¿Quién es?—preguntó el Santo Portero.

—Soy yo, Señor; Benicio, con su ahijada Inés, que acaba de morir de una fiebre maligna, y fué siempre muy devota de la Santísima Virgen—respondió desde afuera un ángel hermosísimo, que llevaba de la mano a una niña rubia.

—Inesita, ¿eh? Aguarda un poco mientras le ajusto la cuenta.

En tanto San Pedro hojeaba el gran libro, la niña parecía muy inquieta; recordaba que había sido un tantico avara, y alguna vez sorda a los clamores del pobre que le pedía limosna tiritando de frío, mientras ella iba forrada de pieles.

Así es que, guareciéndose entre las amplias vestiduras del ángel, aguardaba temblando a que San Pedro terminase la resta que hacía en una cuartilla de papel.

Por fin, el Portero cerró el libro de golpe, se pasó la mano por la barba y se dirigió hacia la puerta con serio continente.

—Mucho siento decirte, mi buen Benicio, que Inesita no puede entrar en el Cielo: tiene quinientos «Perdone usted por Dios, hermano», que in-

validan los «Dios se lo pague» que le dieron los pobres socorridos por ella.

La niña rompió a llorar amargamente, y al ángel de su guarda, que era Benicio, de tristeza se le cayeron las alas a lo largo del cuerpo.

—¡Por Nuestra Señora y Reina, Señor San Pedro, déjela usted entrar, que Inesita fué muy buena y muy devota!

—No basta, hijo; en vez de comprarse tantas muñecas, debió emplear la mitad de sus ahorros en socorrer a los pobres; yo cumplo las órdenes que del Señor acabo de recibir.

—¡Tenga usted piedad por esta vez y no desoiga mis súplicas!

—Perdona, perdona por Dios.

—¡Misericordia!

—Perdona, perdona, perdona—repetía sin cesar el Príncipe de los Apóstoles, paseándose delante de la puerta con las manos cruzadas sobre las espaldas y sonando el llavero.

—Perdona, perdona...

Y fué el caso que, de pronto, sintió peso enorme sobre el hombro izquierdo; volvióse, con mucho trabajo, y vió que era el Señor, quien con su diestra le tocaba.

—Pedro, reforma tu cuenta, sumando a los «Dios se lo pague» que en la suya tiene Inesita,

todos los «Perdona por Dios» con que respondiste a las súplicas de Benicio.

Así habló Su Divina Majestad.

. . . . . .

La puerta del Cielo giró inmediatamente sobre sus goznes de diamantes, y la niña, a quien crecieron de súbito alas como las del ángel de su guarda, tendió el vuelo y pasó rozando sobre la venerable cabeza del atónito Portero.

Cuentas son las de San Pedro que todo buen cristiano debiera tener en cuenta.

Los nombres y las cosas

CHASCARRILLO

Costó Dios y ayuda convencer a Dominguín para que fuese a confesar, por Pascua Florida, con un Padre de la Compañía de Jesús, muy nombrado como médico espiritual de casos graves.

—Vamos a ver, muchacho, ¿hiciste examen de conciencia?

—No, zeñó, Pare.

—¡Pero, hombre, y así te presentas ante el santo Tribunal de la Penitencia, como en mangas de camisa!

—Es que yo no creo en ná. ¿Está'sté, Pare?

—¡Asombrado, hijo, asombradísimo! Y dime: ¿a qué se debe que no creas en nada?

—Diré a'sté, Pare: mi ama se llama Mersede..., y no me jiso denguna mersé en dose años que la sirvo; el amo se llama Benino, y me atisa ca bofetá, por cualisquier cosilla, que me arde er pelo; yo me llamo Dominguín Branco, y... ya usted ve, Pare, que soy lo mismito que er betún...

Quedóse el reverendo unos minutos como traspuesto, mirando al techo del confesonario, y exclamó, al fin, con mucha tristeza y muy lentamente:

—¡Puede que tengas razón, hijo Dominguín, que a mí me conocen por el Padre Carreras, y para moverme, a causa del reúma, necesito que tire de este cuerpo una yunta de bueyes!

LA HOJA DAMASQUINA

CUENTO

Tan inútiles fueron los ruegos y las reflexiones de Elisa para que Calixto desistiese de su disparatado empeño, como discurso que se pronunciase con el propósito de hacer andar a una mula manchega plantada.

Era ejemplar perfecto de los zánganos que heredan de pronto un golpe de millones, amontonados por la usura, la avaricia, la ausencia de la moralidad—rara vez por el trabajo honrado de padres y abuelos—y en poco tiempo dilapidan su hacienda, contrayendo con todo el mundo el mismo parentesco: el de primos.

París es la insaciable ballena que se traga anualmente miles de tales pececillos, ultramarinos y nacionales.

Se ocupaba Calixto en amueblar su despacho; quiso componer una panoplia sólo con armas orientales; había de figurar en ella una hoja *legítima de Damasco,* y discurrió nada menos que irla a

comprar a la mismísima capital de aquel vilayato o provincia de Siria.

Conviene advertir que Calixto no entendía una palabra de armas blancas, ni antiguas ni modernas; que había viajado hasta entonces como un baúl, y que de Damasco tenía noticia, exclusivamente, por la tela así llamada.

Está muy arraigada en el vulgo la creencia de que bastan unos cuantos miles de libras esterlinas para tener buena mesa, lujosos trenes y vestirse con irreprochable elegancia.

Y sucede que, si el amo de la casa, el millonario, de abolengo o de nuevo cuño, no entiende de cocina ni de equitación, ni tiene buen gusto, pagando el mejor cocinero francés, el más hábil jefe de cuadra, oriundo de Inglaterra, y la mejor tijera de París o de Londres, no logra jamás deleitar el gusto, ni recrear la vista de la gente distinguida y que distingue.

Calixto creyó suplir sus muchas deficiencias, al emprender aquella especie de viaje de los Argonautas, contratando para que le acompañase a Damasco a uno de los acreditados corredores de antigüedades y trota-estudios de los artistas parisienses.

El americanito y su guía llegaron sin tropiezo a la ciudad turcoasiática; dieron grandes paseos a orillas del Barada, bajo sus frondosísimas ala-

medas; se solazaron en los huertos de Mcham-Ribir, poblados de almendros, melocotoneros y granados; vieron saltar alegre y canoro al *bulbu* en su dorada jaula; consiguieron asomarse a la gran mezquita de los Ommiadas, ver la tumba de Fátima, y, por último, comprar a un venerabilísimo hebreo, que podía hacerse en el rabo cuarenta nudos lo menos, el más hermoso alfanje que vino jamás a Europa.

Tan flexible, limpio, sonoro y airosamente cortado era el acero, tan fina y bien compuesta la profusa labor en oro incrustado, tan bien calculados el grueso y proporciones de la hoja, tan elegante y rica, en fin, el arma toda, digna de Alejandro o de Ciro; que Elisa, rendida a la evidencia, dió por bien empleado el costoso viaje de su novio. Amigos y deudos, aficionados y profanos, cuantos vieron el alfanje, declararon a una voz, por su boca, o por la de un ganso, que era la hoja damasquina una maravilla.

Mirábala y remirábala Calixto una tarde, junto al balcón de su despacho, aprovechando los últimos rayos de luz, cuando le pareció adivinar en el centro de las labores la existencia de una leyenda arábiga, en la que nadie había parado mientes hasta entonces. Se apresuró nuestro hombre a comunicar la invención a un amigo inteligente en panoplia y arte oriental, y declaró éste

que, en efecto, allí había algo escrito en caracteres cúficos de los más puros, perdidos o disimulados entre los espléndidos adornos de la hoja.

No era hombre Calixto que hacía las cosas a medias; averiguó acto continuo quién, con mayor autoridad, podía sacarle de dudas, y armado de su alfanje se plantó en casa del más ilustre miembro del Colegio o Academia de Lenguas Sabias.

El famoso orientalista, después de darle muchas vueltas a la hoja, de hacer media docena de mohines, más enigmáticos que el mismo letrero, y de declarar, de pasada, que jamás había visto una pieza más rica, fina y elegante, confesó, costándole mucho trabajo, que, a causa de una sola palabra, de la que dependía el recto sentido de la frase, no le era posible traducir inmediatamente la leyenda; que iba a sacar un calco en un dos por tres—como, en efecto, lo hizo con suma destreza—y que al día siguiente tendría el gusto de enviar a Calixto la versión.

Creyóse éste obligado por tanta amabilidad, y ofreció al sabio dejarle el alfanje para que pudiese estudiarlo más cómodamente.

El orientalista se negó a aceptar semejante prueba de confianza, y despidiendo al joven con suma cortesía, dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Joyas de ese precio, están mejor siempre en poder de su dueño.

Con más impaciencia que una muchacha aguarda el primer vestido de cola, que no concluye la modista, esperaba Calixto la traducción.

El sabio cumplió su palabra: al día siguiente de la consulta recibió Calixto un pliego cuyo sobre hizo trizas con anhelo.

Bajo los caracteres cúficos, primorosamente reproducidos en una página en folio, de suerte que pudieran apreciarse con toda claridad, había escrito el orientalista con tanta o más:

«Lo que traducido a la letra significa: ESTA HOJA NO SE FABRICÓ EN DAMASCO.»

CASTAÑAS

CUENTO

Yo soy muy distraído, mucho; tanto...

Juzguen ustedes.

Me siento la otra mañana en un coche tranvía del barrio de Pozas, y comienzo a bullir inquieto en mi sitio entre dos señoras de muchas libras.

—Pero, caballero, ¿no podría usted sosegarse un poco? ¡Vaya con el hombre! ¡Parece que ha estado trabajando en las minas de Almadén!

Con todo el tipo de pupilera de a tres pesetas, la que me increpó conducía encima de sus macizos muslos una cesta descomunal llena de huevos, según me dijo después.

—Disimule usted, señora; pero mi asiento parece empedrado de guijarros de punta.

Y efectivamente, yo me clavaba algo muy duro.

Así llegamos frente a la iglesia del Buen Suceso, sin que antes lograse yo dar con la causa de mi molestia.

Me levanto, miro el asiento, y nada; como los demás del carruaje; me bajo.

Por fin, me doy un golpe en la frente, como para aplastar un recuerdo que se escapa, me llevo ambas manos a los faldones del chaquet, y... de los bolsillos saco cuatro castañas pilongas, casi fósiles, con cáscara.

Mi carcajada estrepitosa encontró eco en los dependientes del tranvía, al arrancar de nuevo, y en los viajeros que aún estaban cerca. Pero aquella risa coreada e insensata se heló en mis labios.

Las castañas me recordaron una historia que forma capítulo interesante en la de mi vida.

Los domingos y fiestas de guardar dejaba Teresa dormir su aguja, y yo la máquina de copiar minutas. A las cuatro nos reuníamos en la Cibeles. Delante de la verja del Botánico había siempre, en su época, una castañera que las asaba con singular acierto. Por real y medio nos cedía una carga. Teresa, desdoblando su pañolito, perfumado con espliego, lo cogía por las cuatro puntas para recibir la modesta golosina, muy calentita, con el envidiable regocijo que dan la salud y la conciencia tranquila.

¡Qué felices éramos!

¡Y qué verdad es que, para serlo, basta un poco de aire puro, salud, dos reales de castañas, y mu-

chos, muchos palacios en el encantado país de las ilusiones!

Para nosotros, la tierra prometida, el vellocino de oro, se cifraba por aquel entonces en poseer algún día una casita en mi pueblo, enclavado en Sierra Morena. Allí, al amor de la lumbre, rodeados de dos chiquillos, del color que da nombre a la sierra, en lo más crudo del invierno asaríamos también castañas por las noches en el rescoldo de la gran encina, que chisporrotearía de pura envidia por nuestra dicha.

Paréceme aún que veo a Teresa mondar con sus dedos de color de rosa el sabroso fruto, arrancándole la piel hasta de las más hondas grietecillas.

¡Cuántas veces nos peleábamos por rivalizar en galantería!

—¡Mira ésta, qué hermosa! Para ti...

—No, te la comes tú.

—¡Cualquier día!

—¡Mira que la tiro!

—¿A que no eres capaz?

Y la castaña iba en medio del arrecife, lleno siempre de lodo negro como el betún, o por encima de los hierros de la verja, y nosotros, quince o veinte pasos, sin decirnos una palabra y mirándonos de reojo.

De estas inolvidables querellas, las más dul-

ces solían ser las que terminaban por transacción entre las partes.

Mi novia hendía con sus blanquísimos dientes una castaña y me daba la mitad, humedecida en la granada de su boca pequeñísima...

¡Con cuánta tristeza sonó siempre la hora de separarnos, cuando el mutuo deber llamaba a sus sumisos esclavos! Pero llegó un día en que aquella fué espantosa; me tocó la suerte de soldado.

¡Y que a esto se llame suerte!

Los primeros meses recibí diariamente carta de Teresa; luego eran más cortas y menos frecuentes; después llegaron a faltar; por último, las pocas que leía, rebosaban esa dulce condescendencia que anuncia la muerte del verdadero amor, que...

¡Ay del amor pagado en cortesía!
Que no quiere el amor tanto respeto.

Aún estas tristes misivas oreaban mi alma, inundada de amargos pesares, porque yo *era huérfano y pobre, el mundo estaba desierto para mí,* y aquella mujer equivalía al deseado oasis.

Al fin, se secó la fuente.

Y como nunca falta un buen amigo encargado de darnos la sangría suelta cuando amenaza el ataque cerebral, supe bien pronto que la honrada modista había dejado de ser las dos cosas.

Entonces sentí una ambición infinita, y falté por vez primera a mis deberes.

Una noche deserté de mi bandera frente al enemigo, pasándome al campo carlista, en donde me prometía hallar la fortuna por el camino de la traición.

Imitaba la conducta de mi novia.

Ocioso es decir que, ni dormido ni despierto, su recuerdo se separó de mí en mucho tiempo: que a los enamorados les sucede lo que a las madres, extreman siempre su cariño con los malos hijos, por una ley admirable de compensación.

El amor, cuando se mezcla con un sentimiento compasivo, es desesperado, hambriento. ¡Y yo había formado, contando con Teresa, tanto y tanto proyecto de todos los colores del iris!...

Se concluyó la guerra, y yo me di por muy contento con haber salvado el pellejo, y poder volverme a Madrid tan pobre de dinero y de ilusiones como cuando entré en quintas.

Felizmente, el abogado en cuyo bufete escribía yo antes de la campaña, compadecido de mi miseria, volvió a darme pedimentos que poner en limpio, y con esto y otros trabajos de copia, fuí viviendo con alguna holgura, dadas mis modestísimas necesidades.

Fuí siempre cuidadoso; de los que dan a la ropa aceite de bellotas, para que no se quede calva por

los codos. Por esto, y por volver las modas, y poderse volver también un chaquet, se explica que aquella tarde vistiera yo uno de respetable antigüedad, pero nuevecito, que, por olvido involuntario, guardaba en los bolsillos algunas castañas de la época de mis primeros amores.

Esta prenda y otras, libres de polilla, habían dormido mucho tiempo en el fondo de un arca, en el último rincón de la buhardilla, vivienda de un amigo, escribiente también del mencionado jurisconsulto.

Pero ahora viene lo más original del cuento, que nada tiene de invención, aunque lo parezca.

Me pasé la mañana en el barrio de Pozas ocupado en gestionar un asunto político de mi principal. Almorcé en un cafetín, y, por la tarde, cumplido mi encargo, volví a tomar el tranvía hasta la calle de Cedaceros, en donde está el bufete.

La de Alcalá aparecía atestada de lujosos trenes que iban al Retiro; era la hora de paseo.

Próximo ya al término de mi viaje, hice parar, porque lloviznaba y temí resbalar al bajarme en marcha, y no bien puse los pies en el suelo, cuando la lanza de un coche me tocó ligeramente en las espaldas y a punto estuvo de arrojarme bajo las ruedas del tranvía. Hubo gritos, denuestos del cochero, sobrevino una pareja de municipales y...

La *victoria* que a poco me atropella, venía ocupada por dos damas lujosamente vestidas; demasiado. ¡Una de ellas era Teresa! No había duda; las cintas, el raso, los diamantes, el coche, todo realzaba su hermosura, por más que en sus ojos ya no ardía ni una chispa de inocencia.

Yo ahogué un grito; ella pareció no conocerme. Con el susto, de sus manos se había escapado un cucurucho de papel, que vino al suelo del coche, vertiendo en el lodo de la calle, parte del contenido. La amiga de Teresa se afanaba en recoger el cartucho, venciendo la resistencia del corsé, y cuando la *victoria* se puso, en fin, en marcha, oí que decía aquélla:

—¡Mira, qué lástima, no quedan más que tres o cuatro!

Me bajé al suelo con curiosidad, y llenos de barro, recogí tres... *¡marrons glacés!!*

No es para trasladada al papel la frase que se escapó entonces de mis labios. Desesperadamente me busqué en los bolsillos las castañas pilongas, y fueron a parar a un charco, en unión de aquellas otras, acabadas de comprar, sin duda, en «La Pajarita».

Después de todo, yo creo que las *glacés* serían quizá más duras de roer a Teresa, que las *calentitas* que comprábamos a la castañera del Botánico.

SOPAS DE AJO

CHASCARRILLO

El saludable rostro de Su Ilustrísima reflejaba una placidez sin límites; el abdomen se movía de dentro afuera, en blando oleaje, y en los labios, encendidos y jugosos, danzaba la más condescendiente y amorosa de todas las sonrisas.

La pobre comunidad franciscana del correccional de «Los Angeles» había echado el resto para obsequiar a su Prelado.

Sopas de huevo y menudillos de gallina, para los que proporcionó la primera materia una casera del Marqués de Vinéllez, dueño de la quinta cercana, e hija de confesión, ella, del prior.

Mantecosas y fresquísimas truchas, pescadas en las profundas y cristalinas pozas del Bemberón, por Juanillo el Cabrero. Lomo en adobo, de la matanza del Doctor Rodríguez, gran cazador, que solía, durante el invierno, pasar alguna noche en el convento, y en todo el curso del año cuidaba de administrar la salud de los frailes, respon-

diendo a sus consultas desde la ciudad, o visitándoles en caso extremo. Un par de perdices estofadas, de una de las que el señor Obispo no dejó sino hojas de laurel y huesos mondados; y por último, largo acompañamiento de hojaldres rellenos de polvo de batata, cabello de ángel, yemas de San Leandro y no sabemos cuántas confituras más.

No hay para qué decir que los suculentos *empapantes* que dejo mentados, se regaron con exquisito vino de los Moriles, de aquel cantado ya por Barahona de Soto y Quiñones de Benavente, y que tampoco faltaron en calidad de *urdimbres*—como traducía una pupilera que yo tuve en Granada—picante salchichón de Vich, aceitunas partidas y rojos pimientos de Coín.

El humo tibio del perfumado moka subía, como nube de incienso, a acariciar el mentón de Su Ilustrísima, a quien todavía le quedaba un rinconcillo en el estómago, que iba rellenando con tiernas bizcotelas zambullidas en la taza.

El prior, en pie, delante del Sr. Obispo, que comía solo, rodeado de sus familiares y de la comunidad, a derecha e izquierda de la mesa, no quitaba la vista del Prelado, respondiendo solícito a sus preguntas.

Por fin, se atrevió el mísero fraile a tomar la alternativa, y en el tono más reverencioso, dijo:

—Con toda el alma siento, y la comunidad conmigo, no haber podido obsequiar a Su Ilustrísima con más ricos manjares, pero...

—¡Quiere usted callar!...—interrumpió el Obispo, pletórico—he cenado muy a mi gusto, y, así por la calidad, cantidad y esmero en los guisos, de lomo, ʻruchas y perdices, y la delicadeza de la repostería, deduzco que la comunidad debe de tratarse tal vez con más regalo que aquel que cuadra a su instituto. Veamos: ¿qué se come de ordinario en el convento?

—¡Señor!...—respondió aterrado el mísero prior—, ¡por la tarde potaje todo el año, y para cenar, sopas de ajo!

—¡Hola, hola!... *¡¡Con su ajito y todo!!*—replicó el Obispo, engullendo la última bizcotela.

ÍNDICE

	Páginas
Moras de zarza (cuento)	1
Caracoles (chascarrillo)	11
El tío Arrestos (cuento)	15
El Oidor (chascarrillo)	29
Quiebras del oficio (cuento)	33
Política y arrugas (chascarrillo)	41
La leyenda del sauce (cuento)	45
«Pobre porfiado» (chascarrillo)	60
¡Ave María Purísima! (cuento)	71
El carabinero (chascarrillo)	79
El colorín y el ballestero (cuento)	89
El acertajo del tío Escarola (chascarrillo)	97
Cita por tabla (sucedido a medias)	103
En Misa de doce (chascarrillo)	115
El Pitirrojo (y va de cuento)	117
Por un galicismo (chascarrillo)	121
Azabache y Nieves (cuento)	125
Promesa (chascarrillo)	131
El Alichante achantado (cuento)	133
El compañero en el Paraíso (cuento fósil)	141
La Berenguela (chascarrillo)	151
El ángel y el ermitaño (cuento fósil)	153
El secreto de un charlatán (chascarrillo)	165
[illegible] pos (sucedido que parece cuento)	169
La astuta del Cristo (cuento)	175
Recurso heroico (chascarrillo)	185
De Cuba al Cielo (cuento)	189
¡Melones a cala, melones! (chascarrillo)	193

Páginas

Lita (cuento) 195
«Miserere nobis» (chascarrillo) 205
El incunable (cuento) 207
Las tres potencias de un alma... de cántaro (histórico) .. 219
La sensitiva (cuento infantil) 223
La mano blanca (cuento) 227
De calórico radiante (chascarrillo) 237
Picio (cuento) 243
Los tres Emperadores y el campesino (chascarrillo) 253
El cutis del diablo (cuento) 255
Las conclusiones del «tío Cencias» (chascarrillo) 267
El Santo del sobrado (chascarrillo) 271
Trinidad (cuento) 277
La caída de la tarde (¿chascarrillo, o sucedido?) 289
Las cuentas de San Pedro (cuento para chicos y grandes). 293
Los nombres y las cosas (chascarrillo) 301
La hoja damasquina (cuento) 303
Castañas (cuento) 309
Sopas de ajo (chascarrillo) 317

El primer tomo y volumen de «Obras Incompletas», de El Conde de las Navas, de la Real Academia Española; se acabó de imprimir, a costa del autor, en la Tipografía Católica de A. F., San Bernardo, 7, Madrid, el lunes 11 de febrero de mcmxxix, Aparición de la B. Virgen Inmaculada en Lourdes.

DIOS SOBRE TODO

DE LAS NAVAS
MARCHITANVS

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
1000186473